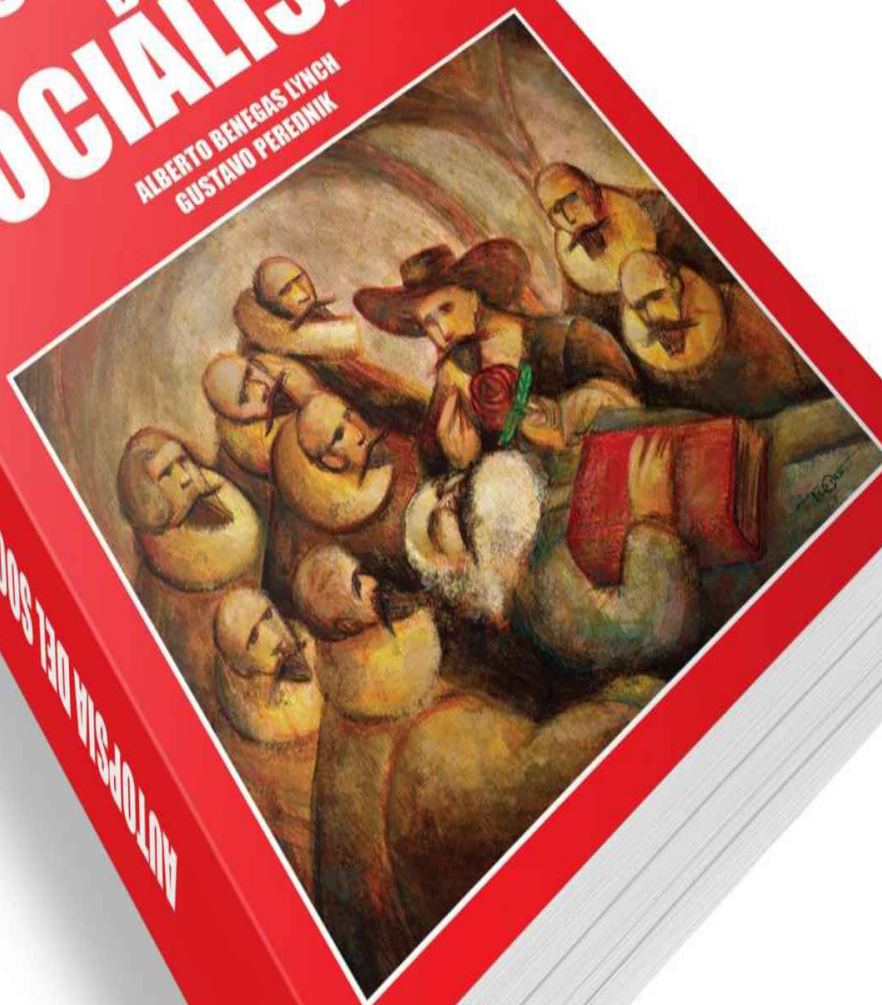


AUTOPSIA DEL SOCIALISMO

ALBERTO BENEGAS LYNN
GUSTAVO PEREDNIK



AUTOPSIA DEL SOCIALISMO



AUTOPSIA DEL SOCIALISMO

ALBERTO BERNABÉ LYBRI (I.)
ROBERTO D. PEREZINI




Grupo Unión


**GRUPO
SAGRADO
[EDITORIAL]**

Benegas Lynch (h), Alberto - Perednik, Gustavo Daniel

Autopsia del socialismo / Alberto Benegas Lynch (h) y Gustavo Daniel Perednik. - 1a ed. - Buenos Aires : Grupo Unión; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grito Sagrado Editorial de Fundación de Diseño Estratégico, 2013.

200 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-987-27937-7-7

1. Ciencias Políticas. 2. Filosofía. 3. Economía.

CDD 320.5

Fecha de catalogación: 27/03/2013

DIRECCIÓN EDITORIAL

Rosa Pelz

Rodolfo Distel

ILUSTRACION Y DISEÑO DE LA PORTADA

Arghoost Toons [Andrés Rodríguez]

GRUPO UNION SRL

Tel.: +54 11 4827 3744

Correo: union@lugardelibros.com

www.lugardelibros.com

GRITO SAGRADO EDITORIAL

Tel.: +54 11 4777 6765

Correo: ventas@gritosagrado.com

www.gritosagrado.com.ar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de los editores.

Índice de contenido

1. El colapso socialista

La manía del igualitarismo - En busca del error fundamental

2 La inviabilidad del sistema

El problema epistemológico - El mundo universitario hoy

3 El totalitarismo

Las religiones - El Islamismo

4 La predicción de Von Mises

“Socialismos de mercado” – Desempleo – Irracionalidad

5 El caso chino

Las huelgas – Los pronósticos - Deng Xiaoping

6 Maniatar al Leviatán

La cleptocracia - El principio Moynihan - El sometimiento a la ley

7 Chodorov y el nacimiento del Estado

La “revolución del año 13” - El “desempleo tecnológico” - La Guerra de Iraq

8 De tiranías e intervenciones

“Derrumbar a tiranos” - Las instituciones absurdas - El "hombre nuevo"

9 Gandhi, Roosevelt y Ayn Rand

Ficciones sobre el futuro - La “kakistocracia” - El recurso de las armas

10 Estalinistas y trotskistas

Cuándo se justifica una invasión - “Marxismo moderado”- Ron Paul

11 La banca central

Atropellos de los EEUU - El salvamento de los bancos - El anarcocapitalismo

12 Las raíces del liberalismo

El problema de la banca central - Las raíces liberales - Chávez

13 La burguesía

Las clases sociales - La igualdad ante la ley - El Estado como empresa

14 El optimismo de Fukuyama

Las inexorabilidades - El producto bruto - Seis revoluciones de la modernidad

15 Revolución copernicana del valor

Las tres preguntas kantianas - La sublevación - La educación socialista

16 La racionalidad en la economía

El objetivismo - Las drogas alucinógenas - Idealismo y realismo

17 Refutación del determinismo

El libre albedrío - Dos conceptos de libertad - El Decálogo

18 La cuestión de la fe

La Causa Primera - Los argumentos medievales - El gran designio

19 El nihilismo

Evolucionistas y creacionistas - Mejorar a pobres - Los vaticinios marxistas

20 El antiamericanismo

La inmigración ilegal - Los aranceles y tarifas aduaneras - Los fenicios

21 El fanatismo

El gradualismo - El Tercer Mundo - El sentido común

22 El galimatías de Keynes

Las políticas inflacionistas - El desprecio por la razón - La coraza marxista

23 El materialismo dialéctico

La falsa sabiduría - Los burócratas de Washington - Dos tipos de ciencias

24 El positivismo

La teleología - La competencia perfecta - El liberalismo argentino

25 La fatal arrogancia

El peronismo - El terrorismo - La acción aberrante

26 La identidad entre los totalitarismos

El historicismo - Los contendientes en la civilización - Del neolítico a la Revolución Industrial

27 Dos concepciones de gobierno

La portación de armas - El consecuencialismo - El uso de la fuerza

28 El uso de la fuerza

Las relaciones interindividuales - El mercado de drogas - El conservadorismo

29 El puritanismo socialista

La homosexualidad y el aborto – El caso cubano

30 El posmodernismo

La tradición conservadora - El relativismo - Modelo kafkiano de burocracia

31 El derecho de propiedad

Empresarios prebendarios - Los bienes inexplorados - La democracia totalitaria

32 El Mal del Siglo

La sociedad abierta - Socialismos en lo político - El fantasma del comunismo

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

Libros referidos en el texto

1. El colapso socialista

La manía del igualitarismo - En busca del error fundamental

Benegas Lynch: Creo, Gustavo, que uno de los ejes centrales de los socialismos estriba en la manía del igualitarismo, es decir, la guillotina horizontal aplicada por los aparatos estatales. No se necesita ser muy perspicaz para comprobar que todos los seres humanos somos diferentes desde el punto de vista anatómico, biológico, fisiológico, bioquímico y, sobre todo, psicológico. Naturalmente las diferencias se traducen en diferentes resultados. En realidad es una suerte que seamos distintos porque si fuéramos iguales el tedio sería inmenso ya que la misma conversación se asimilaría a hablar con el espejo, además de que se desmoronaría la cooperación social ya que la división del trabajo se tornaría sumamente pastosa.

Por otra parte, la referida guillotina horizontal contradice la asignación de los siempre escasos recursos que establece la gente con sus compras y abstenciones de comprar. Robert Nozick destaca que le llama la atención que las personas en el supermercado distribuyen ingresos cuando eligen sus adquisiciones y luego los políticos proponen “re-distribuir”, es decir, contradecir las previas elecciones: volver a distribuir por la fuerza lo que libre y voluntariamente distribuyó la gente.

El empleo de la violencia gubernamental para estos menesteres no sólo afecta derechos de propiedad sino que al dilapidar capital los salarios e ingresos en términos reales disminuyen puesto que las tasas de capitalización constituyen la única causa de salarios e ingresos. Además, las nivelaciones hacen que los que se encuentran por encima de la marca redistribucionista, si saben que serán expropiados por la diferencia, tenderán a no producir y los que se encuentran por debajo de la aludida línea divisoria esperarán infructuosamente ingresos que no les llegarán debido al primer efecto señalado.

Pero hay algo más de fondo y es la imposibilidad de llevar a cabo el igualitarismo de modo riguroso. Esto es así debido a que -a partir de las jugosas elaboraciones del decimonónico Carl Menger- resulta claro que las valorizaciones son subjetivas, y aunque todos los sujetos participantes dijieran la verdad sobre sus valores, el galimatías está garantizado ya que no resultan posibles las comparaciones intersubjetivas ni pueden referirse a números cardinales. Y si se dejara de lado estas objeciones de gran calado alegando que se tomarían referencias “objetivas” de los precios, debe apuntarse que esos indicadores están adulterados precisamente debido a las intervenciones

igualizadoras. Por último, la igualación inexorablemente implica mantener el espíritu totalitario con carácter permanente, puesto que debe recurrirse a la fuerza en cada instante, de lo contrario se pondrían en evidencia desigualdades debido a usos distintos de lo recibido en concepto de repartición.

Anthony de Jasay ha explicado que es autodestructiva la metáfora tomada del deporte en cuanto a que “todos tienen que partir sin herencias que otorgan ventajas en la carrera por la vida”, puesto que el que se esforzó por llegar primero es nuevamente nivelado en la próxima partida con lo que convierte en inútil su esfuerzo.

Como habrás comprobado, son innumerables los escritos donde se critican las diferencias de rentas y patrimonios, pero en la sociedad abierta (para recurrir a lenguaje popperiano) esas diferencias resultan esenciales para el progreso al efecto de asignar factores de producción allí donde es más productivo a criterio de la gente que premia con ganancias a quienes aciertan en sus demandas y castigan con pérdidas a quienes yerran. Por supuesto que las ventajas de las desigualdades patrimoniales no se aplican allí donde hay empresarios prebendarios que obtienen sus beneficios debido a su amistad con el poder de turno que les otorga toda clase de privilegios.

Por eso es que en una sociedad libre indicadores de la dispersión del ingreso como el Gini Ratio y equivalentes resultan irrelevantes en este contexto puesto que, como queda dicho, el delta es consecuencia de las propias decisiones de las personas en el mercado. El asunto estriba en que, tal como lo reitera la historia, en una sociedad libre el promedio ponderado mejora pero no se trata de achatar las diferencias, política que, precisamente, conspira contra aquel mejoramiento.

*

Perednik: Me parece didáctico que hayas comenzado nuestra autopsia con la manía del igualitarismo, ya que ésta constituye la raíz de la debacle socialista. Me gustaría detenerme brevemente en la naturaleza del colapso.

La iniciativa que nos convoca, Alberto, no merece menos que la denominación de “autopsia”, porque la evidencia es rotunda.

Más de treinta países, uno a uno, han rechazado el comunismo después de padecerlo por décadas. Los pocos que siguen aferrados al decrepito esquema, como Cuba o Corea del Norte, ya mostraron algunos síntomas del cambio hacia *La gran idea*, como titulara Henry Hazlitt a su clarividente novela de 1951.

Los pimpollos de libertad son la reacción ante la pobreza y el fracaso a los que los arrastró el socialismo real. Entre ellos, me parece que el ejemplo que más chirría es la República Socialista de Vietnam, proclamada el 2 de julio de 1976 después de tres lustros de una contienda en la que perdieron la vida más de tres millones de personas. Los enfrentamientos habían concluido con la disolución de Vietnam del Sur y su

incorporación forzada al sistema socialista. El objetivo era no dejar un palmo de tierra vietnamita con propiedad privada.

Transcurrió sólo una década desde la guerra atroz y, en 1986, el Partido Comunista de Vietnam implementó el Doi-Moi (“renovación”), que consiste en la gradual introducción del mercado libre, la propiedad privada de granjas y de compañías, la desregulación y la inversión extranjera. Su efecto fue crear una economía de rápido crecimiento, con aumento en la producción industrial y agrícola, en la construcción, la vivienda y las exportaciones.

A la luz de ese proceso, la Guerra de Vietnam pareciera haber sido en vano. Y las múltiples guerras que ella inspiró, y la Guerra Fría, y las interminables purgas y revoluciones, y tanta muerte por doquier.

Es que, casi al final del siglo XX, el mundo despertó de la pesadilla: la solución marxista fue un espejismo. Ya sea porque existió simplemente en la mera e inútil teoría, o bien porque, cuando intentó llevarse a la práctica, produjo sólo liberticidio y estancamiento.

Salteemos desde el comienzo la distinción entre el diagnóstico y la terapia social. Es falaz la apología de que “el marxismo hace una descripción correcta de la realidad, pero en cuanto se lo aplica a la misma no produce los resultados esperados”. Si una vacuna, un descubrimiento o una idea, no produce los resultados deseados, es porque lleva intrínsecamente un error en sus presupuestos teóricos. Esos presupuestos deben ser revisados hasta que revelen su esencial equívoco.

Para los comunistas, es arduo reconocer lo que ha ocurrido, ya que no puede minimizarse la muerte de millones de personas por hambre y persecuciones bajo el epíteto de “error”. Para los no-comunistas de izquierda, se impone un replanteo de otra índole, considerando que también ellos fundamentaron su ideología en los principios que fracasaron.

Algunos siguen negando que los resultados que deparó la realidad distaran de lo que previó la doctrina, limitándose a que “Aquí no ha pasado nada”; otros descartan el enorme colapso como si hubiera sido un simple desliz.

Pero la realidad es imperativa: no basta una autocrítica retrospectiva, porque el enorme desliz dejó a sus víctimas exangües. El fracaso del socialismo no se extendió por apenas algunos meses, sino durante ochenta años y en decenas de países. Cabe por ello una cabal autopsia, y sugiero que la comencemos guiados por dos preguntas:

- *¿Cuál fue el error fundamental del marxismo, que desveló su insuficiencia inherente para explicar cómo funciona la sociedad?*
- *¿Por qué el error pudo engañar a tantos, incluso a mentes brillantes,*

durante un siglo?

Es cierto que una minoría de intelectuales, como Jean-François Revel y Emanuel Todd en la Francia de los años setenta, denunció el fiasco del marxismo, pero me parece que lo hicieron concentrándose más en los indicadores sociales que llevaron a la caída final, y menos en el esquema teórico del que se desprendía la falacia. Se ocuparon, acaso con razón, de cómo la Unión Soviética tambaleaba, pero no de cómo el Manifiesto Comunista engañaba.

Por ello prefiero enfatizar en nuestro diálogo la elucubración teórica; de ésta se deriva naturalmente toda crítica a la praxis.

Porque para demostrar el fracaso global no alcanzan los elocuentes indicadores: debe hurgarse adicionalmente el fundamento teórico del cual derivan inevitablemente.

Cabe la pregunta de si acaso puede reducirse ese fundamento fracasado a un principio fundamental.

2 La inviabilidad del sistema

El problema epistemológico - El mundo universitario hoy

BL: Me parece muy pertinente tu planteo y muy necesario. Efectivamente, el fiasco, por un lado, y el entusiasmo en reincidir, por otro, debe verse en el plano teórico al efecto de detectar los motivos por los que no se abandonan los socialismos por inoperantes e inconvenientes. Es oportuna tu mención de Jean-François Revel porque es uno de los autores que, por ejemplo, en *La gran mascarada*, entre otras cosas, puntualiza la estrecha vinculación y hermandad intelectual entre el comunismo y el nacionalsocialismo y la raíz común de los socialismos marxistas y no-marxistas: su odio al liberalismo, a la institución de la propiedad privada y a todo vestigio de respeto recíproco.

Confío en que en el transcurso del trabajo que ahora emprendemos seamos capaces de contestar preguntas clave como las que ahora formulas, Gustavo, pero independientemente de la concepción estática de riqueza que se basa en la noción de la suma cero en el contexto de mi anterior referencia al redistribucionismo, antes de cerrar mi turno, hago breve alusión al título de nuestro libro.

Por cierto se trata de un título optimista y bastante paradójico puesto que si bien el socialismo está quebrado intelectualmente, como decimos, se adopta en diversos lugares con creciente entusiasmo. Entre otras cosas, está quebrado debido a contribuciones como la formidable de Ludwig von Mises en cuanto a que el socialismo es imposible ya que al abolir la propiedad, no hay precios y, por ende, no hay posibilidad de evaluación de proyectos, de contabilidad o de cálculo económico en general. No se sabe si es más económico construir caminos con asfalto o con oro (y carece de sentido sostener que se debe hacer con lo que sea “técnicamente mejor” puesto que esa afirmación no puede separarse de los costos).

Dejando del lado la importantísima objeción de la masiva y repugnante destrucción humana, el derrumbe del Muro de la Vergüenza en Berlín se debió a que el socialismo no es un sistema viable. Por las razones apuntadas, no hay tal cosa como “la economía socialista”. Si en lugar de abolir la propiedad se restringe, en esa medida, los únicos indicadores que tiene el mercado para operar -los precios- se desdibujan y dejan de expresar las valorizaciones de la gente y, consecuentemente, en esa misma medida, se pierde el rumbo y se consume capital con lo que inexorablemente la gente se empobrece debido a que obtiene menores salarios.

Ahora bien, uno puede preguntarse el porqué de esa paradoja y creo que la respuesta - en gran medida- debe situarse en la ineptitud de nosotros los liberales para explicar lo devastador que significa el socialismo para todos, especialmente para los relativamente más pobres. Como tendemos a ser más benévolos con nosotros mismos que con terceros, esta conclusión calma los nervios y nos obliga a hacer mejor los deberes.

En realidad hay aquí un problema epistemológico: por su naturaleza el conocimiento está siempre disperso y fraccionado entre millones de personas. La pretensión de “dirigir la economía” revela una gran dosis de soberbia, de arrogancia y de petulancia puesto que concentra ignorancia en lugar de sacar partida de la referida dispersión del conocimiento. Por esto es que cuando se declama que no puede dejarse la economía a la anarquía del mercado y se procede en consecuencia, comienzan los faltantes y los severos desajustes. Por eso es que en las góndolas de los supermercados canadienses se encuentra el producto que buscamos sin haber avisado antes lo que requerimos, mientras que no hay productos, ni góndolas ni supermercados en Cuba.

Por último, con eso de las autopsias hay que tener cierto cuidado puesto que sabemos que la historia está plagada de muertes y resurrecciones. El sentido de “autopsia” en este libro se circunscribe al campo intelectual ya que, como han apuntado autores de la talla de Hayek, la concepción socialista se basa en una presunción del conocimiento.

*

GP: El problema es que uno de los generadores de la disonancia cognitiva es curiosamente el mundo universitario. Solía suponerse que las universidades son centros destinados al debate de ideas y la libre investigación, una especie de oasis de racionalidad que se eleva por sobre el furor circundante, y un marco en el que la diversidad de opiniones permite fortalecer la sensatez de los argumentos.

Desafortunadamente no es así, y numerosas universidades públicas se han metamorfoseado en santuarios religiosos que imponen un dogma y acallan todo desvío de la línea oficial, tenido por herejía.

No sé si a ti también te ha ocurrido, al disertar en universidades en diversos países, tener que enfrentar a fanáticos, quienes no pocas veces son los mismísimos profesores o incluso los decanos, a los que se considera referentes en salvaguarda del debate equilibrado. Pareciera que seguir denominando “ciencias” a las sociales agrega a la confusión general.

Una buena parte de sus académicos, especialmente politólogos y sociólogos, son meros ideólogos que no consienten que la realidad los desvíe de su credo, y revisten con un aura de raciocinio universitario lo que no es más que una militancia política trasnochada. Los sacerdotes del marxismo simplemente eluden Vietnam, China, y la perestroika. No se dan por aludidos y hacen caso omiso de que su religión mostró ser

un bárbaro espejismo. O peor que eso: una mera e inútil teoría que rebota en la realidad. Prosiguen apáticos ante un mundo que desmienten sus premisas, y éstas son artificialmente elevadas a “verdades académicas” a las que está prohibido cuestionar. De este modo se apaga en los estudiantes la luz de la crítica y se vuelven “religiosos”.

La paradoja es que una teoría que se ufana de ser profundamente materialista, se encierra en análisis puramente hipotéticos. Cuando se equivoca, lejos de volver a sopesar la teoría, se parapeta en visiones apocalípticas. Sostiene el “materialismo científico” pero rechaza el científico método de revisar cada paso para criticar sus resultados.

Cuando en 1933 Isaac Deutscher publicó *El peligro del barbarismo sobre Europa*, los comunistas lo expulsaron del partido por “exagerar el peligro del nazismo y difundir el pánico”. Nunca se desdijeron, porque reservan la autocrítica en exclusividad para sus contradictores.

Ludwig von Mises mostraba hace casi un siglo que el método del marxismo consiste en jamás permitir que se debatan sus postulados, y en siempre circunscribir su discurso a cuán malos somos los que estamos fuera del redil.

Un discípulo me refirió un triste ejemplo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires a fin de 2011, cuando el dogma del marxismo volvió a imponerse con sus libros infalibles, sus profetas iluminados, y sus preguntas prohibidas. Se llevó a cabo un “panel” titulado *Cuba y el socialismo hoy*, en el que todos los panelistas previsiblemente coincidían.

No te aburriré desgranando las “ideas” que se expusieron, y que habrás adivinado: que hoy en día el socialismo es exitoso, y que la prueba de ello está en Cuba; que el mundo se hunde en la crisis final del capitalismo y que sólo Cuba resiste floreciente; que el “bloqueo” norteamericano es la causa de las pocas pequeñas falencias que quizás pudieren hallarse en alguna grieta de la sociedad cubana; que el enemigo es la burguesía y que la receta es la colectivización.

Todas estas improvisaciones de barricada política eran recibidas obsequiosamente por una audiencia que ya sabía qué iban a decirle y sólo aspiraba a responder amén. A algunos estudiantes libres se les ocurrió hacer algunas preguntas, sin reparar en que “el disenso es acientífico”. No fue leída la pregunta acerca de los escritores Cabrera Infante y Reinaldo Arenas, y sí leyeron la “pregunta” de “cómo hace la heroica Cuba para resistir el bloqueo”.

También en este aspecto, coinciden el comunismo y el nacionalsocialismo. Entre otros lo ha señalado la obra cumbre de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (1951), que explora cómo las tiranías del siglo dañaron no sólo la civilización Occidental, sino la esencia misma del ser humano. Stalin y Hitler representaban una

novedad sin precedentes: encarnaban totalitarismos basados en la ficción política y en el terror. Como su hipótesis era falsa, debía imponerse por la violencia: las pretendidas leyes de la historia o de la naturaleza, el triunfo ineludible de una clase social, o la inevitable victoria de la raza supuestamente superior.

Compartieron el uso de la ideología para modificar, por medio de la fuerza y de la intolerancia, la estructura de la sociedad, y de este modo homogeneizarla y controlarla en todos sus aspectos.

Me parece que lo que llevó a la necesidad de “ideologías” maniqueas e “infalibles” fue la imprevista enormidad de la tragedia durante la Primera Guerra Mundial, que generó en las sociedades beligerantes, la necesidad de identificar con precisión al enemigo y augurar un futuro sin incertidumbres ni zigzagueos. Dicha necesidad fue el campo fértil de los tres totalitarismos que nacieron en el primer tercio del siglo XX: el comunismo, el nazifascismo, y el islamismo radical.

3 El totalitarismo

Las religiones - El Islamismo

BL: Tocas temas de gran interés, Gustavo. Mencionas a China, donde entiendo que has estudiado de cerca el caso por lo que sería bueno que te explayaras al efecto de conocer tus perspectivas. Por mi parte, no sé, si debiera inclinarme por la tesis representada por autores como Guy Sorman que en su libro *China, el imperio de las mentiras*, sostiene que como están dadas las cosas prevalecerán las garras del aparato comunista, que sólo ofrece islotes de libertad parcial para que las burocracias puedan enriquecerse a manos llenas o, por otro lado, la obra de Eugenio Bregolat titulada *La segunda revolución china* donde mantiene la visión optimista al concluir que el otorgamiento de libertades parciales conducirá indefectiblemente a otras hasta que se barra con lo que quede de totalitarismo.

Muy atinadas y ciertas tus reflexiones sobre ámbitos universitarios, especialmente tu referencia a las *ideologías*, una expresión casi procax que es la antítesis del espíritu liberal, no en la acepción inocente del diccionario en cuanto a conjunto de ideas, ni siquiera en el sentido marxista de “falsa conciencia de clase” sino en su sentido más difundido y aceptado como algo cerrado, terminado e inexpugnable. Como es sabido, el conocimiento es un proceso evolutivo en permanente ebullición. Tal como ha indicado Popper, las corroboraciones son provisorias sujetas a refutación. Los dogmas y fundamentalismos no son propios de ambientes intelectuales.

Te refieres a las universidades “públicas”. Personalmente me referiría a educación *estatal* ya que la privada es también para el público. En verdad se oculta esa denominación porque suena desagradable como lo es el teatro estatal, el periodismo estatal y equivalentes. También es necesario puntualizar que muchas de las instituciones educativas privadas estén privadas de toda independencia puesto que dependen de ese adefesio denominado “ministerio de educación”. También es cierto que no pocos educadores privados propugnan regímenes totalitarios, pero en el contexto de sistemas abiertos y competitivos se obtiene lo mejor de la excelencia. Es necesario dar cabida a enseñanzas de tradiciones de pensamiento incompatibles con una sociedad abierta, pero no coactivamente con los recursos detraídos de los bolsillos de otros, y en otras instituciones cuyos directivos creen en la libertad de la enseñanza de corrientes de opinión distintas, no necesita ser realizada por profesores que comparten el espíritu totalitario del mismo modo que en las escuelas de policía quienes imparten

instrucciones sobre la metodología de los delincuentes no son delincuentes.

Al leer tus observaciones en relación a Cuba, me viene a la memoria que, a pesar de las inaceptables barrabasadas de Batista, debido a los esfuerzos de otros, antes de la tiranía castrista era la nación de mayor ingreso *per cápita* de Latinoamérica, eran sobresalientes en el mundo las industrias del azúcar, refinerías de petróleo, cerveceras, plantas de minerales, destilerías de alcohol, licores de prestigio internacional; tenía televisores, radios y refrigeradores en relación a la población igual que en Estados Unidos, líneas férreas de gran confort y extensión, hospitales, universidades, teatros y periódicos de gran nivel, asociaciones científicas y culturales de renombre, fábricas de acero, alimentos, turbinas, porcelanas y textiles. La revolución comunista convirtió la isla en una cárcel inhumana en la que se impone la miseria moral y material desde hace 54 años con partido y prensa única, alimentados primero por la Unión Soviética y ahora por el petróleo venezolano que Chávez ha manejado como propio.

Aludes al pasar al materialismo. Pienso que es un tema medular puesto que si los humanos fuéramos sólo kilos de protoplasma sin estados de conciencia o mente independiente del cerebro, no habría tal cosa como libre albedrío, ni la libertad, ni ideas autogeneradas, ni la posibilidad de revisar nuestros propios juicios, ni moral, ni responsabilidad individual, ni proposiciones verdaderas ni falsas, ni argumentación ni siquiera para defender el materialismo o determinismo físico. Seríamos loros complejos pero loros al fin.

Terminas tus interesantes disquisiciones con una referencia al “islamismo radical”. Creo entender a lo que te refieres, pero personalmente prefiero no involucrar a las religiones cuando se trata de pura criminalidad ya que bastantes muertes, torturas y amputaciones han habido en nombre de la bondad, la misericordia y Dios. Es similar a referirse al “catolicismo radical” para aludir a la España inquisitorial de los Torquemada y compañía. Los musulmanes han realizado portentosas contribuciones a la filosofía, la medicina, el derecho, la economía, la arquitectura, la geometría y la música. A través de la historia en muchos de los lugares en los que han estado han dado muestras de tolerancia con otros credos y en el Corán hay claras manifestaciones a favor de la sociedad contractual y el respeto, tal como lo han destacado autores como Gary Becker (lo cual no quita que igual que la Biblia, leída literalmente, contiene párrafos inaceptables y no compartimos ideas sobre el sexo femenino). Para preocupación de numerosos musulmanes libres, los regímenes como los del actual Irán constituyen un peligro manifiesto. En parte, estimo que es hacerles un favor a los ayatolás fanáticos el aceptarles que son religiosos cuando son meros criminales enmascarados. De todos modos, Gustavo, me declaro partidario de la “doctrina de la muralla” establecida por Jefferson por la que el poder político debe estar completamente separado de la religión.



GP: En efecto, es necesario que clarifiquemos nuestro léxico, especialmente porque uno de los grandes logros del totalitarismo fue arremeter con un lenguaje equívoco que puso a los liberales a la defensiva.

Resulta siniestro que las democracias Occidentales sean tildadas de “fascistas” precisamente por quienes defienden regímenes similares al del fascismo. Al mercado libre lo denominan “los monopolios”; a la oferta de trabajo “explotación”, y a la ganancia “plusvalía”.

A esta última quisiera dedicar un capítulo más adelante, y concentrarme aquí en la cuestión del vocabulario deliberadamente engañoso.

Los nazis llamaban “evacuación” a la deportación a los campos de la muerte, “tratamiento especial” al asesinato, y “solución final” al Holocausto. Los comunistas, quienes hacia adentro promovían la lucha de clases, y hacia afuera exportaban la revolución y su imperio, lo hacían bajo el amparo de un supuesto “Consejo Mundial por la Paz” creado en Varsovia en 1950.

Lo cierto es que, para ganar el tiempo y ponerse a la altura de la capacidad nuclear norteamericana, los Soviets fingieron promover el desarme. Cuando en 1953 lo consiguieron, e hicieron estallar su bomba de hidrógeno, ya no les hizo falta mentir con la consigna de “coexistencia pacífica”, y procedieron a lanzar a sus protegidos a diversas aventuras bélicas desde Medio Oriente hasta Biafra.

Los timoratos de Occidente no podían oponerse a un Consejo “por la paz”, ni tampoco a las “democracias” soviéticas. La manipulación del lenguaje, que denomina “solución” al genocidio y “democracia” a la concentración del poder en manos de autócratas, concluye por ponernos a la defensiva.

Les cabe perfectamente la voz *neolengua*, acuñada en 1949 por George Orwell en su célebre novela distópica. En ella el espía O’Brien explica los lemas del partido: “paz es guerra” e “ignorancia es fuerza”; y los diversos ministerios estatales portan nombres en neolengua: el del Amor administra la tortura; el de la Paz genera la guerra permanente; el de la Abundancia asegura que la gente viva siempre al borde de la subsistencia, y el de la Verdad destruye la documentación histórica.

Quien, en lugar de hurgar en la literatura, prefiera procurar una explicación sistemática de cómo se anula la verdad en el totalitarismo, puede recurrir al clásico *Camino de servidumbre* de Hayek, en cuyo capítulo 11 muestra el funcionamiento del sistema: no basta con forzar a todos a trabajar para los mismos fines, sino que además es indispensable que la gente considere esos fines como si fueran propios.

Los Gobiernos totalitarios imponen, por vía del temor, del adormecimiento intelectual, y del cada vez más difícil aislamiento informativo, que una parte de la gente

en efecto piense exactamente como lo requiere el ingeniero social.

Se socava el sentido de la verdad y el respeto hacia ella, se corroe la moral social, y la masa termina aceptando no sólo los fines últimos, sino también las justificaciones en detalle de cada medida en particular.

Ahora bien, como quienes deciden a veces son guiados por un mero prejuicio o aversión, estos caprichos van siendo racionalizados para permitir la construcción de teorías a las que se someten los pueblos.

Por ello, casi siempre resulta inevitable una buena dosis de culto a la personalidad, y no importa si la efigie es de Stalin, Mao, Mussolini o Castro. Todos deben ser infalibles.

Son la parte esencial de un culto cuasi religioso que tiene sus profetas, dogmas y libros sagrados. Y no trepido en incluir al islamismo como uno más de los tres.

Ahora bien, en el contexto de la clarificación semántica, vale resaltar la diferencia entre el Islam –que es la religión de Mahoma y el Corán- por un lado, y el islamismo por el otro.

El islamismo nació, como los otros dos totalitarismos, en el primer tercio del siglo XX. Podría ubicarse su génesis en la Hermandad Musulmana, fundada en 1929 en Egipto por Hassan al-Banat, y tiene por objeto explícito imponer al mundo entero la cara más tenebrosa del Islam.

Si el nazismo ve en el sustrato de la historia una lucha de razas; y la doctrina marxista ve una lucha de clases; el islamismo, sostiene una constante lucha religiosa. A sus ojos, las miserias y el atraso que padecen los países musulmanes se deben precisamente a que han abandonado la pureza del sendero coránico, incluida la guerra santa contra los infieles. Pregonan que un Occidente malévolo arruinó la otrora gloria del Islam y hoy, ese Occidente caerá putrefacto a los pies del Islam.

Esta no es una doctrina religiosa, Alberto, sino *política*. Y me parece que la comparación con “cristianismo radical” no cabe, porque no me refiero al grado de adhesión de un individuo a su religión, sino al grado en que aspira a imponerla por la fuerza al resto de la humanidad.

Supongo que hay rigidez entre los monjes de Monte Athos o entre los rabinos del barrio ultraortodoxo de Mea Shearím de Jerusalén, pero ni unos ni otros empuñan las armas para convertir al mundo entero.

El islamismo como movimiento político es más parecido al nazifascismo y al comunismo, que a la religión del Islam.

Decía que los tres totalitarismos nacieron en la misma época, y que los tres revisten de aureola ideológica su impulso dominador o destructor. Los tres también hacen uso del recurso de la judeofobia, en diferentes dosis y estilos.

A tal punto son similares, que en personajes como Roger Garaudy, las apologías de cada uno de los tres se suceden sin solución de continuidad.

Coincidirás conmigo que en este libro, que intenta hacer una autopsia, cabe discurrir sobre los dos que han sido vencidos, especialmente en el socialismo marxista.

El nazifascismo y el marxismo tienden a coincidir porque el primero exalta e idealiza la violencia, y el segundo, al ponerse como meta un ideal incumplible como la igualdad, termina también imponiéndose por la fuerza. Aun si no comienza buscando ese camino, cae en él como resultado inevitable.

El comunismo es el socialismo apresurado; el nazifascismo es el socialismo cuando se ha vuelto sádico.

Es notable que sádicos y delirantes trabajen mancomunados. Así, lo que llevó a la Segunda Guerra Mundial fue el pacto firmado una semana antes de su estallido, entre Stalin y Hitler.

Ni siquiera los separaba la pretendida cuestión nacionalista. Los socialistas fingen ser internacionalistas, pero son sumamente nacionalistas. No sólo en lo económico, como enseña Hayek, sino también en lo conceptual.

Son muy morales para su propia sociedad y absolutamente apáticos para con la moral del afuera. En nuestros lares pueden considerar como violación de los derechos humanos que no se admita el matrimonio entre homosexuales; para el afuera, están dispuestos a hacer la vista gorda aun cuando se castigue a aquellos con la decapitación.

El proceso que se llevó a cabo en la China de mediados del siglo pasado refleja efectivamente el funcionamiento del socialismo, y quisiera detenerme en él en el próximo capítulo.

4 La predicción de Von Mises

“Socialismos de mercado” – Desempleo – Irracionalidad

BL: Efectivamente, uno de los canales más efectivos en los debates de valores y principios a los que asistimos en nuestro mundo consiste en la degradación del lenguaje a los efectos de lograr la incomunicación. En este sentido hay infinidad de ejemplos cuyos mojones en nuestros tiempos fueron plantados por la saludable tradición orwelliana.

En este contexto, no me parece afortunada la extendida utilización de “islamismo” que si bien es una extrapolación al plano político, deriva de Islam que, como es sabido, a su vez proviene del verbo árabe “aslama” que significa paz y sumisión ante Dios. Es más preciso recurrir a la expresión *bandoleros* y equivalentes cuando se alude a personas que pretenden destruir derechos de otros. Por eso te mencionaba lo impropio de aludir al “catolicismo radical” o a “la criminalidad del cristianismo” cuando, armas en mano, algunos arremetían en una así denominada “guerra santa”, por ejemplo, en la conquista de América, a lo cual no le caben las mencionadas denominaciones puesto que se trataba de anti-cristianismo. Ubicar estos desmanes y otros en un terreno emparentado con las religiones les hace un favor a los fanáticos que necesitan de “verdades reveladas y absolutas” en ambos bandos para hacer arder con más fuerza sus incendios.

Tienes razón al colocar el fascismo en el mismo nivel del comunismo. Sólo los diferencia una cuestión de estrategia: en el primer sistema se permite registrar la propiedad a nombre de particulares mientras la usa y disponen los gobiernos. Es el sistema que más éxito tiene en el llamado mundo libre, desde los taxis que se dicen privados pero que la tarifa, el horario de trabajo e incluso el color con que están pintados son impuestos por los aparatos estatales, hasta temas tan delicados como la educación y la economía. El comunismo es en eso más sincero: no permite el registro de la propiedad y la usa a su antojo el gobernante de turno.

Pero hay múltiples variantes de socialismo que se dicen no-fascistas ni marxistas como el llamado “socialismo de mercado” sobre el que me ocupé en detalle en la tesis de mi segundo doctorado (esa vez en economía) aprobada en la Universidad Católica Argentina con el título de “Influencia del socialismo de mercado en el mundo contemporáneo: una revisión crítica de sus ejes centrales”. También surge el ecologismo que, vía las figuras de los “derechos difusos” y la “subjetividad plural”, dan por tierra con la propiedad privada.

Es muy cierto aquello de “los timoratos de Occidente” (tan bien descrito por autores como el célebre disidente soviético Vladimir Bukovsky) que dejan espacios a los estragos de la ingeniería social. Y pienso, Gustavo, que el aspecto medular de ese diseño pretendido por los megalómanos de diversas corrientes socialistas reside en la incomprensión mayúscula en el campo laboral. Incluso se observan escritores que puntualizan con claridad varios temas que hacen a la libertad pero cuando abordan la cuestión social adhieren al marxismo como es el caso, por ejemplo, de Erich Fromm.

Me parece que resulta crucial, en primer término, consignar que allí donde hay acuerdos libres y voluntarios nunca, bajo ningún concepto, no importa el grado de pobreza extrema o de riqueza exuberante, aparece tal cosa como desempleo, es decir, nunca sobra aquel factor de producción vital sin el cual no resulta posible producir ningún bien ni prestar ningún servicio. La economía tiene sentido porque los recursos son escasos frente a las necesidades ilimitadas.

Si un grupo de náufragos nos encontráramos en una isla desierta no diríamos que podemos descansar ya que no hay “fuentes de trabajo”. No nos alcanzarían las horas del día ni de la noche por todo lo que habría por hacer. Es correcto que en un lugar pobre las retribuciones serán bajas y altas en donde hay riqueza, pero es crucial comprender que los salarios e ingresos en términos reales no se deben a voluntarismo, ni a compasión de gobernantes ni empresarios ni de luchas sindicales, sino sola y exclusivamente debido a las tasas de capitalización que se traducen en inversiones en conocimiento, maquinarias y equipos que hacen de apoyo logístico al trabajo para aumentar su rendimiento (no es lo mismo arar con un tractor que con las uñas). Esto muchas veces es incomprendido por los propios empresarios quienes son duchos en detectar costos subvaluados en términos de los precios finales para así sacar partida de un arbitraje, pero no necesariamente conocen los rudimentos de la economía (por eso, paradójicamente, a veces un experto en marketing no sabe en qué consiste el proceso de mercado y un banquero no sabe en qué consiste el dinero). Si todo fuera una cuestión de voluntarismo con sólo firmar un decreto se podría hacer millonarios a todos.

*

GP: El voluntarismo que señalas es la consecuencia inevitable de cerrar los grifos de la economía libre. Al vaciar a la economía de racionalidad, el planificador no tiene más salida que postular su voluntad (léase: su capricho). Primero, se apodera de los resortes del poder, incluidos los medios de producción; después, se da cuenta de que no tiene la menor idea de *qué debe hacer*. Esta verdad prístina es el talón de Aquiles del socialismo.

Por ello, cualquier paso que dé, por ser arbitrario, debe imponerse por la fuerza. No se permite la crítica porque *casi toda crítica* sería acertada, ya que el planificador no

sabe cómo justificar racionalmente sus opciones: por qué producir acero y no arroz; por qué en tales cantidades; por qué con estos precios.

Me causa cierto pudor que, en el contexto de nuestro diálogo, sea yo quien mencione estas verdades. Comencé aprendiéndolas en mi adolescencia, cuando leí extasiado tu primer libro: *Ensayo acerca de la superioridad del sistema liberal* (1972). Luego me acerqué al *Centro de Estudios sobre la Libertad* y me sumergí en Ludwig von Mises y en Friedrich Hayek. En retrospectiva, su visión de cómo habría de colapsar el socialismo se cumplió al pie de la letra. Mises lo escribió en 1920.

Cuando la experiencia soviética tenía sólo tres años de edad, Mises inició su obra publicando *Cálculo económico en la comunidad socialista*. Con sus menos de 50 páginas, entiendo que es uno de los más importantes trabajos en la historia de la economía.

Su argumento es que la planificación central destruye la herramienta con la que se la gente toma decisiones económicas racionales: los precios. Estos dejan de formarse: se dictaminan. El socialismo provoca un corto-circuito letal en el proceso del cálculo económico y, en el marco de la economía moderna, ningún planificador puede organizar y prever eficazmente en medio de tecnologías sofisticadas y una vastísima variedad en de equipamiento de capital. El conocimiento es tan variado, disperso y abundante, que resulta inasequible para el planificador, quien termina hachando la realidad con decisiones arbitrarias.

El gobierno soviético fijaba 22 millones de precios, 460.000 tipos de salarios, 90 millones de cargos gubernamentales. Todo, en base de caprichos de burócratas. El resultado fue el caos y la escasez y, en el proceso, se perdieron la ética del trabajo, las oportunidades empresariales, y la iniciativa privada. Destruída la economía, las consecuencias son el desabastecimiento, la corrupción, la represión, y las purgas.

El caso chino es especialmente elocuente. En octubre de 1949 Mao Tsedong se hizo cargo del país más populoso del globo. Procedió a la reforma agraria, distribuyendo las parcelas de tierra entre los campesinos más pobres. Su seguidor Liu Shaoqi pedía que los cambios fueran paulatinos: que previamente se industrializara el país a fin de que los campesinos obtuvieran la maquinaria adecuada para sus granjas.

Pero Mao no quería esperar, y se apoderó de la agricultura de todos, por medio de crear comunas de campesinos controladas por el Partido. Cuando una hambruna feroz estalló en 1956, las voces más moderadas del partido pidieron revertir la colectivización. Nikita Krushev llegó desde Rusia para informar que en su país la colectivización agrícola había sido un estrepitoso fracaso.

Y aquí viene el quid: las purgas y el liberticidio respondieron a una necesidad, no a un plan. Para aventar toda crítica ante el inevitable fracaso, se hizo indispensable un

enorme aparato de represión.

Primero se llevaron a cabo las “campañas antiderechistas” dentro del Partido, pero en 1957, con la conclusión del primer plan quinquenal en un fiasco de mayores proporciones, Mao tomó el toro por las astas y se propuso erradicar las críticas por varias décadas. Su plan se denominó la “Campaña de las Cien Flores”. El ardid consistió en promover las críticas, y después de un tiempo purgar a los decenas de miles de críticos que ingenuamente se habían dado a conocer.

Mientras tanto, el segundo plan quinquenal comenzaba aún más monstruosamente. Lo llamaron el *Gran Salto Hacia Adelante*, un plan para industrializar china. Cuando Mao lo reveló, en enero de 1958 en Nanning, vaticinó que en pocos años la producción china de acero superaría a la de Gran Bretaña. En abril comenzó: los campesinos fueron obligados a fundir todas sus herramientas para conseguir acero. El metal resultante fue de pésima calidad, no hubo industrias, y en un lustro decenas de millones murieron de inanición. Para no revelar que la teoría fallaba, a los campesinos no se les permitió siquiera acercarse a los caminos para pedir limosna. Debían morir en silencio en sus aldeas para no desprestigiar al socialismo. En 1962 China sufrió un crecimiento económico negativo de más de 20%.

Si todo parecía salir mal, era porque no se llegaba a entender el genio de Mao. Había que confiar ciegamente, y el culto a la personalidad fue un efecto natural del proceso. Por ello, Liu Shaoqi propuso una curiosa teoría: todo comunista debía reconocer la infalibilidad del *Gran Timonel*. Hoy en día pueden verse en Youtube películas de propaganda de aquella época, en la que Mao nada en el río Yangtzé escoltado por centenares que loan al semidiós cuyas ideas los redimirían. Unos treinta millones de campesinos murieron de hambre silenciados por el infalible.

Mao arremetió con más fuerza. No alcanzaba con la revolución agrícola y la tecnológica; la “revolución permanente” requería ahora que se erradicaran los modos de pensar, creer y sentir de la gente: lo llamaron “Revolución Cultural”, y comenzó el 16 de mayo de 1966 cuando Mao apeló a luchar contra los “restauradores del capitalismo”. Duró una década; decapitó a la nación de sus intelectuales; se cerraron las universidades; se purgó al 60% de los cuadros del Partido, también a Liu Shaoqi, que murió por malos tratos en la cárcel. Se persiguió a cientos de miles, y 35.000 personas fueron ejecutadas.

No fue que los líderes chinos se volvieran crueles espontáneamente. Más bien, que un sistema en el que se desaloja la racionalidad y se monopoliza el poder, es una fábrica de crueldad.

5 El caso chino

Las huelgas – Los pronósticos - Deng Xiaoping

BL: A raíz de lo que comentas de mi primer libro, Gustavo, hago presente que enseguida lo amplié grandemente para transformarlo en mi *Fundamentos de análisis económico* del que acaba de publicarse la doceava edición en el Instituto de Estudio para la Sociedad Abierta de Panamá, trabajo para el que, a partir de la sexta edición de la Editorial de Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), Hayek escribió el prólogo y el ex Secretario del Tesoro del gobierno de los EEUU, William E. Simon, escribió el prefacio.

Pero sobre todo, ya que aludes al Centro de Estudios sobre la Libertad de Buenos Aires fundado por mi padre, quiero poner de manifiesto una vez más que gracias a él y a su infinita paciencia para mostrarme otros lados de la biblioteca, soy liberal. A juzgar por mis condiscípulos en las dos carreras universitarias que completé, conjeturo que sería socialista si me hubiera mantenido con lo que recibí desde la cátedra. No sólo mi padre me dedicó mucho espacio de su tiempo, sino que becó a muchos jóvenes a estudiar en universidades estadounidenses e invitó a la tribuna del referido Centro a numerosos profesores de gran valía (generalmente financiados con de su propio peculio).

En fin, dejando de lado la nota autobiográfica y antes de internarme en otro de los aspectos del terreno laboral que estimo tan sensible e incomprendido, me gustaría conocer tu opinión sobre lo que te consulté antes. Es decir, cuál es tu visión en lo que respecta al futuro de China continental. Comparto lo que dices sobre los sistemas totalitarios, pero te pregunto cuál sería la perspectiva más ajustada: la de Sorman o la de Bregolat a las que me referí en otra de mis entradas. Tal vez quieras considerar una tercera posibilidad no mencionada.

Respecto al punto laboral, pienso que el tema de las huelgas está muy mal comprendido. No siempre se trata de mala fe, más aún, creo que la mayor parte de los planteos son hechos con la mejor de las intenciones, pero, como sabemos, en temas económicos las intenciones son irrelevantes, lo importante son los resultados.

En el caso que nos ocupa ahora, no debe confundirse el derecho a no trabajar que lo deben tener todos (siempre cumpliendo con las estipulaciones acordadas) con la huelga como se la entiende hoy en día. Esto último significa que se pretende estar y no estar en el puesto de trabajo: se decide no trabajar pero simultáneamente no se permite que

nadie ocupe los lugares vacantes so pena de recurrir a la violencia. Estos son los piquetes de huelgas que en no pocas ocasiones es suplido por el gobierno cuando declara la huelga “legal”. Estos procedimientos intimidatorios perjudican a todos pero muy especialmente a los trabajadores de menores ingresos.

Esta incompreensión no es en modo alguno patrimonio de obreros, está presente en encumbrados empresarios que no entienden que los salarios dependen de las tasas de capitalización y no de la fuerza. Veamos el asunto más de cerca. Hay dos posibilidades: que los empleadores estén pagando salarios de mercado o que se encuentren por debajo de esa marca. Si es lo primero los huelguistas a su vez deberán decidir si prefieren quedar *voluntariamente* desempleados o, de lo contrario, deberán aceptar los salarios de mercado en su puesto habitual o en otro. Si, en cambio, se tratara de la segunda posibilidad, el empleador deberá cerrar su empresa o deberá incrementar salarios para ponerse a tono.

Las huelgas concebidas como se han descripto, además no permiten que trabajen quienes están dispuestos a aceptar los salarios ofrecidos. Si la huelga fuera generalizada en los términos aludidos, tiene el mismo efecto que el salario mínimo, a saber, produce desempleo, en otros términos a un salario artificialmente alto no se encuentra lugar de trabajo (para poner un ejemplo extremo que sirve de ilustración, si en un raptó de extrema sensibilidad social, el gobierno argentino decidiera imponer un salario mínimo de cuarenta mil dólares mensuales para todos, el resultado inevitable es el desempleo y la inanición).

Tú has mencionado el punto de la plusvalía y el materialismo o determinismo marxista (tratado esto último especialmente en *La sagrada familia*, el primer libro en colaboración con Engels, postura que ya la expresó Marx en su tesis doctoral sobre Demócrito), temas que se complementan y que apuntan a demoler los pilares de la sociedad abierta. El asunto clave es detectar cómo es posible con todo el tiempo transcurrido que no se haya producido un rechazo generalizado al socialismo incluso en su versión no-marxista y en su capítulo práctico en la aplicación estalinista o hitleriana. Tal vez, Gustavo, en parte, la explicación estribe en algunos ensayos políticos camuflados de liberalismo cuando en verdad se aplicó su opuesto (de ahí que haya surgido el invento de “neoliberalismo”, una etiqueta con la que ningún intelectual serio de nuestra época se siente identificado).

*

GP: Sobre China, hay decenas de pronósticos. Algunos son bastante confiables y específicos, como el de la OCDE que predice que dentro de dos años el gigante asiático será la mayor economía del mundo, o el del Banco Mundial que supone que en veinte años la economía china duplicará la de los EEUU.

Otros presagios fueron más generales, como el best-seller de Gordon Chang *El próximo colapso de China* (2001), donde vaticina una hecatombe financiera que nunca se produjo. Hoy en día Chang insiste en la inmanencia del colapso, aunque ahora se cuida de no explicitar fechas.

Me recuerda a Jean Baudrillard, quien en 1990 vaticinó que la Guerra del Golfo nunca estallaría. Cuando estalló al poco tiempo, Baudrillard no revisó su tesis, sino que publicó un libro sofisticado: *La Guerra del Golfo no tuvo lugar* (1991), en el que hace malabarismos para demostrar que “en realidad” *no hubo* guerra porque Iraq no había utilizado su Fuerza Aérea. La predicción quedó a salvaguarda: los únicos aturdidos habíamos sido *los lectores* del sociólogo clarividente.

Como se ve, soy algo escéptico ante vaticinios, especialmente los que se refieren a un país de vastedad inabarcable. Y por dos motivos adicionales postergué mi respuesta sobre el futuro chino. El primero es que prefiero ceñirme a la autopsia que estamos encarando, y el segundo es que, después de disertar en muchas veces en varias ciudades china, soy consciente de que mi sinofilia influye en mi optimismo.

Antes de viajar a Nanjing en 2001, llamó mi atención en una librería de viejo de la Avenida Corrientes, un libro titulado, precisamente, *China en el año 2001*. Escrito un cuarto de siglo antes por Han Suyin, auguraba un sostenido crecimiento debido a una supuesta “inevitabilidad histórica”. La autora (quien murió hace pocos meses; su nombre original era Elizabeth Comber) fue afortunada: se produjo el crecimiento, pero por motivos diametralmente opuestos.

El desarrollo y la modernización chinos fueron el resultado de una metamorfosis no prevista por Han Suyin, quien escribió cuando China padecía su peor momento. Luego se sucedieron tres años transformadores: en 1976 muere Mao y se arresta a la “Banda de los Cuatro” de Jiang Qing; al año siguiente se condena la “Revolución Cultural” y a sus perpetradores; y en 1978 la Tercera Sesión del Partido anuncia la apertura del país y allana el camino del progreso. Al poco tiempo se rehabilitó a las víctimas de las purgas, y el broche de oro fue en 1993 bajo la máxima de Deng Xiaoping: “ser rico es glorioso”.

Los nuevos líderes chinos entendieron que, en la época de la cibernética y los satélites, en nuestra era de apabullante complejidad social, ha perdido vigencia el dogma simplista y socialista de que la riqueza se acumula por explotación de los débiles, o que son los ricos quienes crean la pobreza y, sobre todo, que los bienes de una sociedad yacen pacientemente ahí, esperando que los burócratas decidan cómo distribuirlos justamente.

El desengaño fue total. Había sido un mito que el valor de las cosas responde al trabajo proletario invertido en ellas, y que ergo hay una élite que se apropia de lo que producen los obreros, de su plusvalía. La lucha de clases, que era el centro de la

ideología, y que tanta muerte generó, ya no protagoniza las plataformas de ningún partido representativo. Se aspira a una sociedad policlasista, y con ello el corazón del marxismo ha dejado de latir, desde que sus únicos frutos en la práctica fueron los opuestos de los declamados. Por ello la importancia de la autopsia.

La biografía de Deng Xiaoping es única. Reiteradamente encarcelado y “reeducado”, fue el único que pudo salvarse y regresar al poder. A los demás se les exigió confesiones públicas de su maldad, se les torturaba en plazas, se los paseaba por las calles con capirotos. Todo esto de por sí mostró la índole moral del “hombre nuevo” creado por la Revolución.

Pero el gran liberador de China fue el protegido de Deng, Zhao Ziyang, impulsor de las reformas económicas: dismanteló el sistema de las comunas, y restauró la propiedad de lotes de tierra y los negocios rurales. Gracias a él, en tres años en Sichuan la producción granjera creció un 25% y la industrial un 80%, y esa experiencia devino en modelo para la nación. Además, Zhao quería extender las reformas al campo político. Simpatizó con los estudiantes rebeldes de Tiananmén en 1989, y se acercó a ellos pidiéndoles perdón con lágrimas en los ojos. Por ello fue expulsado del partido, y vivió sus últimos quince años en arresto domiciliario.

Este repaso a vuelo de pájaro del socialismo chino, es un aporte a la autopsia. Las medidas destructivas son inherentes al sistema; la planificación global requiere de dictadura, de supresión de ideas, de purgas constantes. Hasta las reliquias milenarias de China fueron demolidas, con sus miles de monasterios y templos, y de hecho se suprimió la educación. Liquidaban tanto el pasado como el futuro, para que el presente pudiera rendir culto al Gran Timonel, y moviéndose en la oscura arbitrariedad, puesto que nunca se sabe a dónde apuntar para satisfacer al Gran Hermano.

En cuanto a la China de hoy, sólo un 30% de la población mundial es, en promedio, más rica que los chinos (en contraste, en 1980 poco más del 1% de los seres humanos era *más pobre*). Desde entonces el crecimiento del ingreso nacional llegó a alrededor del 10% anual y el PBI creció catorce veces. Nunca en la historia hubo una modernización más rápida: el país campesino ha dado luz a una potencia industrial, y no por “Saltos Adelante”, sino gracias a “la gran idea” de Hazlitt. Gracias a un sistema que concita a la natural motivación humana para prosperar y progresar.

Hoy los chinos creen, en general, que el principal escollo es la corrupción. El economista He Qinglian, en *Las trampas de la modernización* (1997) lo atribuye a los vestigios de la “Revolución Cultural”, que puso en manos del partido el control de cada detalle de la vida privada de las personas.

No cabe duda de que China está preñada de infinidad de factores impredecibles, y en su marcha habrá sin duda altibajos. Con todo, el rumbo general parece irreversible, y es muy positivo.

6 Maniatar al Leviatán

La cleptocracia - El principio Moynihan - El sometimiento a la ley

BL: En la autopsia en que estamos ahora embarcados, mientras se da tiempo a la profundización del estudio y el debate de temas como el dilema del prisionero, las externalidades, los bienes públicos y los consiguientes *free-riders*, debemos trabajar las neuronas para ponerle coto a esta cleptocracia reinante disfrazada de democracia.

Como sabemos, los Giovanni Sartori contemporáneos han insistido en que el aspecto medular de la democracia consiste en el respeto por los derechos de las minorías. Juan González Calderón ha escrito que los demócratas de los números, ni de números entienden puesto que se basan en dos ecuaciones falsas: $50\% \text{ más } 1\% = 100\%$ y $50\% \text{ menos } 1\% = 0\%$. Para retornar a Hayek, es oportuno citar su pensamiento en esta materia consignado en el tercer volumen de su *Derecho, legislación y libertad*: “Debo sin reservas admitir que si por democracia se entiende dar vía libre a la ilimitada voluntad de la mayoría, en modo alguno estoy dispuesto a llamarme demócrata”.

Así las cosas, y en vista de la degradación de la democracia y su mutación en cleptocracia (el gobierno de ladrones, de libertades, de propiedades y de sueños de vida), que no sólo ocurre en lugares como Venezuela, Ecuador, Nicaragua y Bolivia, sino que aparecen síntomas en Europa y en el propio baluarte del mundo libre: Estados Unidos, al traicionar los principios rectores establecidos por los Padres Fundadores que produjeron la revolución más exitosa a favor de la libertad en lo que va de la historia de la humanidad. Así las cosas, decimos, se hace necesario proponer nuevos modos de maniatar al Leviatán.

Hayek sugiere un procedimiento para el Poder Legislativo en el mismo tercer tomo de la obra referida, Bruno Leoni lo hace para el Poder Judicial en su extraordinario libro *La libertad y la ley*, pero en esta oportunidad quisiera recordar lo propuesto por Montesquieu en *Del espíritu de las leyes*. En el segundo capítulo del Segundo Libro consigna que “El sufragio por sorteo está en la índole de la democracia”. Como nos han enseñado Ronald Coase, Harold Demsetz y Douglas North, los incentivos resultan determinantes. Pues en este caso, como cualquiera podría ser gobernante, la gente dejaría de relatarse anécdotas irrelevantes sobre las personas de los candidatos y sus entornos, para centrar su atención en resguardar sus vidas y haciendas, *ergo*, limitar el poder que es precisamente lo que se necesita puesto que el tema no es de hombres sino de instituciones. Como nos ha enseñado Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*

la pregunta de Platón sobre quién debe gobernar está mal formulada, la cuestión estriba en implantar mecanismos para que “el gobierno haga el menor daño posible”.

Si esta propuesta de Montesquieu no satisface debe sugerirse otra pero no quedarse anestesiado esperando un milagro, puesto que como ha dicho Einstein no es posible lograr resultados distintos adoptando las mismas recetas. Entre los humanos nunca habrá un punto final al que llegamos en nuestros esfuerzos. Estamos inmersos en un proceso evolutivo, estamos en ebullición. Por eso me atrae tanto el lema de la Royal Society de Londres: *nullius in verba*, es decir, no hay palabras finales según un verso de Horacio. Ernst Cassirer ha escrito que los politólogos del futuro mirarán nuestro sistema político como mira hoy un químico moderno a los alquimistas de la antigüedad. No hemos llegado a un *desiderátum* ni llegaremos nunca en esta tierra, se trata de minimizar costos sin pretender la perfección. Es necesario renovar los esfuerzos para limitar el poder.

*

GP: Sugiero que al elucubrar métodos para limitar el poder, no perdamos de vista las prioridades. La denuncia debe ser más severa con los regímenes en donde la concentración del poder es la norma, que con aquellos en los que hay dispersión del poder, con todas sus imperfecciones.

Si no, caeremos en el principio del sociólogo Daniel P. Moynihan, quien sostenía que “la cantidad de violaciones de derechos humanos en un país, es inversamente proporcional a la cantidad de quejas sobre derechos humanos que se oyen en ese país”.

No es una ley inmutable, pero la ocurrente definición refleja un aspecto destacable: los Estados que más violan los derechos humanos también ahogan la libertad de expresión, y por ello las quejas provendrán habitualmente desde las zonas en donde es posible protestar. Cuantas más quejas haya en algún lugar, más protegidos parecen estar allí los derechos humanos.

Lo menciono, porque usualmente pervierten su tarea los grupos supuestamente defensores de los Derechos Humanos, como Amnistía Internacional, que tienden a criminalizar más a las democracias que a las dictaduras.

Ahora bien: sin duda las democracias deben ser constitucionales, y las constituciones deberían preservar los derechos de todos sus ciudadanos, justamente para que las mayorías nunca los avasallen. El sistema es muy perfectible, pero puede corregirse dentro de su propio marco. Y sigue vigente la máxima kantiana de que “el hombre es libre si sólo tiene que obedecer a las leyes y no a las personas”. Creo que este valor fue un gran aporte del hebraísmo a Occidente.

Cuando vivimos bajo una ley para todos, y no sometidos a caprichos de gobernantes, la condición humana se enaltece.

Por el contrario, cuando se parte de la premisa de que el individuo es sólo un medio para servir a los fines sociales que señala el líder, siguen, tarde o temprano, la intolerancia y la supresión del disenso. No se trata de un abuso del totalitarismo, sino de su efecto inevitable.

Lo que lo distingue es la arbitrariedad, gran enemiga del progreso y del bienestar. Charles Fourier proclamaba que la edad del retiro del trabajo debía ser los 28 años; Platón, que un Estado ideal debía tener 5040 establecimientos económicos; Pol Pot, que los camboyanos debían vivir en el campo; Ahmadinejad, que no hay homosexuales; Castro, que el comercio es perverso.

Así, Jean Charles Sismondi sostuvo, en *Nuevos principios de economía política* (1819), que para evitar el desempleo había que detener la introducción de maquinaria por medio de... limitar la invención. Inglaterra acababa de vencer, en los legendarios bosques de Nottingham, a los ludditas, obreros textiles que, a fin de conservar sus puestos de trabajo, destruían las máquinas telares de vapor.

Para evitar la arbitrariedad de las mayorías, la constitución puede ser considerada una distribución del poder en el plano temporal. Las dictaduras, por el contrario, al concentrar el poder en un autócrata, terminan haciendo que éste no deba rendir cuentas, no solamente durante el período de su gobierno, sino nunca jamás.

Para asegurarlo, se aseguran de que sus familias se perpetúen en el trono, como los Kim en Corea, los Castro en Cuba, o los Assad en Siria. Y necesitan echar mano al mentado culto a la personalidad. Un caso notable fue Saparmurat Niyazov, dictador de Turkmenistán por tres lustros, y cuyo libro era parte de los exámenes para obtener licencia de conductor. Sus estatuas en oro engalanaban la capital.

Diría que son la antesala de la teocracia moderna. Como el Estado todopoderoso no satisface las necesidades de sus ciudadanos, la única manera de justificar su existencia es atribuirle dones sobrenaturales. Así es hoy el caso de Corea del Norte.

Cuando me tocó disertar en Cuba, pude ver en la Universidad de La Habana los mensajes de Castro colgados en las paredes, para recordar a todo estudiante que el Gran Hermano es omnipresente.

Y en una reunión con profesores me permití hacer un chiste político con ojo psicológico, a fin de evaluar la reacción de los presentes. Fue notable que necesitaran unos segundos de silencio mirándose unos a otros, hasta que el primer audaz se permitió reírse, y con ello legitimó la sonrisa de la masa.

En público, la gente vacila porque nunca sabe qué se espera de ellos, y los errores se pagan caros.

Todo ello es la consecuencia del exceso de Gobierno. Borges aspiraba, como Herbert Spencer, a un Estado mínimo, que casi no se notara.

7 Chodorov y el nacimiento del Estado

La “revolución del año 13” - El “desempleo tecnológico” - La Guerra de Iraq

BL: Sin duda, estimado Gustavo, que hay lugares peores que otros en cuando a las restricciones a las libertades. Por supuesto que no es lo mismo Corea del Norte, Siria o Cuba que Estados Unidos (respecto a tu comentario sobre el régimen cubano y el miedo es muy pertinente repasar la formidable documentación compilada por Orlando Figes en *Los que susurran* donde aparecen los diarios y anotaciones de gente aterrorizada durante la era estalinista).

Pero desgraciadamente el problema del abuso del poder no se limita a esos países (y otros de claro perfil totalitario) sino que se filtra en lugares que otrora han sido ejemplos de cordura. Estados Unidos es en ese sentido un caso especialmente delicado. Viene en un lento plano inclinado desde la llamada “revolución del año 13” en el que Woodrow Wilson introdujo dos reformas constitucionales al efecto de imponer el impuesto progresivo y la banca central.

Luego del interregno de Harding y Coolidge que intentaron revertir esa tendencia socializante, apareció Hoover, y luego F. D. Roosevelt, que respectivamente provocaron y alargaron la crisis de los años treinta con regulaciones inauditas que primero fueron objetadas por la Corte hasta que fue parcialmente invadida, período en el que se incorporaron funcionarios radicalizados, se instauraron nuevas secretarías en el contexto de un gasto público sideral, hasta que surgió el segundo Bush que elevó la relación gasto/producto a los niveles más altos de los últimos ochenta años.

Bush pidió cinco veces autorización al Congreso para elevar la deuda gubernamental, que llegó al 73% del producto, generó un déficit fiscal que trepó al 5% del producto. Sus regulaciones llegaron a ocupar 75.000 páginas, con 39.000 funcionarios a nivel federal para implementarlas; agravó notablemente los problemas financieros del *medicare* y la mal llamada “seguridad social” (que para el 2017 no alcanzan todos los impuestos nacionales a cubrir), se embarcó en increíbles “guerras preventivas” como la patraña de Iraq que nada tenía que ver con la masacre de las Torres Gemelas (producida en parte porque una ley federal prohibía que la tripulación estuviera armada); provocó la burbuja inmobiliaria con políticas monetarias a todas luces irresponsables, e incursionó en lo que probablemente constituya la inmoralidad más grande de estos tiempos: los “bailouts” que financiaron a empresarios ineptos pero con

gran poder de lobby para arrancar recursos del fruto del trabajo de quienes no disponen de esos aparatos ni contactos con el poder.

Obama agravó (y agrava) la situación con nuevas y extendidas regulaciones elevó el gasto y la deuda (que ahora es del 105% del producto). Digo que esta situación es especialmente delicada porque buena parte del mundo libre se basa en Estados Unidos.

Lo que mencionas de la libertad de expresión es por cierto clave (personalmente lo puede observar al responsable de la Comisión Federal de Comunicaciones de Obama, Mark Lloyd, decir que era un admirador de Hugo Chávez por su valiente política con los medios).

Lamentablemente, en muy diversas partes del mundo, los timoratos a los que te referías antes, no son capaces de eliminar la peligrosa figura de las concesiones y asignar derechos de propiedad al espectro electromagnético. En otros casos, vemos a periodistas mendigar la cuota de publicidad del Leviatán en lugar de abogar por la eliminación de agencias oficiales de noticias impropias de una sociedad abierta, o discuten sobre el articulado de una “ley de medios” cuando ese engendro es en su totalidad el problema, y así sucesivamente. Parecería que se le pide al amo que alargue la cadena, pero no cortarla.

Por eso digo que si no pensamos en procedimientos para restringir el poder como la aplicación de la idea de Montesquieu al Poder Ejecutivo, pronto estaremos escribiendo un libro que se titule *Autopsia de la democracia*. Se menciona por doquier a los “derechos humanos”, expresión que me resulta sumamente gelatinosa puesto que los derechos no pueden ser sino humanos ya que no hay derechos vegetales, minerales o animales.

Tu referencia a Sismondi y el “desempleo tecnológico” me vuelve al tema laboral tan incomprendido. La máquina libera trabajo para ser empleado en nuevas cosas que hasta el momento eran inconcebibles precisamente porque el trabajo estaba esterilizado en tareas que ahora puede encarar la máquina y la tecnología en general. Ese fue el caso de la locomotora a vapor luego de aparecido los motores diesel o el hombre de la barra de hielo antes de la heladera. Si hoy se pudiera destrozar toda la maquinaria existente no se incrementará en nada el empleo, sólo bajarán abruptamente los salarios.

Bien dices que la Constitución es un instrumento vial para contener al poder. Esa fue la idea desde los Fueros de Burgos y León en el siglo XI y la Carta Magna de 1215, pero hoy las constituciones se han transformado en una lista de aspiración de deseos como la anterior de Brasil en la que se establecía cuál era la tasa de interés o la propuesta de las huestes de Rafael Correa en la Asamblea Constituyente en Ecuador de incluir el “derecho al orgasmo de la mujer” (moción que afortunadamente no prosperó, no por las mujeres sino por la imbecilidad de ese pseudoderecho).

Tú vinculas con mucha razón a Borges con Herbert Spencer (en un aniversario María Kodama me invitó a pronunciar una conferencia en su Fundación la que titulé “Spencer y el poder: una preocupación borgeana”). En *Otras inquisiciones*, Borges escribe que “El más urgente de los problemas de nuestra época (ya denunciado con profética lucidez por el casi olvidado Spencer) es la gradual intromisión del Estado en los actos del individuo”.

*

GP: Quisiera reflexionar sobre dicha intromisión, pero permíteme antes señalar mi desacuerdo con respecto a la Guerra de Iraq de 2003. La de los Hussein fue una de las tiranías más atroces del siglo XXI. A esta altura, no hace falta demostrar su brutalidad y su opresión del pueblo iraquí, que había sido transformado, entre otras cosas, en un enorme harem para uno de los hijos de la casta.

Entiendo que si se hubiera limitado a ser una cruel autocracia, podría objetarse la intervención militar extranjera. Pero adicionalmente el régimen hacía gala de sus aspiraciones expansionistas y belicistas, y había usado armas de destrucción masiva contra su propia población y contra sus vecinos. Durante el cuarto de siglo de gobierno de Saddam, Iraq y sus vecinos casi no gozaron de un minuto de paz.

En un caso tan extremo, sí corresponde un inicial apoyo extranjero para deponerlo, ya que se trataba de una amenaza mundial. Pensemos en cuánto se habría salvado si se hubiera intervenido a tiempo contra Hitler.

Después de esa intervención inicial, los iraquíes pudieron continuar la batalla como lo hicieron, y de hecho comenzaron a construir la primera democracia del mundo árabe. Con todos sus problemas, hoy Iraq aspira a ser una sociedad pacífica, con instituciones libres; su futuro es promisorio. También sus vecinos se merecían ser liberados de la amenaza de Saddam, y similar descripción podría hacerse sobre Libia.

Creo que deberíamos valorar que esos dos tiranos ya no estén. Obviarlo, y minimizarlo ante la gravedad de los decretos que amplían el poder estatal en Occidente, forma parte de ese sutil nacionalismo que mencioné al comienzo, según el cual las críticas se descargan siempre contra los abusos en las democracias y eximen a los peores enemigos de éstas.

Con respecto a la intromisión del Estado en nuestras vidas, me gustaría retrotraerme a la cosmovisión bíblica, que notablemente plantea al Estado como el resultado de la debilidad humana, y no como un ideal. Al respecto, el libro de Samuel es un testimonio único. Constituye la narración más independiente de los libros históricos de la Biblia; los otros son predominantemente religiosos; Samuel, por el contrario, es cabalmente histórico, el máximo ejemplo de la epopeya en prosa, dedicado a la época heroica del nacimiento de la monarquía en Israel.

“Danos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones. Y Samuel oró al Eterno, quien le respondió ‘Escucha la voz del pueblo... pues no te han desechado a ti sino a Mí, para que no sea rey sobre ellos’”.

Estos celeberrimos versículos (I Samuel 8:7) narran el advenimiento de la monarquía después de un período semianárquico al que quisiera caracterizar. Cuando los antiguos hebreos superaron su nomadismo, no necesitaron de un gobierno fuerte, y emergió un sistema privativo del Israel antiguo: el de los llamados *Jueces*. Éstos eran líderes que surgían con un cometido delimitado (la autodefensa) y cuya legitimidad para conducir se desvanecía al cumplirse el objetivo.

Pero el pueblo reclamó un rey, y esta urgencia es presentada como una afrenta a la potestad divina. La monarquía surge como una transacción y, en retrospectiva, el sistema de los Jueces fue admirado por Martín Buber y Yejezkel Kaufmann, entre otros pensadores.

Entre éstos destaca el miniarquista Frank Chodorov, quien en 1959 reconoció en el rol de Samuel y el cambio de gobierno como una página crucial de la historia humana (en *Nace un Estado*, décimo capítulo de *El ascenso y caída de la sociedad: ensayo sobre las fuerzas económicas que cimentan las instituciones sociales*).

Chodorov abre con un elogio de los Jueces: “En aquellos días no había rey en Israel; cada persona actuaba según su propio criterio” (17:6). Ser libre es actuar de acuerdo con el criterio propio, a pesar de que hubiera controles sociales, y de que la vida en grupo fuera ordenada por la tradición y el liderazgo sin coerción.

Chodorov indica que este tipo de gobierno duró unos cuatro siglos, comparables a la extensión de la república romana. Su emblemático final se produjo, según mencioné, cuando los ancianos de las tribus demandaron un rey.

Se pasaba del pastoreo a la agricultura, y la propiedad de la tierra había cobrado una importancia que había faltado durante la gran migración. Ya habían penetrado el comercio, el capital y las transacciones financieras. La economía se había transformado.

El error de los antiguos israelitas al depositar la fe en el Estado, creó un yugo es irreversible.

Samuel cedió ante la demanda popular: organizó la burocracia, la conscripción en lugar del voluntarismo; los funcionarios, una aristocracia estatal, y el gravamen; ungió a Saúl como rey. De inmediato comienzan las luchas palaciegas y la pugna por el poder. En cierto modo, el profetismo que surgió un siglo después fue una exhortación a regresar a los viejos principios originales.

8 De tiranías e intervenciones

“Derrumbar a tiranos” - Las instituciones absurdas - El "hombre nuevo"

BL: Creo que el caso de Iraq debe ubicarse en el contexto de la tradición estadounidense de una República y no de un imperio. Los Padres Fundadores incluso desconfiaban de los ejércitos permanentes y específicamente el general George Washington insistía en “mantener a los Estados Unidos fuera de toda conexión política con otros países” lo cual contemporáneamente advirtió el General Eisenhower en su discurso de despedida como presidente sobre “el peligro para la democracia y las libertades del complejo industrial-militar” (seguramente desengañado por como terminó la Segunda Guerra Mundial al entregarle las tres cuartas partes de Europa a Stalin).

Tal como resumió John Quincy Adams “América [del Norte] no va al extranjero en busca de monstruos para destruir. Desea la libertad y la independencia para todos. Es el campeón solamente de las suyas. Recomienda esa causa general por el contenido de su voz y por la simpatía benigna de su ejemplo” de lo contrario “podrá ser la directriz del mundo pero no será más la directriz de su propio espíritu”. Y en el caso de Iraq nada de lo que se alegó al vincular al tirano Hussein a la masacre del 11 de septiembre y colaterales fue cierto, tal como lo puso de manifiesto en detalle Richard Clarke, asesor presidencial para temas de seguridad de Reagan, Bush padre, Clinton y Bush hijo, en su libro *Against All Enemies. Inside American's War on Terror*.

Si se tratara de derrumbar a déspotas habría que bombardear medio planeta, pero los fiascos que comenzaron con Vietnam y siguientes como el de Haití que sería digno de una producción cinematográfica de Woody Allen si no fuera dramática (incluso “primaveras árabes” que se convierten en crudos “inviernos”) muestra que hay que ser más prudentes, y si se piensa que hay que salvar a un país, la mejor receta es *put your money where your mouth is*, en este caso reclutar ejércitos mercenarios para proceder en consecuencia pero no comprometer principios republicanos en un contexto de graves violaciones a las libertades individuales (como, por ejemplo, con la llamada Patriot Act y equivalentes). La hipocresía tampoco es un buen camino como cuando el gobierno estadounidense financió y armó a Saddam Hussein en la guerra Iraq-Irán o la financiación a Bin Laden en la guerra rusa (ambos finalmente ejecutados por reducidas operaciones comando).

Deben computarse los horrores de la guerra: hoy la agencia AP, en base a documentación del Pentágono, revela que durante el año 2012 hubo en Afganistán 349 suicidios de soldados en servicio activo, más que todos los muertos en combate durante el mismo período en el mismo lugar. En todo caso, observo con enorme tristeza y preocupación que el entonces baluarte del mundo libre está siendo carcomido en sus bases esenciales tal como lo referí telegráficamente en otra de mis entradas, para lo cual ha contribuido la hemorragia de recursos humanos y materiales provocados por fracasos guerreros que han incrementado sideralmente el gasto y la deuda que hoy convierten a ese otrora gigante de la libertad en un país semi-quebrado como muestran exhaustivamente autores de la talla de Peter Schiff y John A. Allison.

Creo que para nuestra autopsia del socialismo resulta necesario considerar el avance a pasos agigantados de una educación lamentable en Estados Unidos en su territorio y en el extranjero a través de canales diplomáticos y de absurdas instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en cuanto al abandono de los valores básicos de la sociedad abierta tal como señala muy documentadamente Thomas Sowell en *Inside American Education*. Esa es el arma más contundente y no la fuerza bruta que sólo debiera utilizarse como directa defensa propia sin pretender “la construcción y reconstrucción de naciones” según la arrogante y poco feliz declaración de Condoleezza Rice ante el Congreso de su país siendo Secretaria de Estado.

Es que como ha escrito Leonard Read, ha sido un error denominar “gobierno” al monopolista de la fuerza durante la revolución estadounidense “del mismo modo que al guardián de una fábrica no se lo denomina gerente general”.

Es pertinente en este contexto repetir lo que he dicho en otras ocasiones sobre la tortura en relación a la lucha contra los asesinos terroristas. Cesare Beccaria, el pionero del derecho penal, afirmaba que “Un hombre no puede ser llamado reo antes de la sentencia del juez [...] ¿Qué derecho sino el de la fuerza será el que de potestad al juez para imponer pena a un ciudadano mientras se duda si es reo o inocente? No es nuevo este dilema: o el delito es cierto o es incierto; si es cierto, no le conviene otra pena que la establecida por las leyes y son inútiles los tormentos porque es inútil la confesión del reo”

Michael Ignatieff escribe que “La democracia liberal se opone a la tortura porque se opone a cualquier uso ilimitado de la autoridad pública contra seres humanos y la tortura es la más ilimitada, la forma más desenfrenada de poder que una persona puede ejercer contra otra”. Explica que la tortura no sólo ofende al torturado sino que degrada al torturador.

También en la actualidad se recurre a las figuras de “testigo material” y de “enemigo combatiente” para obviar las disposiciones de las Convenciones de Ginebra. Según el juez estadounidense Andrew Napolitano el primer caso se traduce en una vil táctica

gubernamental para encarcelar a personas a quienes no se les ha probado nada pero que son detenidas según el criterio de algún funcionario del poder ejecutivo y, en el segundo caso, nos explica que al efecto de despojar a personas de sus derechos constitucionales se recurre a un subterfugio también ilegal que elude de manera burda las expresas resoluciones de las antedichas normas internacionales que se aplican tanto para los prisioneros de ejércitos regulares como combatientes que no pertenecen a una nación. Estas consideraciones hacen a un aspecto crucial de los antidotos contra el socialismo.

*

GP: Amigo Alberto, en este punto disintimos, pero no quisiera detenerme porque creo que dejé bastante claro que no se trata de “deponer a déspotas” sino de poner freno a algunos pocos de entre esos déspotas: los enloquecidos que amenazan al mundo entero.

Afortunadamente, éstos distan de ser “medio planeta”. El siglo XXI tuvo un sólo caso en Saddam Hussein, quizás dos si le agregamos a Gadafi. Y la lección de su derrumbe disuadirá a los tiranos que perviven (que no son tantos) de lanzarse a aventuras genocidas.

Además, me parece sensato que un liberal tenga claro de qué lado debe estar ante una guerra en la que combate una democracia frente a un tirano genocida que oprime a su pueblo y masacra a los demás. Entre democracias, no hay guerras. Esto es así porque cuando se nos permite a los hombres decidir nuestro destino, preferimos no matar ni morir, a menos que sintamos que debemos repeler la agresión de los tiranos.

Si ello no nos queda claro, podemos caer en las entelequias en las que caía el marxismo cuando frecuentemente se divorciaba de la realidad. Blandían el dogma, aun en contra de la realidad concreta. Uno de sus delirios fue, precisamente, su antojo de que el gobierno revolucionario cambiaría por decreto la naturaleza humana.

El marxismo veía en la transferencia de los medios de producción al Estado una especie de redención cuando, en rigor, se trata meramente de una medida burocrática. Cuando ella se produjera, argüían, paulatinamente se acabarían la explotación, la plusvalía, la alienación, la desigualdad. Nacería un hombre nuevo. El Estado terminaría esfumándose y no habría más conflictos. Sé que lo he simplificado mucho, pero ése es el mensaje sucinto. El mismo mensaje que escuchaba una y otra vez en mis años de bachillerato en el Carlos Pellegrini, cuando lo agitaban extasiados los militantes de todas las agrupaciones estudiantiles.

Lo concreto es que, en vísperas de la perestroika, en los años '80, con *toda* la propiedad en manos del Estado durante siete décadas, no sólo no habían germinado “hombres nuevos” ni se había logrado el nirvana social, sino que había serios indicios

de que los hombres de las sociedades socialistas eran mucho más “viejos” que sus hermanos de las sociedades capitalistas y que, además de estar insatisfechos, vivían en sociedades estancadas que no funcionaban bien.

Los indicadores son parecidos a los que pueden verificarse hoy en el único país que sigue aferrado al dogma, Corea del Norte, o en aquéllos que lo remedan. Para citar lo más ostensible: desabastecimiento energético; estancamiento de la producción siderúrgica; constantes averías y apagones en las plantas de generación; un crecimiento económico per cápita nulo o negativo; la esperanza de vida en disminución; dos tercios del equipo agrícola inservibles; y una ineficiencia que causaba hambre.

Incluso las pocas veces en las que los abastecimientos eran precisos, y de pura suerte se cumplían los resultados previstos en los cálculos de producción, igualmente se generaba una letal escasez debida a los retrasos en la entrega, que causaban colas, acaparamiento de productos y racionamientos ocasionales.

Es decir que las cosechas siempre resultaban más pequeñas de lo planeadas pero, peor aún, cuando el cereal, las papas, el azúcar, la remolacha y las frutas finalmente *se obtenían*, se echaban a perder antes de llegar a las tiendas.

Concretamente, el “hombre nuevo” significó, en la ya mencionada China, la muerte por hambre de decenas de millones de personas; y en la Unión Soviética, que en 1990 más de cien mil aldeas carecieran de línea telefónica. No había fotocopiadoras, computadoras, instrumentos indispensables para la logística de una economía moderna.

Este desastre de las telecomunicaciones no era sólo el resultado de la ineficiencia. Por si ésta no hubiera sido suficiente, la estructura de poder soviética impedía el intercambio rápido de información porque requería la censura previa del partido.

La caída final era previsible porque la asignación de recursos en las sociedades socialistas era pésima, y eventualmente sus economías terminaban destruidas. Por ejemplo, los bonos e incentivos concedidos a las empresas se determinaban por el número de trabajadores empleados, lo que condujo a la contratación de grandes cantidades de obreros innecesarios. El sobreempleo era, en efecto, un aspecto del despilfarro.

El otro aspecto era que las cuotas de producción se fijaban únicamente en términos cuantitativos, lo que daba lugar a la producción de artículos de muy baja calidad, y al engaño constante acerca de lo producido. Las empresas más subsidiadas eran siempre las peores, las que más dilapidaban recursos. Ello generaba una creciente corrupción, en la que todo empleado escondía algo debajo del mostrador, para sus amigos o parientes, o para soborno.

En mayo de 1988, cuando aparecieron en Rusia los primeros pimpollos de autocrítica, el diario *Pravda* publicó un artículo que resumía así la condición de la

economía socialista: “Ni uno sólo de los 170 sectores esenciales de la economía ha cumplido ni una sola vez con los objetivos de los planes trazados durante los últimos 20 años... esto trajo una reacción en cadena de desequilibrio que ha llevado a una *anarquía planificada...*”

9 Gandhi, Roosevelt y Ayn Rand

Ficciones sobre el futuro - La “kakistocracia” - El recurso de las armas

BL: Sí, por lo visto disentimos en este punto neurálgico, Gustavo, sobre lo que es la verdadera defensa de la sociedad abierta a que se referían los Padres Fundadores y sus continuadores del presente (por el momento, lamentablemente, en minoría)

Reitero lo que escribí en otra oportunidad. Se presentan casos múltiples en los que escritores de ficción aciertan mucho más respecto del futuro que los ampulosos comités gubernamentales constituidos y financiados con los recursos de los contribuyentes al efecto de “pronosticar los sucesos por venir”. Tales han sido los casos, por ejemplo, en materia tecnológica de Julio Verne o H. G. Wells en el pasado o de Asimov o Carl Sagan más contemporáneamente y, en temas sociales, las novelas revestidas de un impresionante realismo, por orden de aparición: *The New Utopia* de Jerome K. Jerome, *We* de Yevgeny Zamyatin, *The Lonely Crowd* de David Reisman y, posteriormente, las célebres composiciones de Huxley y Orwell.

El caso de Taylor Caldwell hoy sobresale por su actualidad: presenta un peligro enorme si su prognosis fuera correcta (como hasta ahora lamentablemente parece serlo en Estados Unidos) en su novela que lleva el mismo título de una de Morris West: *The Devil's Advocate*. El eje central de esta novela -escrita en 1952, repito y subrayo: en 1952- plantea la grave situación estadounidense en que ese país que en su ficción (¿ficción?) se vuelve socialista y, entre muchas otras cosas, escribe que

“Siempre había una guerra. Siempre había un enemigo en alguna parte del mundo que había que aplastar [...] Denle guerra a un nación y estará contenta de renunciar al sentimiento de libertad [...] En los días en que América [del Norte] era una nación libre, sus padres deben haberles enseñado la larga tradición de libertad y orgullo en su país. Sus profesores tienen que haberles enseñado, y sus pastores, sus rabinos y sus sacerdotes. La bandera, en un momento, debe haber significado algo para ellos. La Constitución de los Estados Unidos, la Declaración de la Independencia: seguramente habría entre ellos quienes recordarán. ¿Por qué entonces permitieron que la Constitución se pusiera fuera de la ley? ¿Por qué desviaron sus miradas cuando sus artículos, uno por uno, fueron devorados por las ratas? ¿No hubo una sola hora en la que se sublevaron como hombres en sus corazones y

levantaran la voz en protesta? [...] Todo empezó tan casualmente, tan fácil y tantas palabras grandilocuentes. Comenzó con el uso odioso de la palabra `seguridad` [...] ¿Por qué han estado tan ansiosos de creer que cualquier gobierno resolvería los problemas por ellos, los cuales habían sido resueltos una y otra vez tan orgullosamente por sus padres? ”.

Esto me parece es más cercano a la realidad que un cuadro idílico en el que hay buenos que liquidan la maldad cuando en verdad están exterminándose por dentro los así llamados “buenos”, además de los fracasos que producen en los lugares que invaden.

Estimo que en gran medida, en la actualidad, los gobernantes de Estados Unidos están equivocando el blanco. Lo ilustra, entre tantos ejemplos, Cass R. Sunstein, nada menos que el máximo responsable de la Oficina de Información y Asuntos Regulatorios de la Casa Blanca en su último libro con el muy sugestivo título de *The Second Bill of Rights: FDR's Unfinished Revolution and Why We Need it More than Ever*.

Como es sabido, es en la época de ese Roosevelt en la que participaron en el gabinete socialistas radicalizados, incluyendo el agente soviético que actuaba como Secretario de Estado: Alger Hiss (y esto último para nada significa avalar reprobables cazas de brujas: es simplemente que, igual que cuando en una empresa un funcionario se compromete a no pasarle datos a la competencia, cuando un burócrata jura fidelidad a una causa no desliza información secreta a la parte contraria. Es un tema de decencia).

*

GP: Es un tanto idílica la hipótesis de que, con la excusa de evitar caer en el maniqueísmo, habría que olvidarse de que el mal existe. O eludir nuestra obligación de defendernos de él. Con ese criterio, aun podríamos objetar la invasión norteamericana a Normandía en 1944, considerándola una intromisión en batallas ajenas. Más todavía: vale evocar al respecto una segunda obra, menos conocida, de quien ya hemos mencionado como creador de una de las máximas ficciones modernas acerca de las lacras del totalitarismo: George Orwell.

En 1949 escribió un ensayo titulado *Reflexiones acerca de Gan-dhi*, en el que sostiene que Gandhi nunca percibió la naturaleza brutal del totalitarismo, y por ende suponía toda lucha como una extrapolación de su propia disputa contra el imperio británico. Así escribe Orwell:

Con respecto a la última guerra, una pregunta que todo pacifista tenía una clara obligación de responder era: “¿Y qué de los judíos? ¿Está usted dispuesto a que se los extermine? Si no lo está, ¿cómo propone usted que se los salve sin recurrir a la guerra?”

Debo decir que nunca escuché una respuesta honesta a esta pregunta por parte de un pacifista occidental; sí escuché muchas evasivas. A Gandhi se le

preguntó algo similar en 1938 y su respuesta está incluida en “Gandhi y Stalin” de Louis Fischer: “Los judíos alemanes debían cometer suicidio colectivo, lo que habría levantado al mundo y al pueblo alemán en contra de la violencia de Hitler”.

Después de la guerra, Gandhi se justificó: “los judíos habían sido de todos modos asesinados, así que podrían haber muerto de modo significativo”.

Hay momentos extremos en los que empuñar las armas es la única respuesta de un hombre con los pies en la tierra. Lamentablemente, aun no hemos arribado a la época de la humanidad en la que siempre podamos prescindir de la fuerza para protegernos. Confío en que esa época llegará, pero soy consciente de la que nos ha tocado vivir.

La pregunta, a los efectos de nuestra autopsia, es si el totalitarismo genera necesariamente que los peores se coloquen a la cabeza, o si es una cuestión de suerte, o si acaso depende de la idiosincrasia de cada país y época. Nuestro común amigo Jorge Luis García Venturini solía llamar “kakistocracia” (el gobierno de los peores) a esa tendencia de los colectivismos de encumbrar a la escoria de la sociedad.

También en este asunto podemos volver a Hayek. El capítulo décimo de *Camino de servidumbre* enumera los tres motivos de la kakistocracia que se apodera de los diversos socialismos, a saber: Que para cumplir con la meta de homogeneizar la sociedad, hay que descender a los niveles sociales más bajos; que la gente más atraída por esta igualación impuesta, no es la que tiene sólidos principios; y que es más fácil ponerse de acuerdo en torno de un programa negativo que de uno creativo.

La novelística de Ayn Rand recoge magistralmente esa idea. En términos generales, narra la lucha de un individuo que, apoyado en el amor de su mujer, consigue hacer prevalecer la justicia en un medio hostil. Es una oda al triunfo del bien, logrado por el espíritu humano en libertad.

Quisiera mencionar tres novelas determinadas, a modo de recomendación a nuestros lectores. *¡Vivir!* (1938) muestra los efectos devastadores del colectivismo sobre el espíritu humano; el protagonista supera la apatía de quienes no se atreven a pensar por sí mismos y se someten al ubicuo comandante.

El manantial (1943) exalta la creatividad: el protagonista Howard Roark es el innovador que se niega a sacrificar su obra a los burócratas, mientras su rival Ellsworth Toohey, encarna al oportunista inservible que no tolera el éxito ajeno, y siempre procura cosecharlo para sí, en nombre del bien común. El individualismo se yergue frente al colectivismo, y hombre ideal es el independiente, íntegro y con autoestima.

La obra máxima de Rand, *La rebelión de Atlas* (1957) lleva el esquema de la anterior al plano de la sociedad en su conjunto: los genios productivos se enfrentan a quienes viven a costa de esa creatividad amparados en la masa y en la violencia. Estos últimos

bregan por altos impuestos, sindicatos fuertes, propiedad pública, gasto y planificación gubernamental, regulación y redistribución de ingresos.

Hay un motor de la civilización: el pensamiento independiente, que emerge en sociedades que estimulan la curiosidad, las dudas, el estudio, la innovación y el humor; y que florece en ámbitos en los que crecen hombres libres sin miedo de equivocarse ni de expresarse.

10 Estalinistas y trotskistas

Cuándo se justifica una invasión - “Marxismo moderado”- Ron Paul

BL: Descuento que cuando escribes no te refieres a mi hipótesis en cuanto a “olvidarse del mal”. Tal vez sea superfluo decir que mi ocupación y preocupación es el enorme mal -daño- que se autoinflige el país que al que admiro sus tradiciones, en el que tengo tantos amigos y en el que estudié en el colegio y en estudios de posgrado.

Gandhi era un xenófobo que fue claramente contradicho por Tagore y tuvo la suerte de enfrentarse con los ingleses y no con nazis y soviéticos situación que hubiera terminado con su pacifismo (y con él). De todos modos, en líneas generales, no es del todo descartable para todos los efectos su reflexión en cuanto a que “si todos aplicamos el ojo por ojo nos quedaremos ciegos”. Sin embargo, el derecho a la defensa propia es esencial por ello he escrito tanto sobre la importancia de la tenencia y portación de armas inscriptas en la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense (que ahora está en entredicho).

Una cosa es la defensa propia y otra bien distinta es la invasión a otros países para “construir naciones” mientras se desangra la propia. Cuando vivía en Guatemala, participé activamente junto con Manuel Ayau, el fundador de la Universidad Francisco Marroquín, en varias acciones para denunciar pública y enérgicamente la política devastadora del gobierno de Estados Unidos en Centroamérica, lo cual consigno detalladamente en mi libro *Estados Unidos contra Estados Unidos* editado por el Fondo de Cultura Económica. Basta consignar aquí para ilustrar en cápsula mi punto que la referida casa de estudios, establecida para contrarrestar la influencia socialista de otras universidades de la región, fue fulminada por destacados personeros del Departamento de Estado siendo embajadora de EEUU en Guatemala Prudence Bushnell, lo cual relató Mary O’Grady en el *Wall Street Journal* del 3 de agosto de 2001 bajo el título de *A Guatemalan Free-Market Reformer Is Under Fire From US*, mientras el embajador de EEUU ante El Salvador, Robert E. White, declaraba el mismo día en que fuera confirmado por el Senado de su país que en su gestión apoyaría “a los que con pasión son de izquierda” y James Cheek, a quien conocí como embajador estadounidense en Argentina, siendo Secretario de Estado para Asuntos de América Central le escribió a la autora y periodista Virginia Prewett que “la política correcta para América Central es imponer un marxismo moderado”.

Por situaciones como las referidas es que estimo indispensable introducir

limitaciones al poder adicionales a las hasta las ahora imaginadas al efecto de preservar la democracia, especialmente en países como los Estados Unidos, de lo contrario las coaliciones y alianzas terminarán por imponer un régimen contrario a la libertad y a los sueños y desvelos de los Padres Fundadores.

Puede con todo rigor considerarse un continuador de las mejores tradiciones estadounidense el ex candidato presidencial en estas últimas elecciones norteamericanas Ron Paul que suscribe todo lo que he puesto de manifiesto en este intercambio epistolar en materia militar y conexos. Paul es el que contó con el mayor apoyo electoral de militares en retiro y en actividad en relación a todos los otros candidatos juntos. Es de gran interés leer su último libro titulado *Liberty Defined*, dicho sea al pasar dedicado a mis maestros Mises, Hayek, Rothbard y Sennholz.

*

GP: El límite entre “la defensa propia” y la “invasión a otros países” no siempre es categórico. Para sumar un ejemplo más actual al que propuse de la Segunda Guerra Mundial, recordemos que después del 11S el Gobierno talibán de Afganistán seguía cobijando a los perpetradores de los atentados en Nueva York. Sería muy tendencioso presentar la consecuente invasión a Afganistán como el resultado de un mero impulso agresivo por parte del presidente Bush.

Permite que amplie la cuestión al dilema de cuándo se justifica una invasión.

En mi opinión, no corresponde si su objetivo se reduce a deponer un régimen dictatorial. Verbigracia, Arabia Saudita está gobernada por una estructura tribal premedieval. Allí no hay elecciones, ni reales ni simuladas. No hay derechos humanos sino concesiones de la casa real a sus súbditos. No hay libertades mínimas, y la única religiosidad legal es la islámica. Dore Gold, en *El reino del odio* (2003), rastrea los orígenes y expansión del wahhabismo saudí, que considera infieles a los cristianos, judíos, paganos, ateos, y a un noventa por ciento de los propios musulmanes.

Exportan imanes y financian colegios en cien países a fin de reclutar jóvenes que se adhirieran a la versión más extrema del credo en las naciones más diversas. Miles de mezquitas se han construido durante la última década por todo el mundo, desde Buenos Aires a Andalucía, con el dinero ilimitado que la familia saudí obtiene de la venta del petróleo.

Con la subida de los precios petroleros en 1973, la fastuosa acumulación de dinero canalizó la radicalización del Islam que se ha hecho sentir en los últimos cuarenta años. Ha generado una generación de islamistas menos motivados por la fe islámica que por la destrucción de los logros de Occidente contra los que no pueden competir.

Por todo ello, debí rechinar los dientes cuando en 2009 vi al actual presidente norteamericano reclinarse ante el rey saudí. Era casi ofensivo que la cabeza de la

mayor democracia rindiera pleitesía al autócrata de un Estado opresor y misógino.

Reflejaba la típica política exterior de izquierda, de flirtear con la ultraderecha. Aunque esta terminología no termina de convencerme, en esto es clara: les cabe a los regímenes que se imponen por la fuerza con un mensaje casi místico (religioso o racial), y están dispuesto a exportarlo violentamente.

En 1939 la izquierda se asoció al régimen monstruoso, y la izquierda de 2013 remeda aquella infamia. Condonan a la ultraderecha porque, más que nada, detestan las libertades individuales.

Sin embargo, aun habiendo dicho esto, sería un abuso invadir la península arábiga para liberar al pueblo saudí de sus tiranos. El caso en el que la invasión tendría sentido sería si la casta de los Saúd acumulara armas de destrucción masiva para invadir otros países. Si así fuera, sería ingenuo o malicioso dejar al mundo a merced de la furia agresora escudados en un prurito aislacionista.

Esta opción es relevante hoy en día con respecto al Irán de los ayatolás. Que el régimen decapite y flagele no es causa suficiente de que se les invada el país. Pero ¿no lo es el hecho de que aspire a tener armas atómicas, mientras proclama abiertamente sus intentos de borrar a un Estado del globo? Me parece que esta pregunta es similar a la que formularon a Mahatma Gandhi.

En este contexto, amigo Alberto, tu mención de Ron Paul es ilustrativa de cierta diferencia en nuestras posiciones. He seguido con atención las elecciones primarias del Partido Republicano de los EEUU. De los siete candidatos que debatieron a fines de 2011 (Michele Bachmann, Herman Cain, Newt Gingrich, Ron Paul, Rick Perry, Mitt Romney y Rick Santorum) todos me resultaron convincentes... menos Ron Paul.

Su política exterior se asemeja más a la de la izquierda del Partido Demócrata. Ron Paul desestima los verdaderos y reales peligros que acechan a nuestra civilización, con la excusa de que no caigamos en una inexistente islamofobia. Como si no desear que la sharía rijá nuestras vidas fuera en algún sentido una expresión de odio hacia los musulmanes.

Curiosamente, me recuerda a los trotskistas en el campo de la izquierda. Los conocí de cerca en mis años secundarios y universitarios, incluso leí a varios de sus ideólogos, como Nahuel Moreno.

Debo confesar que, con lo desagradables que me resultaban los estalinistas (*muy* desagradables), tenían la ventaja de que daban ejemplos concretos de dónde, según ellos, las cosas marchaban bien: en Europa Oriental, Corea del Norte y Cuba. Había que ser vil o porfiado para seguir defendiendo lo indefendible, pero el caso estaba allí para ser analizado.

En contraste, los trotskistas no atinaban a ejemplificar sus postulados ni con un sólo

milímetro cuadrado de este planeta en el que se cumplieran. Había que resignarse debatir con entelequias y delirios.

Por ello me sentí más cercano a los otros seis candidatos, liberales con los pies en la tierra, que pueden reivindicar sin complejos a Margaret Thatcher y a Ronald Reagan, y a partir de una base real dedicarse a mejorar nuestra especie.

11 La banca central

Atropellos de los EEUU - El salvamento de los bancos - El anarcocapitalismo

BL: Precisamente, las facciones en pugna en Arabia Saudita e Iraq con Bin Laden y sus secuaces es otra de las explicaciones por las que Hussein rechazaba Al-Qaeda en su territorio por lo que, una vez más, se revela que los miserables asesinatos perpetrados en 11 de septiembre no estaban vinculados a Iraq y, por tanto, el motivo alegado para la “invasión preventiva” carecía de sustento.

Por otro lado, Gustavo, la incursión en Afganistán (y muchas otras), no fue realizada según los cánones republicanos de la declaración de guerra por el Congreso y, por otro, y ahora hablo en general respecto a casos similares, las operaciones comando contra blancos específicos (siempre que se haya iniciado una acción agresiva concreta, lo cual enmarca la respuesta en la defensa propia) ha demostrado ser más efectiva que colocar miles de soldados en lugares que producen infinidad de “daños colaterales” y bajas en las tropas estadounidenses.

James Bovard en las casi quinientas páginas de su obra *Terrorism and Tyranny Trampling Freedom, Justice and Peace to Rid the World of Evil*, pone de manifiesto los inaceptables atropellos del Leviatán estadounidense en nombre de la seguridad. Sigue la reflexión de Franklin en el sentido de que “aquellos que renuncian a libertades esenciales para obtener seguridad, no merecen ni la libertad ni la seguridad”. A esto se agrega la inaudita y catastrófica “guerra contra las drogas” que, como ha destacado en repetidas ocasiones Milton Friedman, ha contribuido a liquidar libertades de inocentes en un camino de fracasos estrepitosos e incremento exponencial del problema debido a los márgenes operativos colosales que la prohibición engendra.

En otros términos, sin perjuicio de condenar las horrendas tiranías del planeta, me preocupa muy especialmente lo que viene ocurriendo en Estados Unidos porque si se sigue desmoronando el corazón del *American way of life* el resto del mundo entrará en un cono de sombra difícil de revertir. Por ello es de tanta trascendencia lo lamentable que viene ocurriendo en materia educativa que mina los pilares de ese gran país junto a regulaciones crecientes y un gasto, una deuda y un déficit descontrolados en el contexto de un sistema bancario endeble.

Esto último es especialmente preocupante en estos momentos aunque que el mundo viene navegando en este sistema de hace tiempo. Me refiero al sistema bancario de

reserva fraccional manipulado por la banca central. Ese sistema hace que el esquema bancario y financiero opere en la cuerda floja: frente a cada cambio en la demanda de dinero se pone al descubierto que se está en un estado de insolvencia permanente. Como sabes, hay un debate que viene desde hace unos cincuenta años y promete seguir por otros cincuenta entre los partidarios de la reserva total y el *free banking*, pero cualquiera de las dos posiciones es inmensamente mejor que el sistema actual. Después vienen los barquinazos y se le echa la culpa a un capitalismo inexistente.

*

GP: En efecto, el debate que señalas agita a las fuerzas liberales. Se agitó especialmente durante la crisis de 2008, en torno del salvamento de los bancos por parte de la administración Bush.

Los argumentos que esgrimieron los opositores era su pavloviano (y sano) rechazo a cualquier intervención estatal. Se oponían por los mismos motivos que se opondrían al socorro estatal a cualquier empresa.

Hubo, empero, quienes entendieron que el sistema bancario en su conjunto excede cualitativamente el de una empresa, ya que afecta substancialmente a toda la economía y no sólo a sectores de ella.

Desde que nació el sistema financiero moderno, los bancos centrales cumplen la función de asegurar la estabilidad monetaria en su conjunto. Por lo tanto, no haber intervenido en una situación tan crítica habría implicado traicionar su cometido esencial.

Obviamente no todos los bancos centrales tienen éxito, pero algunos sí, como el gobernador del Banco Central de Israel, Stanley Fischer, quien por casi una década evitó que la economía del país tambaleara como las de Europa.

Con todo, se sabe que hay diversas iniciativas que pretenden cancelar la figura de la banca central, ninguna de ellas de aplicación fácil y rápida. La más extrema de ellas es posiblemente la de Murray Rothbard y la “reserva total”, cuyo sustrato es la ideología del anarcocapitalismo y no la del liberalismo clásico. Me permito agregar, Alberto, que acaso parte de nuestras diferencias tenga que ver con esa línea divisoria.

Los anarcocapitalistas ven en la banca libre una suerte de intervencionismo estatal. Pero disienten con ello liberales de la talla de nada menos que Ludwig von Mises, quien en su obra magna *La acción humana* (1949) la presentan como un instrumento para dar seguridad a la economía de mercado en su conjunto contra posibles crisis y depresiones. No como el anarcocapitalismo, que presupone un sistema económico idílico en el que nunca hay crisis. Un liberalismo realista defiende la banca libre porque no elude la posibilidad de crisis en el sistema.

Debe intentarse que sean infrecuentes, pero teniendo en cuenta que la economía es

imperfecta como todo lo humano.

Lo inadmisibile es que de las crisis se culpe al capitalismo, que sería como acusar al cuerpo por las enfermedades. Quien siempre está dispuesto a las críticas felinas contra la economía libre debería empezar por admitir los gigantescos logros que la misma ha producido en el progreso de la humanidad. Es irrefutable que el capitalismo, en estos casi tres siglos, ha permitido la expansión de la riqueza a un nivel inédito en la historia humana. Sus fenomenales éxitos saltan a la vista.

Es triste que se lo perciba como el causante de los males de nuestro mundo, cuando en rigor esos males lo preceden en mucho y, en general, el capitalismo los ha enmarcado de un modo más productivo. El capitalismo es tan importante que blanquear su nombre es una tarea que debe llevarse a cabo de tanto en tanto.

En contra de la sensación generalizada, el capitalismo no es el gobierno de los ricos sino el gobierno del mercado o la competencia. Y puede sorprender, pero la competencia es la gran enemiga de los ricos. Ella promueve la dispersión del poder, empuja hacia una situación en el que ningún factor tiene tanto poder como para fijar las reglas de juego. El paraíso de los poderosos es precisamente un mercado basado en la planificación y el intervencionismo –no en la competencia. Es mucho más fácil influir sobre las reglas de juego, que jugar el juego en sí.

Para peor, sostener ante él el marxismo, es aferrarse a una teoría que jamás se tradujo en éxitos reales. Del mismo modo en que uno puede insistir en que el espiritismo es cierto, y que los OVNIS nos visitan. Lo que nunca podría argumentar que esas ideas son racionales, y mucho menos científicas.

12 Las raíces del liberalismo

El problema de la banca central - Las raíces liberales - Chávez

BL: Muy jugosa tu última entrada, Gustavo. En primer lugar, me parece de interés señalar que desde mi perspectiva y, lo que es más relevante, desde la perspectiva de Hayek, Friedman y muchos otros economistas de gran calado, la banca central es el problema no la solución.

Hayek escribió todo un libro (*La privatización del dinero*) para explicar la conveniencia de que las personas elijan los activos monetarios con que operarán y termina diciendo que espera que “no transcurran otros doscientos años en reconocer la importancia de separar al gobierno del dinero, tal como se demoró en reconocer la importancia de la separación entre la religión y el aparato estatal”.

Por su parte, Friedman -quien ha tenido varias posiciones en materia monetaria- en su último libro sobre temas monetarios (*Money Mischief*) escribe que “el dinero es un asunto demasiado serio como para dejarlo en manos de banqueros centrales” y antes, en sus conferencias en Israel (publicadas en *Moneda y desarrollo económico*), afirma: “Llego a la conclusión de que la única manera de abstenerse de emplear la inflación como método impositivo es no tener banco central. Una vez que se crea un banco central, está lista la máquina para que empiece la inflación”.

Es que la banca central está siempre embretada entre tres caminos posibles: expandir, contraer o dejar la masa monetaria congelada. Cualquiera de las tres decisiones que se adopten inexorablemente alterará los precios relativos respecto de lo que hubieran sido de no haber mediado la aludida intromisión. Y el distorsionar los únicos indicadores con que cuenta el mercado conduce al despilfarro de los siempre escasos recursos, lo cual necesariamente se traduce en empobrecimiento.

No hay salida posible con la banca central, ni siquiera tiene sentido que proceda independientemente situación que significa que sus directores no reciben instrucciones de la secretaría del ramo, del Parlamento o de la presidencia o del primer ministro: en ese caso se equivocará *independientemente* puesto que, si tienen las facultades de una banca central, sus ejecutivos se encuentran sin salida y frente a los tres caminos antes señalados con las mismas consecuencias.

En cuanto al sistema de reservas bancarias, me detuve a analizar las ventajas del *free banking* en varios de mis trabajos pero últimamente, hace un par de años, en el libro publicado por la Universidad del Desarrollo en Chile que titulé *Jean Gustave*

Courcelle-Seneuil. Dos debates para el mundo de hoy.

Entre otras cosas destaco que no hay fundamentos morales, jurídicos ni económicos para bloquear arreglos contractuales libres y voluntarios entre un banco y toda su clientela al efecto de mantener un encaje parcial (y como contrapartida, por ejemplo, se ofrece no cobrar comisiones por los depósitos a la vista). Desde luego que los depósitos a plazo fijo siempre tienen encaje cero.

Por su parte Mises, si bien al comienzo de su carrera ha manifestado otras variantes, en su último escrito sobre el particular (en el agregado de 1954 a su *The Theory of Money and Credit*) recomienda la reserva total cuando concluye que su propuesta de reforma monetaria y bancaria “significa un rígido 100 por ciento de reserva”. Hayek, en sus primeros escritos, ha propuesto lo mismo (en *Monetary Nationalism and International Stability*) suscribiendo la posición de Henry Simons.

Tanto Mises como Hayek y sus continuadores explicaron exhaustivamente la ahora tan difundida (y no siempre bien comprendida) teoría del ciclo económico, que las crisis sólo ocurren como consecuencia de la intervención gubernamental, especialmente respecto a aquel precio tan delicado cual es la tasa de interés. Este precio muestra la relación consumo presente-consumo futuro en el mercado (si nos consumimos hoy todos nuestros ahorros nos moriremos por inanición mañana y si ahorramos todo para el futuro, nos moriremos hoy por inanición). Al desfigurar la tasa de interés, por ejemplo a la baja, se está pasando la señal que existe más ahorro disponible del que en realidad existe y se tornan artificialmente rentable inversiones que son en verdad antieconómicas, lo cual provoca primero el *boom* y luego el *crack*. Por otro lado, las fluctuaciones son inherentes al proceso de mercado, producidos por cambios en los gustos y preferencias.

No puede denominarse capitalismo a un cuadro de situación en el que los gobiernos intervienen en prácticamente todos los terrenos afectando las autonomías individuales. Bien dices que el capitalismo no es de ricos, es impersonal, no importa al color de la piel, la religión, el patrimonio o la ubicación geográfica, el asunto clave es que en un mercado libre los recursos se asignan según sea la capacidad de cada cual para atender las necesidades de su prójimo y, así, como una consecuencia no querida, se favorece a todos pero muy especialmente a los más necesitados debido al incremento en las tasas de capitalización.

Por último, sostengo que la expresión “anarcocapitalismo” encierra dos conceptos mutuamente excluyentes puesto que la anarquía según el primero en utilizar el término (William Godwin) significa ausencia de normas lo cual es absolutamente imposible para la cooperación social. Por esto es que he sugerido la expresión “autogobierno” para ofrecer un marco al fértil y sofisticado debate que se viene desarrollando sobre asimetrías y externalidades.

En todo caso, como he dicho antes en nuestro intercambio, si queremos sobrevivir a los embates del momento es indispensable pensar en procedimientos adicionales para sujetar al Leviatán puesto que ningún liberal de ninguna época sostuvo que se ha llegado a una meta final en el azaroso trayecto de prueba y error en el que estamos embarcados los humanos, al efecto de reducir en algo nuestra ignorancia.

*

GP: Qué inspiradora tu definición del “azaroso trayecto humano de prueba y error para sujetar al Leviatán”. A veces intento imaginar cuál es el momento en el que comenzó ese maravilloso sendero.

Las raíces de las ideas liberales se nutren de milenios de afirmar al individuo y su autonomía, en contra de la horda y de la opresión. El Cro-Magnon vivía bajo el imperio del miedo, que persistió durante miles de años. El proceso de distinción de los individuos, y de sus potencialidades y derechos, fue parte del empinado ascenso civilizador.

El jefe de la horda lo resistía, porque quería conservar su poder. En buena medida, hoy ha sido heredado por las cabezas de las sociedades totalitarias, cuyos miembros siguen en buena medida sometidos al temor de la fuerza bruta.

El jefe de horda castiga las particularidades de la personalidad, y el individuo no puede sino autodiluirse en la masa, que es un mecanismo de defensa para que su creatividad no sea reconocida en la sociedad totalitaria y no despierte recelos. El totalitario puja para que el hombre no abandone el cepo del miedo que despierta en él la fuerza bruta.

En la modernidad, el comienzo de la decadencia social se da a partir de que planificadores sociales intentan retrotraernos a un estado de igualdad artificial entre los seres humanos, en el que en realidad un grupúsculo se imponga a la tribu bajo su égida y guía, justificándola con el criterio de una misma raza, clase social, religión o partido político.

La igualdad bajo el jefe forma parte del imperio del miedo, y por ello una de las contrafuerzas que más persistentemente aminoran el progreso es la obsesión en regresar a una situación de igualdad con un líder a la cabeza, a modo tribal. En todos los casos la cabeza se siente por encima del resto, iluminada para conocer sus intereses y defenderlos.

Hay quienes retrotraen la lucha por la libertad humana al Renacimiento, y podríamos cifrarlo en quien compusiera una especie de himno a esa era gloriosa, Juan Pico della Mirandola. Su apasionada *Oración de la dignidad humana* (1486) comienza preguntándose cuál es el espectáculo más maravilloso del mundo, y responde más o menos:

“no hay nada más espléndido que el ser humano... por la agudeza de los sentidos, por el poder indagador de la razón y por la luz del intelecto, por ser intérprete de la naturaleza, intermediario entre el tiempo y la eternidad... y, sobre todo, porque mientras la naturaleza de los otros seres está constreñida por leyes prescriptas, el hombre determinará su propia naturaleza según su propio arbitrio. ¡Oh, suma y admirable la suerte del hombre, al cual le ha sido concedida la libertad, para obtener lo que desee y ser lo que quiera!”

Podríamos viajar a dos milenios antes aún, a otra invocación protoliberal: la elegía de Pericles, en la que, para honrar a los atenienses caídos en batalla, elige exaltar “la igualdad ante la ley para que cada uno defienda sus intereses particulares... Nuestra norma es respetar la libertad, tanto en los asuntos públicos como en las rivalidades diarias de unos con otros”.

O más temprano, un milenio y medio antes, si aceptamos la caracterización que hace Ben Hecht del patriarca Abraham como “el padre de la democracia, porque está en el desierto, a la vera de un camino nunca labrado... afirmando el poder del individuo para poder ulteriormente afirmar así el poder de todos los individuos... Cuando los profetas me dicen que es todo misterio e inconcebible, yo asiento: exactamente así es el hombre”.

Dichas ideas llegaron a su cúspide en la segunda mitad del siglo XIII y lograron legalizar los derechos humanos, la representatividad, el gobierno consensuado, el valor del individuo, e incluso la moderación en la defensa de las propias ideas.

Tal es la dinámica histórica, que en reacción fueron gestándose las contrafuerzas que pujan por retrotraer al hombre a su masificación. El siglo XX engendró tres totalitarismos cardinales para dar forma a esas fuerzas reaccionarias.

Enfatizo su identidad colectivista de todos ellos, porque en rigor no importa qué doctrina se defiende, sino la confianza en que algún momento se lograría la fuerza necesaria para imponerla.

El enemigo es el individuo y su libertad apenas lograda. Goebbels, Andropov y el Mulah Omar, utilizaban los mecanismos de propaganda, no para persuadir, sino para debilitar las defensas del individuo y someterlo a la elite que se arroga representar al grupo.

Por eso fue tan reveladora (y conmovedora) la caída del Muro de Berlín, que hace poco vos y yo conmemoramos juntos en la ciudad de Rosario. Ese punto de inflexión en la historia destapó el basural de los crímenes cometidos durante un siglo, mientras ni un sindicato, ni una huelga, ni una manifestación, ni un diario opositor, ni nada, habría podido objetar la realidad para mejorarla.

Los pueblos terminaron rechazando al comunismo en cuanto tuvieron la oportunidad, y de ello no puede salvarse ni siquiera en Cuba, desde donde más de ocho mil ciudadanos dieron sus vidas tratando de escapar, y otros miles pidieron asilos diplomáticos en cuanto les dieron un amago de posibilidades. Somos testigos de inminente colapso del régimen también allí.

El rostro trasnochado que se ha dado la reacción de la horda en Latinoamérica es el rostro de Hugo Chávez: la demagogia devastadora, el despilfarro, la bravata, la ausencia de ideas suplida con una bufonesca alucinación de liberar al mundo entero.

Cuando en 2007 el gran demagogo tuvo un entredicho con el rey de España, amenazó con que “iba a poner un ojo sobre las empresas españolas en su país”. La fanfarria me pareció especialmente elocuente, porque revelaba dos verdades simultáneamente: que en una economía estatizante, las empresas ineficientes y evasoras pueden actuar descontroladas en la medida en que adulen al gobernante; y que en los Estados autodefinidos como socialistas, el mandatario es, en rigor, el gran dueño. Por eso puede equiparar su sensibilidad ofendida con lesiones a los intereses de la nación. Le parece que la riqueza es estática y puede secuestrarla a su antojo. Su problema es que cuando atina a “ponerle el ojo”, se da cuenta de que ya no hay nada para ver.

13 La burguesía

Las clases sociales - La igualdad ante la ley - El Estado como empresa

BL: En tus interesantes comentarios hay cinco temas que me gustaría explorar. Primero, mencionas al pasar la idea de “clase social”. Entiendo tu espíritu pero quisiera precisar que si bien es cierto que es un concepto muy utilizado, creo que no es conducente puesto que deriva de la construcción marxista en cuanto a que las clases burguesas y proletarias tienen una estructura mental diferente. Nadie nunca explicó en qué se diferencian los silogismos de uno y de otro (y mucho menos como es la estructura lógica del hijo de un proletario y una burguesa o que le sucede en la mente al proletario que se ganó la lotería).

Es un lugar común el recurrir a la noción de “clase” especialmente en sociólogos y encuestadores, pero en realidad no hay nada que diferencie las llamadas clases como no sea sus ingresos y, por ende, es mejor aludir a esa clasificación y no andarse con rodeos, puesto que “clase” trasmite la idea equivocada de que se trata de personas de naturaleza distinta tal como lo expuso Marx y luego lo tomaron los sicarios nazis: después de sus galimatías para clasificar a *semitas* y *arios* por rasgos físicos decidieron recurrir al polilogismo racial y concluir que la diferencia radica en una cuestión mental, del mismo modo que lo había hecho Marx y con las mismas inconsistencias.

Además, personalmente, me resulta repugnantemente ofensivo aludir a la “clase baja”, muy estúpido a la “clase alta” y anodino a la “clase media”. Más bien todos tenemos que comprender que provenimos de las cavernas y en una sociedad abierta cada uno tendrá el ingreso de acuerdo a su talento para satisfacer a los demás, lo cual para nada niega que la persona más valiosa puede ser la que se dedica a la contemplación y a tocar el arpa sin preocuparse por ganar dinero.

Segundo, al referirte a la “obsesión por la igualdad” me parece oportuno apuntar que se ha recurrido al impuesto progresivo para lograr lo que denominé la guillotina horizontal. Ese impuesto produce tres efectos centrales. A diferencia de un impuesto proporcional, afecta las posiciones patrimoniales relativas ya que una vez pasado el rastrillo fiscal las ubicaciones patrimoniales son diferentes a las que eran antes, lo cual implica que el fisco contradijo lo establecido por la gente en el mercado.

Por otro lado, obstaculiza el ascenso y descenso en la pirámide patrimonial con lo

que se calca un sistema feudal en donde el que nacía rico moría rico y el que nacía pobre moría en la misma condición, en lugar de permitir la indispensable movilidad social. En último lugar, pero no por ello menos importante, el impuesto progresivo es regresivo ya que las mayores alícuotas significan menores inversiones que, a su turno, recaen negativamente sobre los salarios de los que están en el margen.

Tercero, en el contexto del célebre discurso de Pericles relatado por Tucídides hablas de “la igualdad ante la ley”. Sé muy bien la sana intención que te mueve y del significado que le atribuyes pero para el público en general es útil conectarlo con el concepto de Justicia según la célebre definición de Ulpiano en cuanto a “dar a cada uno lo suyo”, esto es vincularlo al derecho de propiedad, de lo contrario puede interpretarse, por ejemplo, que *todos* pueden robarle al vecino si hay una ley que lo permite (lo cual no es del todo infrecuente). Es lo mismo que la idea de “seguridad jurídica” que expresa previsibilidad y permanencia lo cual, por más chocante que parezca, ocurría con los judíos en los campos de concentración. Para completar esa noción debe vincularse la noción con el afianzamiento de la justicia.

Cuarto, tu muy acertado rechazo al colectivismo me lleva a una de las manifestaciones actuales más contundentes de “la tragedia de los comunes” como la bautizara Garret Hardin y es a través de los movimientos ecologistas. Señalo brevemente dos ejemplos. La extinción de especies animales se pretende contrarrestar con intervenciones gubernamentales cuando la asignación de derechos de propiedad resuelve el problema, tal como fue puesto de manifiesto en África al dar manadas en propiedad lo cual hizo que se cuidaran y reprodujeran los elefantes en lugar de ametrallarlos para sacarles el marfil. Lo mismo ocurrió en Sud América en la época de la colonia con el ganado que se mataba para sacarle el cuero o para comer un asado y estaba en vías de extinción hasta que aparecieron las revoluciones tecnológicas del momento: la marca y el alambrado.

El otro ejemplo en un plano distinto es el llamado “efecto invernadero” por el que burócratas se apresuran a sostener que hay que prohibir el uso de heladeras, aires acondicionados y ciertos vehículos pesados, cuando además de los envenenamientos y los accidentes mortales producidos se demostró que donde hay perforación del agujero de ozono los rayos ultravioletas al tocar la superficie marina producen nubes de altura lo cual se traduce en un enfriamiento.

Quinto, mencionas con toda justicia al sátrapa de Venezuela (y ahora, agrego que Nicolás Maduro, en una demostración cabal de megalomanía superlativa acaba de decir, desde La Habana, que la revolución socialista es “para salvar al planeta tierra y a la especie humana”) pero el intelectual que más influencia tiene en buena parte de la región latinoamericana es el trotskista Álvaro García Linera, el vicepresidente de Evo Morales, a quien le he seguido la correspondencia con argentinos, ecuatorianos,

nicaragüenses y venezolanos.

*

GP: A su pesar, además, García Linera es un ejemplo doble. Primero, de la movilidad social que señalas, y segundo, de la paradoja que cité al comienzo: aunque el marxismo sentencia que los seres humanos respondemos exclusivamente a intereses de clase, quienes lideran a los proletarios son frecuentemente, como él, millonarios y profesionales. Linera se crió entre éstos, aunque no sólo pregonaba la revolución desde joven sino que activó en su guerrilla.

Con todo, la inspiración de la que abrevó Chávez para la sistemática destrucción de su país, no se agota en Linera sino que acusa un mentor previo: Norberto Ceresole, quien fuera su asesor a partir de 1994, y murió diez años después.

Ceresole se había formado en la Escuela Superior de Guerra soviética y fue guerrillero del ERP en la Argentina. Encarna el sustrato común de los totalitarismos, ya que terminó asesorado al grupo de oficiales golpistas del coronel Aldo Rico.

Los libros de Ceresole fueron traducidos al árabe y al persa, y publicados en España por Al-Andalus. El de 1999: *Caudillo, Ejército, Pueblo -el modelo venezolano o la posdemocracia*, proponía para Venezuela la creación de una Oficina de Inteligencia (previsiblemente bajo la dirección de Ceresole) que analizaría la estrategia de “la revolución bolivariana”.

El pueblo venezolano, explicaba Ceresole, había delegado su poder en un caudillo nacional-militar, y éste, en el sistema de “posdemocracia” pregonado, debería concentrar todo el poder para una “estrategia antisistema”.

Ceresole fue portavoz del odio violento que ametralla en toda dirección; sus camaradas lo denominaban “el auténtico revolucionario contra el Orden Mundial yanquisionista”, y sus textos son una amalgama desordenada de comunismo y nazismo, islamismo y terrorismo. Un sincrético remedo de su maestro Roger Garaudy.

Cuando me refiero a “clases sociales” no vengo a convalidar un concepto de grupos estancos, sino que describo la doctrina que hace de aquellas su premisa. Va de suyo que me es aceptable una voz alternativa que sugirieras para definir a un grupo social proclive a ciertos intereses o hábitos similares.

Hablar de él no implicaría suscribir a la destructiva “lucha de clases” fogueada por el marxismo, del mismo modo en que señalar que los latinos son artísticos no presupone que uno postule la tipificación de razas, ni mucho menos la lucha entre ellas.

Con esta reserva en mente, puede verse que hay algunos sectores en la sociedad que tienden a mayor movilidad que otros, y son en general los de ingresos medios, quienes sienten más cercanas sus posibilidades, tanto de triunfar como de sucumbir. Esa cercanía es un incentivo a la creatividad; y la mentada posibilidad de movilidad social

estimula el aprecio por una sociedad libre y abierta.

Por todo ello, es posible adherir al individualismo e identificarse al mismo tiempo con un grupo social. Zeev Jabotinsky suscribió al liberalismo hace casi un siglo, en una época en la que el ideal distaba de ser una moda. Denunció al “colectivismo que lleva igualdad mecánica, a la subordinación de la personalidad humana a leyes uniformes, y que no representa sino una nueva esclavitud, reaccionaria y despreciable. Ni una montaña de hormigas ni una colmena, por eficientemente organizadas que estén, pueden constituir ideales para la sociedad humana”.

Al mismo tiempo rechazaba a “quienes artificialmente muestran al proletariado como el gran ideal del futuro, y le profesan un torpe culto, casi esnob, como si se tratara del principal motor del progreso y la única esperanza de la humanidad”.

No trepidó en titular a un artículo de 1927 *Nosotros los burgueses*, en el que la clase de ingresos medios es promotora de los más nobles ideales que guiaron a la humanidad, por lo que le reprocha una suerte de complejo de inferioridad al aceptar vilipendios: “En la burguesía reside el futuro... somos nosotros los enemigos del super-estado policía, los ideólogos del individualismo”.

De cualquier modo, me adhiero entusiastamente a la movilidad social de la sociedad libre, y entiendo que, del otro lado, los países que más generaron castas y élites gobernantes son precisamente los comunistas. Es aleccionador recorrer en La Habana el barrio de El Vedado y otros similares, que albergan las residencias de los ricos, es decir el séquito del Comandante.

En las enormes fallas de los marxistas pienso también al leer tu descalificación de las intervenciones estatales en el plano de la ecología. En su extravío intelectual ellos vislumbraron un Estado naturalmente bienhechor, poco menos que divino.

Habrían podido superar esa ingenua visión si hubieran asumido la conducta del Estado como el de una empresa más, ya que en buena medida lo es.

Una empresa, en general ineficiente en grado sumo; una empresa que, para colmo, pretende desalojar a todas las demás e imponer su monopolio.

Curiosamente, podemos detectar el tratamiento del Estado como empresa en quienes hasta hace poco eran los portavoces más conspicuos del intocable Leviatán.

Basta con entrar la página web del Gobierno de Corea del Norte, y constatar allí que incentivan la inversión extranjera por medio de presentarse descaradamente como “la mano de obra más barata del Asia”, y ofrecer un marco en el que “ninguna huelga” pone en riesgo las ganancias. No podía haber mayor admisión de fracaso, después de millones de muertos por inanición y represión.

O préstese atención a las medidas de Raúl Castro, quien en 2008 terminó con la igualdad salarial en Cuba, y en el Congreso del Partido Comunista de 2011 llegó a

decidir que “las empresas estatales o cooperativas cubanas deficitarias podrán ser privatizadas”.

Parece que en el transcurso de 2013 no sólo caerá la familia Assad en Siria, sino que también colapsarán las últimas dictaduras comunistas, para siempre. Un año propicio para esta autopsia.

14 El optimismo de Fukuyama

Las inexorabilidades - El producto bruto - Seis revoluciones de la modernidad

BL: Son muy instructivas para mí tus referencias a Ceresole, sobre quien no tenía información. Por otro lado, me parece natural la adhesión a ciertos “grupos sociales” sin aludir a la noción de “clase”. Lo que te confieso desconfío es en tu predicción sobre “el colapso de las dictaduras, para siempre” porque desconfío de las inexorabilidades a la Fukuyama (quien en esta materia cae en un marxismo al revés).

Todo depende de lo que cada uno sea capaz de hacer todos los días. Paul Johnson ha escrito que “Una de las lecciones de la historia que uno debe aprender, por más desagradable que sea, es que ninguna civilización puede darse por garantizada. Su permanencia nunca puede asumirse; siempre habrá una edad oscura esperando a la vuelta de cada esquina”.

Tú mención de la burguesía me parece muy oportuna ya que proviene de los Burgos de la Edad Media, las ciudades libres en donde se desarrollaron las actividades mercantiles basados en la propiedad y los lazos y valores familiares. En de notar el resabio marxista cuando a una persona descuidada se le dice que está “aburguesada” tergiversando el sentido de la expresión de marras.

Los valores éticos de la sociedad burguesa para nada se circunscriben a lo crematístico. Es de una enorme trascendencia lo que ha escrito Tocqueville en el sentido de señalar que “El hombre que le pide a la libertad más que ella misma, ha nacido para ser esclavo”.

Nada se gana con que se pudiera garantizar que todos los seres humanos sean multimillonarios si no pueden elegir los periódicos que quieren leer, si no pueden elegir los colegios a los que enviarán a sus hijos a estudiar y con los programas que consideren pertinentes, si no pueden llevar a cabo todos los arreglos contractuales que consideren convenientes sin lesionar derechos de terceros, si no pueden asociarse o no asociarse a las instituciones que prefieran, si no pueden comprar todos los productos del exterior que necesiten sin ser molestados, si no pueden expresar libremente sus pensamientos, si sus autonomías individuales no están protegidas, etc. etc.

En este sentido es muy pertinente aclarar el significado del tan citado producto bruto

que si nos descuidamos termina siendo un producto para brutos. Veamos la trastienda de este guarismo de cerca, sobre lo cual he escrito antes y ahora parcialmente repito. En una obra en colaboración escrita por Don Lavoie y Emily Chamlee-Wright se expresan serias dudas sobre el significado de las mediciones de bienestar económico en términos del producto bruto interno ya que consideran el progreso como algo enteramente subjetivo (incluso ejemplifican con el caso de las alarmas y cerraduras que se computan en las estadísticas del producto bruto pero pueden significar drásticas reducciones en la calidad de vida debido a incrementos en la inseguridad).

En esta línea argumental, personalmente agrego que aquellas estadísticas deben verse con espíritu crítico en varios planos.

Primero, es incorrecto decir que el producto bruto mide el bienestar puesto que mucho de lo máspreciado no es susceptible de cuantificarse.

Segundo, si se sostiene que sólo pretende medir el bienestar material debe hacerse la importante salvedad de que no resulta de esa manera en la medida en que intervenga el aparato estatal puesto que lo que decida producir el gobierno (excepto seguridad y justicia en la versión convencional), necesariamente será en un sentido distinto de lo que hubiera decidido la gente si hubiera podido elegir: nada ganamos con aumentar la producción de pirámides cuando la gente prefiere leche.

Tercero, una vez eliminada la parte gubernamental el remanente se destinará a lo que prefiera la gente con lo que cualquier resultado es óptimo aunque sin duda el estatismo hará retroceder las condiciones de vida debido a la injustificada succión de recursos y la consiguiente alteración de los precios relativos, lo cual conduce al desperdicio de los siempre escasos bienes disponibles.

Cuarto, el manejo de agregados como los del producto y la renta nacional tiende a desdibujar el proceso económico en dos sentidos: hace aparecer como que producción y distribución son fenómenos independientes uno del otro y trasmite el espejismo que hay un “bulto” llamado producción que el ente gubernamental debe distribuir por la fuerza (o más bien redistribuir ya que la distribución original se realizó pacíficamente en el seno del mercado).

Quinto, las estadísticas del producto bruto tarde o temprano conducen a que se construyan ratios con otras variables como, por ejemplo, el gasto público, con lo que aparece la ficción de que crecimientos en el producto justifican crecimientos en el gasto público.

Y, por último, en sexto lugar, la conclusión sobre el producto es que no es para nada pertinente que los gobiernos lleven estas estadísticas ya que surge la tentación de planificarlas y proyectarlas como si se tratara de una empresa cuyo gerente es el gobernante.

Esto no permite ver que cuando gobernantes estiman tasas de crecimiento del producto no es que se opongan a que sean más elevadas y si resultan menores es porque así lo resolvió la gente. Si prevalece un clima de libertad y de respeto recíproco los resultados serán los que deban ser. En este sentido, James M. Buchanan ha puntualizado que “mientras los intercambios se mantengan abiertos y mientras no exista fuerza o fraude, entonces los acuerdos logrados son, por definición, aquellos que se clasifican como eficientes”.

Si por alguna razón el sector privado considera útil compilar las estadísticas del producto bruto procederá en consecuencia pero es impropio que esa tarea esté a cargo del gobierno. Cuando un gobernante actual se pavonea porque durante su gestión mejoraron las estadísticas de la producción de, por ejemplo, trigo es menester inquirir que hizo en tal sentido y si la respuesta se dirige a puntualizar las medidas que favorecieron al bien en cuestión debe destacarse que inexorablemente las llevó a cabo a expensas de otro u otros bienes.

*

GP: Tienes razón, Alberto, en que Fukuyama derramó un exceso de optimismo y, como bien matizas, nada humano es necesariamente inexorable.

Fukuyama era, después de todo, el planificador político del Departamento de Estado, y cuando sostuvo que la democracia liberal y la economía libre podían ser consideradas *el fin de la historia*, quiso decir que en el nuevo estadio se corregiría y mejoraría el camino andado, pero no habría ya más saltos en busca de otros caminos diametralmente diferentes.

Cuatro años después se publicó el otro best-seller, *Choque de civilizaciones*, en el que, desde una perspectiva distinta, el politólogo de Harvard Samuel Huntington intenta entender nuestra era a la luz de la perestroika y el desmoronamiento del gigante comunista en 1989.

Huntington explica que la última fase de las guerras no será ideológica ni económica, sino cultural. Desde la paz de Westfalia de 1648 hasta la Revolución Francesa, las guerras fueron entre príncipes; después fueron entre naciones, luego entre ideologías. Las próximas, arguyen Huntington, serán entre civilizaciones.

El 11S parecería haber confirmado esa premisa, y quizás refutado la de Fukuyama, pero ello es así sólo si consideráramos que estamos sumidos en una guerra entre religiones, y no que la naturaleza de la guerra actual es tan política como otras, pero hoy en día varios textos religiosos son a veces secuestrados por extremistas.

Con todas las reservas del caso, confieso que Fukuyama me parece más convincente. Es una visión optimista, sí, pero el optimismo es, después de todo, hijo dilecto de la modernidad y el liberalismo.

No hay unanimidad de criterios para definir la modernidad, pero podemos identificar sus características esenciales al contrastarlas con las del medioevo. Una síntesis didáctica podría agrupar las virtudes modernas en cinco, bajo el acróstico de “Ruido”: raciocinio, unidad, investigación, democracia y optimismo.

Las compuertas de la nueva cosmovisión se abrieron con el antropocentrismo renacentista, que fue dando lugar a una vida signada por la libertad y por sus riesgos. A partir de ese momento, seis revoluciones fueron forjando a un hombre nuevo: una cultural en el siglo XV, una religiosa en el XVI, una científica en el XVII, una económica en el XVIII, una política en el XIX, y una cibernética en el XX.

La revolución cultural tuvo como disparador a la invención de la imprenta, que impidió que el aprendizaje renacido se circunscribiera a una pequeña elite. La segunda revolución (la religiosa) sucedió a la denominada “Batalla de los Libros”, la tormentosa polémica desatada en Alemania entre 1510 y 1520. Lo que empezó a la sazón como un enfrentamiento entre individuos (Johannes Pfefferkorn y Johannes Reuchlin) se expandió ulteriormente para transformarse en un conflicto de mayores dimensiones que abarcaba otras lides: franciscanos contra dominicos, Austria contra Francia, y finalmente la mayoría de los humanistas contra los eruditos reaccionarios, para quienes se acuñó el apodo de “oscurantistas”.

La nueva cosmovisión iba agregando así, a la pasión por el libro, la idea de la centralidad de la responsabilidad individual. El lema fue *Sapere aude*, “atrévete a saber” (o a usar la razón), tal como lo proclamara Kant citando una carta de Horacio en la que describía las andanzas de Ulises, y que bien puede rastrearse a los bíblicos proverbios hebreos “Que tu alma sea sabia”.

De la tercera revolución, la científica, emergió una ciencia signada por la experimentación, ya que está fundamentada en que la naturaleza es regular y el universo racional, en contraste con la antigua visión de un destino arbitrario.

La cuarta revolución (la económica), partió de la Revolución Industrial: la era de una concentración de transformaciones sociales, acaso la mayor desde el período del neolítico seis milenios antes.

El hombre reemplazaba la trilla de cereales con la venta de su faena y productos; abandonaba el trabajo manual y facilitaba una economía basada en la industria, a partir de la mecanización de la rama textil y del desarrollo de los procesos del hierro.

El derivado fue la expansión del comercio, favorecida por la mejora de las rutas de transportes y el consecuente nacimiento del ferrocarril.

Todos estos cambios fueron generando un ser humano cada vez más dueño de su propio destino, circunstancia que se confirmó con la revolución política en el siglo XIX, generadora de la democracia moderna tanto en Europa como en América.

Los logros de la modernidad han sido complementados por la revolución cibernética del siglo XX, que promueve una humanidad comunicada como jamás en el pasado, y más consciente de sí misma.

Hoy en día, el hombre moderno debe lidiar con dos fuerzas que lo asedian: de un lado los premodernos que intentan retrotraer la humanidad al medioevo, y del otro los postmodernos que desprecian los logros de la modernidad y su “ruido”.

Para defender esos logros, no hay como la voluntad humana, la creatividad, la espontánea inventiva del hombre cuando le dan las condiciones para progresar. Y bien sabemos cuál es el sistema que da rienda suelta a esas maravillosas fuerzas humanas.

15 Revolución copernicana del valor

Las tres preguntas kantianas - La sublevación - La educación socialista

BL: Tal cual lo que dices de Fukuyama, pero el optimismo a ultranza hay que contrastarlo, por un lado, con lo que lamentablemente viene ocurriendo en muchos centros educativos que son el microcosmos del futuro (a lo que me refiero más abajo) y, por otro, los errores del historicismo, lo cual es muy distinto de las visiones lúgubres del Club de Roma y los pronósticos maltusianos. También suscribo plenamente lo que dices en cuanto a los “textos religiosos secuestrados por extremistas”.

Es muy apropiado el dictum *sapere aude* que, como apuntas, fue alabado por Kant, a pesar que este pensador me desconcierta enormemente. Por un lado, en *Crítica de la razón pura* apunta a las tres preguntas filosóficas de mayor calado: “la libertad de la voluntad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios”, su “imperativo categórico” consiste en actuar “como si tu máxima se convierta en la ley universal” y ha contribuido a clarificar algunos entuertos en torno a los juicios analíticos y sintéticos, complicar otros planos como el idealismo y la percepción de las cosas y su curioso paradigma moral vinculado al “deber”.

En materia de los derechos individuales, sostiene que nadie debe ser tratado como medio para los fines de otros puesto que cada uno es un fin en si mismo y, en la misma línea argumental, como cita Bertrand Russell en su *History of Western Philosophy*, Kant afirma su conocida sentencia en el sentido de que “no puede haber nada más horrendo que la acción de un hombre esté sujeta al deseo de otro”.

Pero aquí viene la sorpresa mayúscula: cual hobbesiano radical, escribe Kant en sus trabajos compilados bajo el título de *Teoría y praxis* que “toda oposición al poder legislativo supremo, toda sublevación que permita traducir en actos de descontento de los súbditos, todo levantamiento que estalle en rebelión es, en una comunidad, el crimen más grave y condenable, pues arruina el fundamento mismo de la comunidad. Y esta prohibición es incondicionada, hasta tal punto que cuando incluso ese poder o su agente, el jefe de Estado, han violado hasta el contrato originario y de ese modo se ha desposeído, a los ojos de los súbditos, del derecho a ser legisladores, puesto que autorizan al gobierno a proceder de manera absolutamente violenta (tiránica), sin embargo, al súbdito no le está permitida resistencia alguna en tanto contraviolencia”.

Y en lo que se ha publicado de Kant como *Principios metafísicos de la doctrina del derecho*, en un sentido contrario a lo que venía sosteniendo en largas y sesudas disquisiciones sobre la importancia de respetar el derecho de cada cual, hasta que en la Sección Primera de la Segunda Parte de la obra, súbitamente la emprende con conceptos a contramano de lo que venía diciendo -en una demostración de positivismo superlativo- al mantener que “el soberano no tiene hacia el súbdito más que derechos no deberes [...] No hay pues contra el poder legislativo, soberano de la ciudad ninguna resistencia legítima de parte del pueblo”.

No me explico una contradicción más flagrante. En *La paz perpetua* Kant, dice que entiende “la política como aplicación del derecho y la moral” y critica la “constitución no republicana” en la que “el jefe del Estado no es un conciudadano sino un amo y la guerra no perturba en lo más mínimo su vida regalada que transcurre en banquetes, cazas y castillos placenteros. La guerra para él es una especie de diversión”.

Resulta difícil de digerir tanta contradicción en Kant pero de todas maneras el *dictum* es muy aconsejable pero, salvo honrosas excepciones, la penetración del socialismo en colegios y universidades es notoria, tal como enfatizan autores como James Tooley, Gary Larson, Arthur Shenfield, Jacques Barzun, Armen Alchain, E. G. West y tantos otros.

Las instituciones educativas estatales son un perjuicio para los relativamente más pobres. Esto es así debido a que siempre todos pagan impuestos, especialmente aquellos que nunca vieron una planilla fiscal, quienes tributan por vía de una reducción de sus salarios como consecuencia de los gravámenes que pagan los contribuyentes de jure, lo cual reduce las tasas de capitalización.

Imaginemos entonces la lamentable situación de quienes son tan pobres que ni siquiera pueden afrontar el costo de oportunidad de enviar a sus hijos al colegio porque perecerían por inanición si no trabajan con los padres: pues ellos se ven obligados a financiar los estudios de los más pudientes (y los que con gran sacrificio apenas pueden enviar a estudiar a la prole no pueden afrontar el pago doble, uno destinado a alimentar las instituciones estatales vía fiscal y otro para cubrir la matrícula y las cuotas de los privados, ergo, se ven forzados a recurrir a las estatales).

El procedimiento de los *vouchers* estatales resulta útil solamente para demostrar el *non sequitur*, es decir, para poner en evidencia que del hecho de que se sostenga que se debe financiar compulsivamente la educación de otros no se sigue que deban existir colegios y universidades estatales puesto que los receptores eligen la institución de su preferencia.

También se esgrime la “igualdad de oportunidades” para imponer las entidades estatales, pero esta figura es mutuamente excluyente con la igualdad ante la ley. Al ser todos diferentes, naturalmente se tienen oportunidades también diferentes. En una sociedad abierta de lo que se trata es que todos tengan *mayores* oportunidades pero

nunca *iguales*. Debe tenerse muy presente que la igualdad es *ante* la ley, no *mediante* ella, puesto que en la medida en que se sigue este último camino indefectiblemente las personas tendrán *menores* oportunidades.

La libertad en materia educativa resulta esencial al efecto de minimizar problemas y maximizar las posibilidades de excelencia. De lo contrario no enfrentaremos una lucha entre civilizaciones sino una lucha dentro de la misma civilización al minarla con la penetración gramsciana. Es indispensable sacar el uso de la fuerza de esos ámbitos.

*

GP: En términos generales, las contradicciones en las que a veces incurrió Kant se debieron a la oscuridad de su lenguaje o, en el caso de la ética, a la variedad de sus fuentes intelectuales: el cristianismo y la Ilustración.

La contradicción que citas tú, específicamente, resulta quizás de un malabarismo por parte de Kant para eludir la censura prusiana.

No siempre le fue fácil: cuando escribió que no era necesaria una Iglesia establecida, fue advertido por el rey que debía dejar de publicar sobre temas religiosos. Y en el caso que señalas, se las ingenió para negar el derecho *legal* a rebelarse, pero no el derecho *moral*.

De todos modos, lo más importante de Kant no radica en la filosofía política sino en la epistemología. Al respecto, cabe aplicar su concepto central al tema de nuestro libro.

La revolución copernicana fue el cambio conceptual que cimenta la hipótesis de 1543 de que la Tierra no es el centro del universo. Ese cambio de perspectiva fue punto de partida para la Revolución Científica, la tercera de las que enumeré como parteras de la modernidad.

Para comprender el universo, Copérnico colocó al Sol en el centro y a la Tierra en un margen, y así cambió la relación entre ellos. Kant, por su parte, procedió a un cambio similar.

Hasta su *Crítica de la razón pura* (1781) suponíamos que nuestro conocimiento debe adaptarse a los objetos; a partir de entonces sabemos que los objetos *se adaptan a nuestro conocimiento*. Por ello Kant aplicó a su filosofía el feliz término de “revolución copernicana”. Se trastocó radicalmente la relación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido.

La idea puede aplicarse también a la revelación, en el campo de la teoría económica, que fue mérito de la Escuela Austríaca. Ésta mostró que los bienes no valen porque cuesta conseguirlos, sino que cuesta conseguirlos *porque valen*. Al establecer que el valor es anterior al costo, modificó radicalmente el punto central del análisis. Esta verdad demuele la visión marxista de la sociedad, ya que con una correcta teoría del valor se hacen a un lado las premisas del marxismo.

En cuanto a tu atinada alusión al tema educativo, me parece que el adoctrinamiento que reemplazó a la educación en el socialismo, otra vez, no resultó de un abuso, sino que fue consecuencia natural de un Estado poderoso.

Teniendo éste una maquinaria a su disposición para encauzar a las nuevas generaciones en una dirección determinada, tarde o temprano la usará. Por ello, previsiblemente, la educación en el mundo comunista fue monocromática y presentaba un medio idílico desconectado de la realidad, uno que no admitía la más mínima autocrítica.

Como veían a la política como una ciencia exacta, los dueños de la verdad en materia política no podían cometer errores.

En encandilador contraste, la democracia liberal es el sistema que, gracias a su constante autocrítica, más depura la irracionalidad atinente al comportamiento humano. El efervescente debate de ideas, la búsqueda infatigable de las mejores opciones en cada área transforma al progreso en su característica privativa.

Por ello, la educación liberal es policromática, plural, de constante ensayo y error. En suma, el sistema pone la inteligencia y creatividad humanas en movimiento.

Después de las revoluciones comunistas, parecía que también allí se habían generado algunas virtudes de la creatividad: altas tasas de alfabetismo y optimismo en los resultados. El problema fue que el empujón revolucionario siempre dura unos pocos años, y los fracasos terminan siendo rápidos y demoledores.

Lo que había sido una promesa de remedio para las insatisfacciones sociales, cuando se puso en acción, se despeñó irremediablemente al totalitarismo infértil que no generaba sino estancamiento y mediocridad.

El socialismo pertenece al siglo XX. No han quedado en el siglo XXI propuestas socialistas viables; y las que responden hoy en día a este nombre ya no procuran la socialización de los medios de producción.

Su práctica fue totalitaria porque puso en una sola mano (la de la burocracia estatal) la concentración del poder económico y político, creando una situación de dependencia para todos los individuos: una especie de actualización de la esclavitud.

Una vez que se tomó al individuo como un medio para servir a los fines sociales, se derivaron por necesidad la mayoría de aquellos rasgos de los regímenes totalitarios.

La intolerancia y la brutal supresión del disenso, y el completo desprecio de la vida individual y su felicidad, son consecuencias inevitables de aquella premisa básica. Efectos colaterales, como el culto a la personalidad y la corrupción, no son abusos, sino componentes esenciales del sistema.

16 La racionalidad en la economía

El objetivismo - Las drogas alucinógenas - Idealismo y realismo

BL: Señalas con razón, Gustavo, que lo relevante de Kant no es su filosofía política sino su epistemología. Por otra parte, lo que dices respecto a lo consignado por ese pensador en el primer campo mencionado que sería fruto de la censura, no es aceptado por autores que han trabajado detenidamente sus conceptos en esa materia, como, por ejemplo, Marcos A. Rougès en *Descubriendo a Themis*.

Y en cuanto a su epistemología, dejando de lado sus aportes metodológicos con los *a priori*, ya que la has citado antes a Ayn Rand (hay muchos autores de peso que tratan el tema) conviene repasar lo que ella dice al respecto. En su *Introduction to Objectivist Epistemology* escribe que “La totalidad del aparato del sistema de Kant, tal como un hipopótamo embarcado en una danza de cintura, gira en torno a un sólo punto: que el conocimiento del hombre no es válido” porque como escribe en *For the New Intellectual*, para la óptica kantiana el mundo “no es real: la realidad percibida por la mente es una distorsión” (dicho sea al pasar, en la misma obra, también Rand critica lo que denomina “la versión moral de Kant” al decir que “consiste en una total y abyecta ausencia del yo. Una acción es moral, dice Kant, solamente si uno no desea realizarla, sino por un sentido del *deber* y no deriva ningún beneficio de ella de ningún tipo ni material ni espiritual ya que un beneficio destruiría el valor moral de la acción”).

Mencionas en este contexto a los muy valiosos apartes de la Escuela Austríaca y, en el plano subjetivista, lo asimilas a la epistemología de Kant. Pero entiendo, Gustavo, que se trata de dos enfoques que se refieren a dos cosas bien distintas. Volviendo a Ayn Rand, personalmente participé hace años con la intención de aclarar una disputa entre objetivistas randianos y subjetivistas austríacos que, como dije, estaban debatiendo temas que respondían a planos distintos pero, equivocadamente, los estaban asimilando al mismo terreno. Un asunto es sostener que las cosas son independientes de la opinión que tenemos de ellas tal como enseña el realismo y otra *muy diferente* es mantener que tenemos valorizaciones diversas sobre esas cosas, de modo que no hay en verdad disputa. Son dos temas de naturaleza distinta y que son del todo compatibles.

No es que Kant no haya realizado contribuciones. Muy por el contrario, en mi turno anterior destacué algunas de las que llevó a cabo incluso en materia de filosofía política en su defensa de las autonomías individuales (que, entre otras cosas, sirvieron

de base para críticas al utilitarismo) y en su epistemología que, adaptada, sirvió parcialmente para formular la metodología austríaca y separarla de la de las ciencias naturales. El tema son las contradicciones. Aparentemente los humanos, debido a nuestras imperfecciones, no estamos a salvo de incoherencias. Cuando expongo en clase casos de inconsistencias en grandes maestros, indefectiblemente mis alumnos me preguntan cuáles son las mías, cuestión que no está en mis manos responder puesto que cuando las detecto intento modificar mi posición (por ejemplo, cuando algunos de mis alumnos me hicieron ver mi error garrafal al defender la prohibición de las drogas alucinógenas para usos no medicinales). En todo caso, en Kant llama la atención las características de las contradicciones anotadas.

*

GP: No solamente solemos caer contradicciones individualmente, sino que, en su conjunto, los máximos pensadores no han resuelto las grandes cuestiones: ni las antinomias de Kant; ni las muchas paradojas de la filosofía, bien sean clásicas como la de Teseo o modernas como la de Newcomb. Tampoco magnas cuestiones como la dicotomía mente-cuerpo o la posibilidad de los universales.

Ineludible entre los ubicuos debates filosóficos es el del idealismo frente al realismo: si los entes físicos tienen una existencia independiente de quienes los perciben y conocen. Una parte notable de la obra de nuestro admirado Borges gira en torno de la medida en que el universo puede ser entendido como un inmenso pensamiento. En buena medida, la rivalidad entre realismo e idealismo se plasmó en el quiebre entre la filosofía moderna y sus predecesoras.

Kant elevó la dicotomía a su momento climático, y se acercó bastante a resolverla. Resulta simplista resumirlo en que “para la óptica kantiana el mundo no es real” o que “la realidad percibida es una distorsión”. Precisamente, para diseñar su idealismo trascendental, la *Analítica de los Principios* de Kant descartó dos idealismos incorrectos que lo precedieron: el que postula dudosa la existencia de las cosas del espacio, fuera de nosotros (cartesiano o “problemático”) y, peor aún, el sostiene que dicha existencia es enteramente falsa (berkeliano o “dogmático”). Que nuestra mente genere las condiciones de la cognoscibilidad, no significa que el mundo no sea real.

Es notable que en el mismo libro del Génesis ya haya un paradigma del debate entre el realismo y el idealismo. Cuando la Biblia reseña la creación del ser humano, sus dos primeros capítulos discrepan notablemente: mientras en el Génesis 1 hay un plan previo, “imagen y semejanza” y simultaneidad hombre/mujer; en Génesis 2 hay “polvo de la tierra” y hombre solitario. Asimismo, Adán 1 *domina* y Adán 2 *nomina*.

A estas diferencias se agrega otra fundamental: un Adán corona la Creación, y el otro es creado *antes* que “todos los animales”, es decir que a partir de su percepción

humana van moldeándose el resto de los seres.

No casualmente de entre todos los debates filosóficos esenciales, éste es el que nos ha motivado ahora. Al respecto, quisiera reafirmar la magnitud del sacudimiento conceptual atribuible a Carl Menger y a sus discípulos de la Escuela Austríaca.

No tiene que ver con el criticismo de Kant, sino con el hecho de que, al trasladar enteramente el valor de las cosas desde el objeto al sujeto, produjo una “revolución copernicana” -no una revolución kantiana.

Desde que se ha establecido la correcta teoría del valor, entendemos (y reconocemos en la realidad) que el planificador socialista intenta guiar a la economía con los ojos vendados. No puede saber qué productos producir ni la manera más apropiada para producirlos con los recursos y el trabajo que están bajo su control. Esto lleva a lo que Ludwig von Mises llamó el “caos planificado”.

Mises fue, precisamente, quien mucho antes que Ayn Rand y otros mencionados, planteó con rigor académico todas las facetas del socialismo, también su derrumbe.

Se dedicó a demostrar por qué la idea marxista habría de marchitarse y, debido a su fallecimiento en 1973, no pudo ver la caída final. Y si vuelvo a él, es porque creo que el debate sobre el cálculo económico y el valor, es piedra angular de una correcta autopsia.

Si tuviera que sintetizarlo, diría que el error básico del socialismo fue desalojar la racionalidad de la economía. Hubo un intento de socorro por parte del economista polaco Oskar Lange, quien intentó elucubrar un cálculo económico para las economías socialistas, y construir un modelo distinto para la formación de precios.

Su procedimiento era iterativo: ensayo y error por parte de una Oficina Central de Planificación, que ejerciera de hecho las mismas funciones que el mercado.

Pero la realidad es que la única manera de comunicar información económica es el sistema de precios. En caso de escasez de un bien determinado, nadie tiene que dar un orden. Gracias a los precios, decenas de miles de personas, cuya identidad no se podría determinar ni en meses de investigación, empiezan a usar el material escaso o sus derivados con mayor cuidado. Los planificadores mismos terminaban dándose cuenta de que arruinaban la economía de sus países, pero no podían admitirlo. Y por ello, su necesidad de acallar toda crítica. Había que difundir la doctrina bajo el hábito de una añorada igualdad, y con ella justificar purgas, censura, y represión.

El siglo XX fue el siglo del socialismo: testigo del comienzo, desarrollo y final de este trágico experimento social de la historia, que resultó en pérdidas humanas innumerables y destrucción de vastas economías.

17 Refutación del determinismo

El libre albedrío - Dos conceptos de libertad - El Decálogo

BL: En tu primer párrafo de tu última intervención dices que aún no se ha resuelto “la dicotomía mente-cuerpo”. Entiendo que con razón destacas que se sigue discutiendo el tema, pero como apunté en otra de mis participaciones, si se adhiere al materialismo filosófico o lo que Popper ha bautizado como determinismo físico (al criticarlo), cae todo el andamiaje del liberalismo porque, en ese contexto, carece por completo de significación la expresión “libertad”. Además, ni siquiera tiene sentido debatir nada puesto que no habría posibilidad alguna de argumentación si somos sólo carne y hueso y no hay psique, mente o estados de conciencia. Tal como enfatiza el premio Nobel en Neurofisiología John Eccles, “Uno no se involucra en un argumento racional con un ser que sostiene que todas sus respuestas son actos reflejos, no importa cuán complejo y sutil sea el condicionamiento” (en su ensayo *Cerebral Activity and Freedom of the Will*).

Lamentablemente el determinismo físico está presente en la economía (*neuroeconomics*), en el derecho (especialmente en la rama penal), en psiquiatría, en filosofía y en las neurociencias. Como les he reiterado a mis colegas, nada se gana con desarrollar magníficas teorías en muy diversos planos si esta punto no resulta claro ya que, como queda dicho, si se acepta el determinismo físico no hay tal cosa como proposiciones verdaderas o falsas, no hay ideas autogeneradas ni la posibilidad de revisar los propios juicios, ni moral, ni responsabilidad individual.

Max Planck ha sostenido que “Se trataría de una degradación inconcebible que los seres humanos, incluyendo los casos más elevados de mentalidad y ética, fueran considerados como autómatas inanimados en las manos de una férrea ley de causalidad [...] El papel que la fuerza desempeña en la naturaleza, como causa del movimiento, tiene su contrapartida, en la esfera mental, en el motivo como causa de la conducta” (en *¿Adónde va la ciencia?*).

Lo mismo concluyen autores como Roger W. Sperry, Nicholas Rescher, Raymond Tullis, John Searle, John Lucas, John Thorp y George Gilder quienes, junto con los otros autores mencionados, son los que principalmente me han ayudado a escribir un ensayo sobre la materia que originalmente presenté en el Instituto de Metodología de las Ciencias Sociales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas de Buenos Aires (“Positivismo metodológico y determinismo físico”). Se oponen a esta visión autores como Karl Marx, Gilbert Ryle, Sigmund Freud, Burrhus Skinner y

Edward W. Wilson.

Incluso desde el corazón del *mainstream* acaba de publicarse un libro de Thomas Nagel titulado *Mind and Cosmos* que si bien, a nuestro juicio, es incompleto constituye una ajustada crítica al materialismo, lo cual debe ser celebrado por provenir de donde proviene.

No me parece que haya tema más importante que la refutación del determinismo físico ya que, como decimos, de él depende todo lo demás. De él depende que se comprenda el aspecto medular de la condición humana. Nathaniel Branden ha expresado que

“Una mente que no es libre de verificar y validar sus conclusiones, unamente cuyo juicio no es libre, no tiene modo de distinguir lo lógico de lo ilógico [...] ni de derecho a reclamar para sí conocimiento de ninguna especie [...] Una máquina no razona, hace lo que el programa le indica [...] Si se introducen autocorrectores, hará lo que indiquen esos autocorrectores [...] nada de lo que allí surja puede asimilarse a la objetividad o a la verdad, incluso de que el hombre es una máquina” (en *Free Will, Moral Responsibility and the Law*).

Por último, menciono el equívoco que significa la extrapolación ilegítima de expresiones como inteligencia (de *inter legum*, es decir, leer adentro, captar el sentido de las cosas y su interrelación) aplicada a los ordenadores o memoria también aplicadas a la computadora (cuando guardamos nuestros papeles en un galpón no decimos que el galpón memoriza), incluso el uso corriente de “brainstorming” es en rigor “mindstorming”, ya que el cerebro es el instrumento mental para comunicarse con el mundo exterior tal como lo pusieron de manifiesto Karl Popper y John Eccles en su libro en colaboración bajo el sugestivo y preciso título de *The Self and Its Brain* (tampoco es riguroso referirse a los “deficientes mentales” cuando en verdad se trata de “deficientes cerebrales”, en línea con Thomas Szasz quien sostiene que no hay tal cosa como “enfermedad mental” ya que, desde el punto de vista patológico, una enfermedad es una lesión orgánica y no hay enfermedad de lo inmaterial).

*

GP: Sobre el fascinante tema filosófico del libre albedrío, que has planteado tan reflexivamente, podríamos continuar con el léxico kantiano. De sus cuatro antinomias que no pueden dirimirse, las dos últimas, llamadas “dinámicas”, son el libre albedrío y Dios.

Como la razón empírica no puede resolverlas, Kant pasa a plantearlas como postulados de la Razón Práctica.

Uno de los grandes pensadores liberales del siglo pasado, Isaiah Berlin, hizo una original contribución en *Dos conceptos de libertad* (1958), donde distingue la libertad positiva de la negativa.

Esta última consiste en la remoción de la represión, o sea la libertad del individuo frente a la autoridad, mientras la noción de libertad positiva fue instrumento del socialismo para definir las oportunidades al alcance de la gente a fin de consumir su potencial.

La libertad negativa se aplica a los individuos; la positiva, a sectores sociales.

En los partidarios de la positiva, Berlin identificó a los “enemigos de la libertad humana”, particularmente seis que incluían a Rousseau, Fichte y Hegel. Según Berlin, el sexteto había adosado al concepto de libertad el de “voluntad general”, ergo en la práctica llevaron a *disminuir* las libertades individuales.

En la historia del pensamiento, Berlin ejemplifica la libertad negativa en británicos (Locke, Hobbes, Adam Smith), y la positiva en continentales (Rousseau, Hegel, Marx).

Para sintetizar la postura antideterminista de Berlin, digamos que rechazó la posibilidad, tanto de la certidumbre absoluta, como del reduccionismo a una teoría o modelo únicos. Esta perspectiva constituía también un llamado a cultivar la humildad y a promover la libertad.

Berlin insiste en la idea del libre albedrío, y en la incompatibilidad entre el determinismo y nuestro sentimiento básico de lo que somos; su filosofía enfatizaba la importancia de la elección individual, su necesidad y su dignidad.

Con todo, como Kant, Berlin no llegó a descartar el determinismo por *falso*, sino por incompatible con nuestra experiencia humana, con nuestro lenguaje, y con la idea de responsabilidad moral individual. Por ello, da a su postura un original cariz ético. La aceptación del determinismo, para Berlin, significaba el colapso de toda actividad racional.

Soy ferviente defensor del libre albedrío, pero tal vez para sostener el liberalismo no sea indispensable refutar ontológicamente el determinismo físico. O como ironiza Ernesto Sabato en *Uno y el universo*: “Hay personas que creen poder echarse al abandono porque se han convencido de que esta vida y este universo han sucedido exactamente otras veces y han de suceder infinitas veces más. ...pero es muy simple: basta con rechazar el eterno retorno”.

También para este tema hay una enseñanza bíblica, esta vez del Decálogo, columna legal de nuestra civilización. Hace casi veinte siglos, Filón de Alejandría, y hace seis siglos Jasdai Crescas, vieron en el primero de los Diez Mandamientos un mero introito a los nueve siguientes. Después de todo, es fácil definir como mandamiento “honrarás a tus padres” o “no robarás”, pero es bastante más complejo encontrar la orden en un versículo tan singular como “Yo Soy quien te rescató de Egipto”. Sin embargo, el mandamiento está allí, y consiste en que *debes ser libre*. La base de toda la legislación es la libertad individual. Valga paradoja, la libertad es la gran orden.

Lo repitió muchos siglos después Jean-Paul Sartre en su manida máxima de que “estamos condenados a ser libres”. El problema con Sartre es que no supo reconocer la libertad real, y en la década del sesenta viajaba a la Unión Soviética de los campos de la Gulag, y el vidente no veía ningún atropello a los derechos humanos, y regresaba a Occidente elogiando el paraíso estalinista.

Como los saramagos en cada país, que nos anunciaban futuros que nunca se cumplieron, especialistas todos ellos en pronosticar el pasado. Para colmo, una vez que sus desatinos son desenmascarados por la mismísima realidad, prosiguen iluminados, enfadados, decretando sus fatuos veredictos bajo una mediatubunda aura de profundidad. Me pregunto si, además de condenados a ser libres, estamos también condenados a que haya tantos intelectuales enceguedidos por la gran mentira.

18 La cuestión de la fe

La Causa Primera - Los argumentos medievales - El gran diseño

BL: Mi posición con respecto a Dios, estimado Gustavo, la ilustro con una afirmación de Carl Jung cuando le preguntaron sobre el particular. La respuesta fue “No *creo* en Dios, sé que Dios existe”.

En otros términos, pienso que la Primera Causa no es una materia de fe sino de razón. Si las causas que nos generaron a ti y a mi fueran para atrás *ad infinitum* querría decir que nuestras causas nunca comenzaron, por tanto no podríamos ahora estar dialogando. Y esto no contradice conjeturas plausibles como el Big-Bang que tratan de lo contingente, pero es inexorable lo necesario, es decir la Causa Incausada, que algunos denominan Alá, Yahveh, Dios o lo que fuere. La *religatio* es a mi modo de ver la conexión con lo trascendente que se concreta en el esfuerzo por la autoperfección, nunca lograda en los mortales pero lo relevante es el camino, es la distinción entre el pantano y la huella. Me parece que el sentido religioso ha sido pervertido por no pocos de los llamados representantes de esa Perfección a través de declaraciones absurdas y de dogmas inauditos.

En cuanto a tus referencias al Isaiah Berlin, antes que nada te comento que el epígrafe con que abro mi ensayo sobre determinismo físico que aludí en mi participación anterior es de su autoría (tomada precisamente de *La inevitabilidad histórica* en *Cuatro ensayos sobre la libertad*) y dice así: “Reducimos la historia a una especie de física y condenamos a Gengis Khan o a Hitler de la misma manera que condenaríamos a la galaxia o a los rayos gamma”.

Con toda mi admiración a muchos de los trabajos de Berlin, discrepo con su invento de “la libertad positiva” puesto que no se trata de libertad sino de oportunidad (tú lo mencionas al pasar y el mismo Berlin lo acepta sin percatarse de la confusión que crea).

Como ha mostrado William A. Parent, puede disponerse de menores oportunidades de hacer algo pero no por ello se es menos libre: alguien puede no tener la oportunidad de escalar una montaña o de ganar los cien metros llanos pero por ello no se ha reducido su libertad. Parent escribe en *Some Recent Work on the Concept of Liberty*, que “los términos *libertad* y *oportunidad* tienen significados distintos, por ejemplo, alguien puede no tener la oportunidad de adquirir una entrada a un concierto debido a numerosas razones (e.g. está muy ocupado) y sin embargo por ello no deja de ser libre”.

Como se ha señalado, la libertad es siempre negativa, es la ausencia de coacción por parte de otros hombres. Tampoco cabe aquí la extrapolación de las ciencias biológicas y físicas a las sociales: no tiene sentido decir que uno no es libre porque no puede bajarse de un avión en pleno vuelo, o que se es esclavo del cigarrillo o que uno no puede ingerir arsénico sin sufrir las consecuencias. La libertad es un concepto vinculado a las relaciones sociales. Se tiene menos libertad o más libertad según otros hombres la restrinjan o no. Se ha parodiado la libertad al hacer referencia a “la libertad de morirse de hambre”, pero como ha escrito Thomas Sowell (en *Knowledge and Decisions*) el hambre es una tragedia pero la libertad es otro concepto muy diferente (y por otra parte, los climas de libertad disminuyen el hambre, lo cual no hace que las dos ideas se identifiquen).

No son pocas las personas que no entienden en qué consiste la libertad. No es suficiente hablar de ella para entenderla. En este sentido, lo has mencionado a Sartre, que igual que Bertolt Brecht y Neruda cantaban loas a la libertad mientras alababan al asesino serial de Stalin con inauditos poemas y suscribían el sistema colectivista que ahoga y aplasta todo espacio para ser libre.

*

GP: De los tres argumentos medievales para demostrar la existencia de Dios, recurre al teleológico: el universo no podría ser autosuficiente. La existencia de Dios se deriva de algún aspecto del universo, tal como el movimiento o la causalidad. El primer argumento, el ontológico, hace derivarla del razonamiento: la existencia divina sigue necesariamente de su definición. Y el tercero, el teleológico, la deduce del orden que existe, según lo preanuncia el Salmo 19: “*los cielos* proclaman la gloria de Dios”. La estructura ordenada de la naturaleza revelaría a un Dador de Orden. Hay asimismo argumentos de índole no-filosófica.

Por encima de ellos, comparto contigo el apego por la huella y no por el pantano, por el sentido y no por el caos. Pero soy consciente de que no todos los buenos seres humanos son socios nuestros en esa opción, y también me parece que, si bien dignifica la vida, no es una condición sine qua non para adherir a la oda a la libertad humana que es el liberalismo. El Ser Perfecto, la Causa Primera o el Dador de Orden, no son imposiciones ineludibles del razonamiento humano.

También estamos juntos en nuestra preferencia por distanciarnos de los iluminados que terminan pervirtiendo el mensaje religioso. Recordemos la histórica controversia entre evolucionistas y creacionistas, en el ardor del caso Scopes de 1925. En retrospectiva, resulta lamentable que los apasionados apólogos de la Biblia no la hubieran leído con cuidado, para notar que el Génesis no excluye la posibilidad de que la creación de las especies fuera por medio de una evolución.

Darwin mismo era un hombre de fe religiosa, y su coetáneo el botanista Asa Gray, de la Universidad de Harvard, sostuvo lo que dio en llamarse “evolución teísta”.

Estamos juntos, Alberto, en resistir la falta absoluta de designio. Si todo fuera fortuito en el proceso evolutivo, entonces cualquier criatura podría haber confrontado los desafíos de la naturaleza para elevarse a regir el mundo. Si, por ejemplo, ningún cometa hubiera destruido el dominio de los dinosaurios en la Tierra hace sesenta y cinco millones de años, pues este libro estaría siendo escrito por las lagartijas Alberta y Gustava, y leído por reptiles estudiosos cuyas computadoras serían sin duda muy distintas. Hasta aquí una posibilidad.

Pero la otra alternativa se me hace más válida, y opino que es más racional, aunque no tanto como para refutar a los descreídos. Menos serio aun es ridiculizarlos, como cuando Samuel Wilberforce cuestionaba al máximo darwinista Thomas Huxley espetándole “¿desciende usted del mono por parte de su madre o de su padre?”

El debate en cuestión, no da para la sorna. Quiénes somos los humanos y cuál es el recóndito misterio de nuestra naturaleza, merece nuestra seria reflexión, perseverante investigación, y comprometida emoción.

Acepto gustoso tu encuadre de la libertad exclusivamente vinculada a las ciencias sociales. Todo lo que me atrevo a agregar al respecto es que quienes confundieron el concepto de libertad, más que Berlin mismo, fueron sus criticados.

Excelente tu elección de epígrafe, Alberto. *Inevitabilidad histórica* (1954) es el libro que hace sustentar en la ética su enfoque de la historia. Lo mismo cabe decir del ensayo previo de Berlin, *El erizo y la zorra*, sobre el libre albedrío, el determinismo, y visión de la historia de León Tolstoi.

Sobre éste último me tocó participar en el coloquio de su centenario en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, a fin de 2010, y mencioné una escena conmovedora en la tercera parte de *La Guerra y la Paz* (1869).

Después de la batalla de Austerlitz, que cobrara casi veinte mil vidas, Napoleón y dos oficiales recorren el campo de Pratzen sembrado de muertos, y el príncipe Andrés Bolkonski yace allí, incapaz de moverse, concentrado en la infinitud de las estrellas. Ante ellas, siente que Napoleón y la historia son “el zumbido de una mosca”. Y creo que la conciencia de nuestra infinitesimal existencia también estimula la adhesión a los principios de la libertad creadora.

Aprovecho tu mención de la trillada “libertad de morir de hambre” para un ejercicio de intención pedagógica: ponerme en abogado de diablo y trasladarte una pregunta con la que debemos lidiar frecuentemente:

Ustedes aducen que el valor de las cosas está definido por la valoración que la gente haga de ellas, y que ningún gobierno debería interferir en las

preferencias de la gente reflejada en el mercado.

Ahora bien, cuantos más recursos tenga un individuo, su preferencia tendrá más influencia en lo que debe producirse. En suma, la oferta responde a la demanda de los ricos.

¿Por qué estaría mal entonces, que alguien redistribuya un poco de ese poder intrínseco a la gente pudiente, y se los traslade a los más necesitados para que las necesidades de éstos tengan cierta mayor influencia en la oferta?

Si ustedes admitieran dicha redistribución, pero tuvieran reparos en cuanto a que no sea el Estado quien la efectuara, en ese caso pregunto: ¿por qué está mal que un grupo de individuos se constituyan en partido político, y pregunten a sus conciudadanos (por vía de elecciones generales) si aceptan su plataforma, es decir si están dispuestos a que parte de los recursos se destinen a los más necesitados, a fin de evitar situaciones de extrema pobreza, ergo que la vida sea más digna para todos?

Finalmente, con respecto a Sartre y todos ellos, es posible concluir con la máxima de George Orwell inspirada en Cicerón, que hacía referencia a los pacifistas de la década del treinta que cacareaban la necesidad del desarme frente a Hitler: “Hay algunas ideas tan estúpidas que sólo intelectuales pueden creer en ellas”.

A mí no me alcanza: no deja de abrumarme la hipnosis que el socialismo ha ejercido sobre tantos, mentes brillantes incluidas.

19 El nihilismo

Evolucionistas y creacionistas - Mejorar a pobres - Los vaticinios marxistas

BL: El debate evolucionistas-creacionistas es posiblemente uno de los más estériles y absurdos de cuantos se suscitan, puesto que no sólo no hay incompatibilidad entre esas posiciones sino que la inexorable necesidad lógica del origen del universo no puede concebirse racionalmente como no sea en un contexto de evolución, de lo contrario habría estancamiento y parálisis total en todos los campos posibles (y no sólo el biológico, sino el del conocimiento que incluye la moral, lo contrario implicaría que, de entrada, los humanos estaríamos en una meta final e inmutable). En el terreno puramente biológico es aconsejable para constatar la evolución del hombre mirar las figuras correspondientes, por ejemplo, en el libro de Spencer Wells *The Journey of Man. A Genetic Odyssey* Desde luego que el evolucionismo no sólo está presente en los seres humanos sino que abarca todas las especies por ahora conocidas y que lógicamente se extienden a extraterrestres. Estimo que la parte más inconsistente del debate proviene de los creacionistas que demuestran un fanatismo, una cerrazón mental y un espíritu inquisitorial que termina por contradecir sus propias posiciones.

Lo mencionas al gran Tolstoi en conexión con *La guerra y la paz*. De esa obra me parece especialmente atractivo el Segundo Epílogo donde expone la tesis hayekiana del fraccionamiento y la dispersión del conocimiento aplicada a los ejércitos y también puntualiza el tema del libre albedrío. Como sabes, este autor, especialmente en sus obras menos conocidas, refleja un rechazo visceral por el poder político y, paradójicamente, se declaraba comunista porque desconocía el significado de la propiedad en una sociedad libre y veía esa institución como una gracia concedida por los gobiernos a sus amigos (lo cual, en gran medida, ocurre actualmente en no pocos lares).

No a todos los escritores rusos les ocurría lo mismo, por ejemplo, está el caso de Dostoievsky que, fuera de su magnífico tratamiento de la libertad en el quinto capítulo de la quinta sección de *Los hermanos Karamazov* (en *El gran inquisidor*), pone de manifiesto un especial conocimiento del tema en *Crimen y castigo* en el célebre monólogo de Ludjin cuando concluye que “Añade la economía política que cuantas más fortunas privadas surgen en una sociedad [...] más sólida y felizmente está organizada

la sociedad. Así pues, al trabajar únicamente para mí, trabajo también para todo el mundo y resulta en última instancia que mi prójimo recibe más”.

Y esto me lleva a tu reflexión al hacer de abogado del diablo. En la medida en que los gobiernos arrebatan la propiedad de quienes la poseen lícitamente, es decir, fruto de su esfuerzo o como consecuencia del esfuerzo de otros que se las donaron, en esa medida, se compromete severamente el progreso de los más necesitados. Esto es así debido a que en el plebiscito diario del mercado, la gente votó en ciertas direcciones porque estimaba que los destinatarios satisfacían de la mejor manera sus requerimientos pero los gobiernos al interferir asignando recursos en otras direcciones desperdicia los siempre escasos factores productivos, lo cual, a su vez, significa consumo de capital que se traduce en menores salarios en términos reales.

El espejismo de mejorar a los relativamente más pobres succionando el fruto del trabajo de los relativamente más ricos conduce al empeoramiento de la situación de los marginales. Las fortunas no son irrevocables, para mantenerlas o para incrementarlas los dueños deben servir a los demás y adaptarse a sus demandas. De lo contrario, esos patrimonios tienen sus días contados en sus manos y pasarán a los bolsillos de quienes sepan atender las demandas de la gente.

Un sistema así concebido, que excluya los privilegios y mercados cautivos que entregan los aparatos estatales a pseudoempresarios, hace que más personas ingresen al proceso de mercado con más peso. Se ha repetido con razón la conclusión de Lavoisier en cuanto a que “nada se pierde, todo se transforma”, lo cual ha hecho pensar equivocadamente que la riqueza es estática y que los intercambios son un proceso de suma cero (lo que uno tiene no lo posee otro, o más enfáticamente expuesto: la pobreza de unos se debe a la riqueza de otros y viceversa).

Pero lo relevante no es la cantidad de materia sino los servicios que presta o, mejor, aún, el incremento del valor que representa (un teléfono antiguo tenía más masa que un celular moderno, pero este último presta mucho mejores servicios y, por ello, se le atribuye mayor valor).

Desafortunadamente no es infrecuente observar que algunos empresarios no son conscientes de este proceso en una sociedad abierta y los enormes beneficios que producen, por eso se adoptan medidas como la llamada “responsabilidad social de la empresa” como si tuvieran complejo de culpa y deban reponer a la sociedad lo que han obtenido en sus negocios.

Juan Bautista Alberdi dedica treinta y cinco capítulos del octavo tomo de sus obras completas a reflexionar sobre el empresario William Wheelright, donde afirma que las plazas y monumentos en lugar de exhibir a militares y gobernantes que son los que habitualmente ponen palos en la rueda, deberían figurar emprendedores-empresarios, en cuyo contexto lo cita a Herbert Spencer quien subraya que a ellos les debemos la

comunicación a través de mares, cielos y tierras, el agua potable, la electricidad, el arado, los plaguicidas y pesticidas, las cosechadoras, los alimentos de todo tipo, los medicamentos y así sucesivamente.

*

GP: La bruma conceptual que envuelve a muchas de las posturas de Tolstoi es uno de los ejemplos más patentes de la confusión general de ideas que agitaba a Rusia en vísperas de la revolución bolchevique. Anarquismo, ascetismo, anomia en principios educativos, y una buena dosis de misticismo afectaban sincréticamente la experiencia rusa en su conjunto. No solamente, como bien dices, Tolstoi desconocía el significado de la propiedad en una sociedad libre, sino que dicho desconocimiento era una característica muy general.

En ese contexto, una de las confusiones que habitualmente promueven los marxistas consiste en presentar a sus primeros líderes como los grandes vencedores del capitalismo, cuando en rigor no fue capitalismo lo que las revoluciones bolcheviques derrocaron.

No me refiero solamente al error del orden cronológico de Marx, que presagió las revoluciones primero en los países industrializados de Occidente y luego en las sociedades más atrasadas. Me refiero a que el casi feudalismo de los zares rusos no tenía nada en común con un sistema de libre disposición de la propiedad privada.

Su derrocamiento no fue transformador en cuanto a la apropiación de la hacienda por parte del Gobierno, ya que en Rusia el Gobierno siempre había sido central en la economía.

El Estado de los zares era amo de millones de siervos feudales; hasta que la servidumbre fue abolida en 1861, era literalmente el dueño de la tercera parte de la población: agricultores, obreros, mineros y leñadores. El zar llegaba a subsidiar industrias por medio de obsequiar esclavos a los propietarios que le eran adictos.

Tampoco se cumplió el vaticinio marxista de que los obreros tomarían el poder por sí mismos, ya que quien procedió a apoderarse del gobierno fue el partido bolchevique, y éste, cuando pasó a manos de Stalin, procedió a tratar a los proletarios como siervos, obligándolos a someterse al régimen de los sovjoses y koljoses, y a padecer las hambrunas resultantes.

Pero los líderes seguían presentando sus medidas como si hubieran consumado los vaticinios del “socialismo científico”. Dicha irracionalidad constituye una especie de éxtasis religioso que sedujo a muchos utópicos.

Con sólo fijarnos en el lema marxista *“De cada uno de acuerdo con sus posibilidades; a cada uno de acuerdo con sus necesidades”*, notaremos la vacua perogrullada. Los conceptos de “posibilidad” y necesidad” no responden a criterios

objetivos sino que son definidos por el burócrata que termina imponiéndolos.

Es como si gritáramos “¡A cada uno, la felicidad!” y presentáramos el grito como si fuera un programa político.

La irracionalidad de la doctrina debía llevar necesariamente al fanatismo, ya que para imponer un proyecto cuyos resultados no pueden ser racionalmente monitoreados, es necesario que sus reglas sean aceptadas ciegamente.

En ese sentido, los bolcheviques fueron epígonos de quienes habían recibido el mote de “nihilistas” -partidarios de la nada- por parte del novelista Iván Turguenev, uno de los pocos rusos de marras que defendían el libre comercio y la abolición de la servidumbre.

Los nihilistas aspiraban a destruir la sociedad, completa e inmediatamente. Uno de ellos, Piotr Tkatchev, fue portavoz del extremismo máximo: proponía eliminar a todas las personas mayores de veinticinco años de edad para que la nueva sociedad fuera parida por jóvenes ideológicamente impolutos (él vivió hasta los cuarenta, así que debemos suponer que en alguna etapa moderó sus opiniones).

Su coetáneo Sergei Nechaev fue autor del *Catecismo del Revolucionario* (1868) en la ambición de que sería referente de los nihilistas del mismo modo en que, según él, los planteamientos de Nicolás Maquiavelo guiaban a los monarcas europeos. Asomarse a ese texto da escalofríos. Más aún, cuando se lo ha vinculado a Lenin y su plataforma ¿Qué hacer? de 1902.

Nechaev predica explícitamente el engaño, el robo, el pillaje y el terror despiadado. La idea fija de la revolución exigía el sacrificio de todo, absorbía todo: los intereses privados, los sentimientos, las conexiones personales, hasta el nombre propio. El único criterio moral es si algo sirve a la revolución. Transcribo sus puntos principales:

El revolucionario es un enemigo implacable de este mundo, y si continúa viviendo en él, es sólo para destruirlo más eficazmente. Rechaza las ciencias mundanas, dejándolas para las generaciones del futuro. El revolucionario conoce una sola ciencia: la ciencia de la destrucción. Su meta es una sola: la más rápida y más segura destrucción de este sistema repelente.

Con ese propósito, el revolucionario puede, y frecuentemente debe, vivir en sociedad, simulando ser lo que no es.

La Organización deberá alentar, con todos sus medios y recursos, la intensificación de las calamidades y los males que agoten la paciencia del pueblo y lo conduzcan a una sublevación total.

No vieron siquiera la necesidad de ofrecer propuestas para diseñar una nueva sociedad: “ésta será la tarea de las generaciones futuras. La nuestra es la destrucción despiadada, terrible, completa y universal”.

El fanatismo de los nihilistas se trasladó a muchos bolcheviques, que aspiran a una estructura de poder desde la que autoperpetuarse en “revolución permanente”, dejando la nueva sociedad verdadera en manos de las generaciones por venir.

20 El antiamericanismo

La inmigración ilegal - Los aranceles y tarifas aduaneras - Los fenicios

BL: Muy oportuna tu referencia al terror blanco al que se estudia en detalle, por ejemplo, Richard Pipes en *Propiedad y libertad* e importantísimo tu recordatorio de los consejos de Sergei Nechaev.

Ahora me gustaría ver nuestra autopsia desde otro costado para marcar nuevamente el contraste entre logros intelectuales y la práctica política, entre la demostración rigurosa de los beneficios del intercambio abierto entre países y, a pesar de ello, las restricciones y trabas que se establecen por doquier.

Y no es que pretendamos eliminar los conflictos, como bien ha escrito Fred Kofman: “Ser humano implica tener conflictos [...] Es imposible elegir *si* tener o no tener conflictos, sólo podemos elegir *cómo* responder a ellos” (en el segundo tomo de *Metamanagement. La nueva con-ciencia de los negocios*).

En este caso que en esta ocasión abordamos, es evidente el conflicto y el modo de responder consiste en explicar de un mejor modo la solución.

Me refiero a esa expresión antitética de la sociedad abierta cual es “la inmigración ilegal”. Lo conveniente es que cada uno pueda vivir donde lo considere mejor, sólo debe bloquearse a los delincuentes (que desde luego no son patrimonio de extranjeros y, por otro lado, cuando se conjetura que los inmigrantes son malas personas se está insultando a todos nuestros ancestros puesto que todos provenimos de otros lugares).

Antes, en otra de mis intervenciones me referí a la falacia del desempleo como si se tratara de un asunto natural, en lugar de verlo como un problema provocado por la intromisión de la violencia y la intimidación en los respectivos arreglos contractuales. Por otro lado, se suele echar la culpa a los inmigrantes de barquinazos fiscales cuando reciben asistencia “gratuita” de hospitales, colegios y similares. Pero este es el problema del mal llamado “estado benefactor” (no puede hacerse beneficencia por la fuerza, la caridad significa dar voluntariamente con recursos propios), por lo que, sin perjuicio de, en su momento, eliminar beneficios aparentes que en verdad son perjuicios, el tema se resuelve no permitiendo a los inmigrantes a que accedan a esos “servicios” pero tampoco se les debe descontar del fruto de su trabajo para subvencionar esos menesteres, con lo que se convierten en seres libres del mismo modo que a muchos de nosotros nos gustaría ser.

Entre otros, Julian Simon documenta con extensas series estadísticas en *The*

Economic Consequences of Immigration cómo los inmigrantes aceptan trabajos que los nativos no aceptan, tienen gran flexibilidad para la ubicación y movilidad geográfica dentro de un país, cuentan con gran capacidad de ahorro e inversión, muchos forman sus propias empresas a veces unipersonales, muestran bajos índices de criminalidad, suelen tener pocos hijos y ellos ponen en evidencia buenos resultados académicos en los colegios a los que asisten.

En realidad, las restricciones se basan en patriotismos y nacionalismos siempre xenófobos sin percatarse que una mayor fuerza laboral mejora la productividad y, consecuentemente, mejora el nivel de vida, lo cual no quita que algunos inmigrantes desplacen a nativos en ciertos trabajos y los liberan para realizar otras labores.

En la misma línea argumental, se restringen las importaciones y se colocan comisarios aduaneros increíblemente para evitar que alguien ingrese algo mejor y más barato que lo que se fabrica localmente. No se comprende que las exportaciones son para poder comprar, del mismo modo que cada cual vende bienes o servicios para poder adquirir lo que necesita. Lo ideal sería comprar indefinidamente sin tener que vender nada pero eso significaría que el resto del mundo regalan esos bienes, entonces no tenemos más remedio que vender para poder comprar, las exportaciones constituyen el costo de las importaciones.

Los aranceles y tarifas aduaneras junto con las manipulaciones cambiarias afectan gravemente el comercio exterior. En un sistema libre, el balance de pagos no sólo está siempre equilibrado sino que se encuentra en el nivel óptimo debido a la consecuente asignación de recursos. Es por ello que Jacques Rueff en *The Balance Of Payments* muestra preocupación por la tentación a intervenir que provocan las estadísticas del sector externo por lo que escribe que “El deber de los gobiernos es permanecer ciegos frente a las estadísticas del comercio exterior [...] si tuviera que decidirlo no dudaría en recomendar la eliminación de las estadísticas del comercio exterior debido al daño que han hecho en el pasado, el daño que siguen haciendo y, temo, que continuarán haciendo en el futuro”.

Tal vez nadie mejor que el decimonónico Frédéric Bastiat ha demostrado con sus ironías en *Sofismas económicos* los tremendos errores del mal llamado “proteccionismo” (mal llamado porque desprotege a los consumidores y les cubre las espaldas a los empresarios ineficientes), así, por ejemplo, sugería tapiar todas las ventanas “para proteger la industria de las velas de la competencia desleal del sol”.

Es prioritario esforzarse por explicar las ventajas de intercambios libres y voluntarios, lo cual constituye el mejor antídoto frente a las guerras (Bastiat sostenía que “allí donde las fronteras no son cruzadas libremente por mercancías, las cruzarán los ejércitos”). En este sentido, en la antigüedad, los fenicios han sido uno de los buenos ejemplos, que como escribe Edgar Sanderson en *Historia de la civilización*:

El rasgo característico que distingue a los fenicios de todas las demás naciones del mundo antiguo consiste en que eran colonizadores y no conquistadores; mercaderes pacíficos y no intrigantes belicosos, intrépidos marinos y no soldados altivos y ambiciosos, trabajadores industriales, ingeniosos y creadores y no inquietos y volubles destructores de la labor de otros hombres,

*

GP: Juiciosamente incluyes el tema de la inmigración ilegal, en el que empiezo por compartir contigo el principio de que debe respetarse la libertad de una persona de vivir donde quiera. Nada más cercano al liberalismo que el reconocimiento del hombre autónomo como fin de nuestras preocupaciones.

Me sumo a tu rechazo de las invectivas xenofóbicas en todos los países, que imputan al extranjero la criminalidad y la desocupación. Aplaudo tu sensibilidad, al valorar el rol del inmigrante en la prosperidad social.

Pero el ideal del intercambio libre de poblaciones está tan lejos de la realidad que vivimos, que promoverlo a toda brida es una receta para la violencia y el caos.

Una cosa es no perder de vista la meta de una humanidad fraterna sin fronteras, y otra es proponer que, por ejemplo, mañana a la mañana los mexicanos puedan cruzar libremente a EEUU, los norafricanos a España y los indonesios a Australia.

Prever que de ello resultaría un caos, es quedarse muy corto. Sería casi la reversión de tu cita de Frédéric Bastiat: si se abrieran íntegramente las fronteras al cruce de personas, los soldados serán el segundo grupo en cruzarlas.

El caso de los fenicios también es ilustrativo. Por un lado, comparto tu admiración por este pueblo antiguo aliado de los hebreos que, en sus travesías marítimas hacia el Oeste, enseñaron a los griegos las 22 letras de su idioma hebraico-fenicio, moldes de las de la lengua hebrea actual.

Los helenos trastocaron la grafía hebraica de *álef*, *bet*, *guimel*, *dalet*, para crear la griega *alfa*, *beta*, *gama*, *delta*, y el resultante alfabeto griego pasó ulteriormente al latín; así el hebreo-fenicio fue padre de casi todos los idiomas europeos.

Por el otro lado, los fenicios y su misión civilizadora que mencionas, no pudieron protegerse con esa misión para sobrevivir en un mundo de ánimo conquistador, y fueron sometidos por los persas y los helenos, vencidos por los primeros en Sidón, y más tarde destruidos por los romanos en Cartago.

Los temas de las migraciones actuales y de la prosperidad de los pueblos, me permite retomar el que planteaste en su momento a partir de tu crítica a las políticas norteamericanas.

Sin duda hay un sentimiento antiestadounidense en muchos países y, si aunque la crítica a las políticas exteriores de EEUU podría tener justificaciones específicas en Latinoamérica, no es el caso de Europa. Aquí, cuando revisamos esas críticas notamos un componente irracional que podría reconocerse en el antinorteamericanismo en general.

En *La obsesión anti-americana* (2003) Jean-François Revel muestra el sustrato de envidia que anima a dicho sentimiento europeo en general, y francés en particular.

Lo cierto es que la religión del antinorteamericanismo no se limita a los fanáticos de Al-Qaeda, a los nacionalistas de ultraderecha y a la izquierda radical tercermundista, quienes suelen presentar a EEUU como el “Gran Satán” culpable de todos los males. Injustificadamente, también los países europeos son parte de la animadversión.

Los islamistas radicales odian de los EEUU las ideas de democracia, pluralidad religiosa, libertad sexual, e igualdad de derechos de la mujer. Y cuando los pacifistas queman la bandera estrellada, más que condenar la guerra arremeten contra las libertades individuales de las que goza el país del Norte.

En buena dosis, puede rastrearse esta inquina instintiva a la teoría marxista de la explotación, que achaca la prosperidad de un país a la ruina de otro.

Así, la pobreza de los pueblos se debería a que los norteamericanos son prósperos, y por ello no habrá ayuda externa estadounidense que pueda despertar gratitud. Esta posición los exime de revisar cómo sus gobernantes saquean el erario, oprimen a los ciudadanos y prohíben las libertades económicas que los llevarían a la prosperidad.

El 21 de septiembre de 2001, fecha en la que correspondía solidarizarse con el pueblo norteamericano después de que hubiera sido objeto de la feroz agresión diez días antes, el argentino Adolfo Pérez Esquivel encabezó una solicitada en la que advertía que la respuesta a “un ataque demencial no puede ser el terrorismo de Estado contra los pueblos”.

Es decir que si EEUU lanzaba su operación contra Afganistán, en donde se refugiaba Bin Laden, devendría ipso facto terrorista. En contraste, Bin Laden había sido sólo “demencial”. El mismísimo adjetivo pareciera condonar el crimen. Habría que haber exigido para Osama la internación en un psiquiátrico, pero a George Bush había que castigarlo por cómo *se aprestaba* a responder.

Este antiamericanismo es casi una religión, que esconde la hipocresía de quienes viven cada minuto de sus vidas disfrutando de la ciencia y tecnología provenientes del país al que insultan, y así creen parecer más morales. Para agravarlo, defienden a los brutales regímenes bajo los cuales nunca estarían dispuestos a vivir.

Opino que también el embate contra la globalización es fustigado por un resentimiento ante los ideales americanos de mercado y economía libres.

21 El fanatismo

El gradualismo - El Tercer Mundo - El sentido común

BL: No sigo tu silogismo, estimado Gustavo, en cuanto a que dices que aplaudes mis consideraciones sobre inmigración y librecambio (“nada más cercano al liberalismo” sostienes) y, simultáneamente, concluyes que adoptar esas medidas liberalizadoras que reconocen derechos “es una receta para la violencia y el caos”. Mantienes que eso es lo que ocurriría si “mañana a la mañana” se produjera la liberalización. Aquí aparece el tan discutido tema del *gradualismo*. Creo que si hay derechos que se conculcan debe revertirse la situación de inmediato, sin que puedan alegarse derechos adquiridos puesto que no hay derecho contra el derecho. Te pongo un ejemplo extremo y crudo: descuento que no aceptarías que se hubieran eliminado en forma gradual las cámaras de gas para los judíos después de la época de los asesinos nazis, ni que los administradores de semejante holocausto alegaran que procedieron de acuerdo a la legislación vigente y que tienen “derechos adquiridos”.

Concuerdo contigo que el generalizado antinorteamericanismo no se refiere al punto que hago junto a otras personas que estimo de gran valía y admiradoras como yo del *American way of life* en cuanto a que se acepte que el gobierno de Estados Unidos bombardee países para “construir naciones” y equivalentes. Más bien, aquellas furias contra ese país se deben a la envidia y al odio a los valores de la libertad y también hay quienes siendo partidarios de las tradiciones estadounidense se sienten agredidos en sus países, lo cual es compartido por otros que no viven en esos lugares.

Como he consignado en otras oportunidades, tiene razón Revel quien escribió el prólogo para uno de mis libros (*Las oligarquías reinantes. Discurso sobre el doble discurso*) en cuanto a que esos envidiosos y enojados por la tradición de libertad en Estados Unidos no son capaces de reconocer que se trata el país en donde tiene lugar las más portentosas obras filantrópicas en relación a su población, la asistencia más numerosa a orquestas sinfónicas y a museos, la producción más succulenta y lectura más difundida de libros científicos, departamentos de investigación, universidades y centros de estudios, las más devotas y extendidas manifestaciones religiosas junto con la tradicional economía pujante y una justicia basada en marcos civilizados.

Pero aquí viene un punto de gran trascendencia que tú mencionas y es la llamada “ayuda externa” del gobierno de Estados Unidos y de instituciones internacionales a las que aporta ese gobierno. Tal como han señalado autores como Peter Bauer, Melvyn

Krauss, Karl Brunner, Harry Johnson, Doug Bandow y el antes citado James Bovard, las mencionadas ayudas gubernamentales con la causa de la existencia de los denominados países del Tercer Mundo y similares.

Un país del Tercer Mundo no lo es debido a geografías, ni etnias, ni debido a falta de recursos naturales (recordemos que África concentra los más abundantes y que Japón es un cascote del que sólo el veinte por ciento es habitable).

Un país del Tercer Mundo se caracteriza por políticas estatistas de todo tipo, lo cual hace que se fuguen sus mejores cerebros en busca de otros horizontes y huyan sus capitales que también buscan refugio en otros lados (lo cual incluye los patrimonios mal habidos de sus gobernantes al efecto de salvarlos de las aberraciones que ellos mismos imponen).

Cuando están por hacer eclosión las políticas socialistas y socializantes del caso, aparecen las nefastas instituciones como el Fondo Monetario Internacional que otorga préstamos a tasas de interés más bajas que las del mercado con períodos de gracia para el reembolso (*waivers* incluidos) con lo que se fortalecen grandemente los gobernantes locales y sus respectivas políticas en medio de corrupciones galopantes.

Incluso aparece el FMI interfiriendo como el sonado caso ruso al apoyar a las mafias y eliminar las posibilidades que en su momento tuvieron liberales, tal como han relatado autores como Yuri Y. Agaev del grupo de Vladimir Bukovsky.

La mejor manera de crear enemigos es entregar recursos coactivamente detraídos de los contribuyentes de otros países (está visto que los receptores son los que más queman banderas norteamericanas) que, además, crean subsidios cruzados como cuando el agricultor estadounidense debe forzosamente financiar los negocios de banqueros que prestan a los países del Tercer Mundo y equivalentes, préstamos que nunca hubieran realizado si no tuvieran cubierta sus espaldas por el FMI o el Banco Mundial.

Como señalan los autores mencionados, estas instituciones internacionales de crédito debieran liquidarse. En esa situación los países antes receptores de esas políticas se encontrarán frente a una de dos posibilidades: o cambian radicalmente sus políticas y así repatriarán personas y capitales al tiempo que recibirán préstamos sobre bases sólidas o, de lo contrario, si decidieran seguir con sus políticas socializantes, deberán recurrir en busca de ayuda a Cuba, Corea del Norte o Venezuela pero no a Washington.

Y, de paso, dejarían de operar burócratas con enormes remuneraciones, que se hospedan en lujosos hoteles, viajan todos en primera y pasan por las aduanas con pasaportes diplomáticos (y, a veces, alguna figura principal se ve envuelta en escándalos sexuales).

*

GP: Sobre la asistencia estadounidense, no me refería necesariamente al aporte del

Gobierno norteamericano, y menos a que los beneficiarios fueran *Gobiernos* extranjeros. Incluso la ayuda de fundaciones o individuos norteamericanos, no disminuye el antiamericanismo. Si no se los critica por intervenir, pues se los critica por aislarse.

Ahora bien, mi estimado Alberto, quizás no haya entendido del todo tu planteamiento, pero me parece que un ejemplo tan extremo como el que das, al asimilar un genocidio salvaje con una solicitud de documentación fronteriza, puede corresponderse con una opinión similarmente extrema en este terreno.

Si por “derechos adquiridos” te refieres a los derechos de todos los ciudadanos de un país de determinar las leyes que los gobiernen, y por “legislación vigente” te refieres a la mismísima existencia de los Estados, y si, a partir de ello, propones que los Estados deberían proceder prestamente a esfumarse, y así veremos si se verifica nuestra teoría, bueno, me permito disentir.

La traducción de ideas a la praxis puede llevar un tiempo, porque el método de ensayo y error necesita su espacio para verificar que los resultados sean los esperados.

Me parece que no se trata de “gradualismo” sino de sentido común. Las ciencias sociales no son matemáticas puras, y si en algún caso cabe aplicar medidas paulatinamente, ello tampoco significa adherir dogmáticamente a una ideología gradualista.

Que cada caso y circunstancia deban ser analizados particularmente, permitió que en 1942 incluso Ludwig von Mises recomendara en México que los ferrocarriles no fueran privatizados abruptamente.

Aun una disciplina exacta como el ajedrez, como está en manos de humanos, debe considerar en cada jugada la psicología del adversario y sus tendencias, en vez de suponer que la misma estrategia tiene validez eterna y universal.

Para extrapolar lo dicho a nuestra autopsia, recordemos que uno de los aspectos más desagradables del marxismo era precisamente presentarse como una ciencia. Sus predicciones no se cumplían ni siquiera en la época de Marx, como la famosa “ley de la miseria creciente”, que sostenía que mientras mayor fuera el capital invertido y más abundante la producción, más bajos serían los salarios.

En 1950, Nikita Krushev anunció que antes de 1970 el nivel de vida comunista iba a superar al de EEUU, y que antes del 2000 “el capitalismo sería enterrado”. Se había expedido el análisis “científico”.

Estuvieron siempre tan convencidos de *todo*, que no permitían en ningún momento que la realidad se atreviera a desviarlos. Y seguían autodenominándose “científicos”.

No se dejaban disuadir por las colosales equivocaciones del Partido, ni tampoco por la obviedad de que diversos marxistas llegaban a conclusiones opuestas después de

usar los mismos métodos de análisis.

Ningún fracaso podía despertar su humildad, porque creían conocer mejor que nadie las arcanas leyes de la historia que les permitían saberlo todo.

No todos ellos tropezaban en la misma medida, pero la letal fe marxista los impulsaba a adaptar la ciencia a su propia metafísica, en lugar de permitir que la primera se desarrollase autónomamente.

Al proclamarse ciencia, el marxismo permitió a sus devotos emitir veredictos sobre los temas más variados, como si fueran los grandes especialistas.

De ahí el escándalo mayor en el terreno de la biología protagonizado por el charlatán de Trofim Lysenko, quien negaba la existencia de los genes.

Durante veinte años hizo perseguir y encarcelar a los verdaderos biólogos de la ex Unión Soviética, acusados alternativamente de trotskistas o de reaccionarios porque no sabían promover la infalible ciencia fabricada por Lysenko, cuya autoridad provenía de ser un leal miembro del partido.

Quien se siente ejecutor de la historia termina considerando a todo el que disienta con él como un herético enemigo, con quien no hay que detenerse en escrúpulos. Todos podían ser sacrificados en aras de la construcción a largo plazo de una buena sociedad, y lo cierto era que el futuro era hipotético y los sufrimientos muy reales y presentes.

El fanatismo es componente natural del totalitarismo. Cuando resulta imposible exponer cabalmente las medidas de Estado, no cabe más remedio que imponerlas esgrimiendo la necesidad de obedecer a toda costa. El sistema no necesita persuadir a nadie. Cualquier idea estrafalaria es posible, porque su viabilidad depende exclusivamente de que se consigan las armas para imponerla por medio de la fuerza bruta, sin negociación ni debate.

Uno de los primeros en señalar dicha intrínseca irracionalidad del marxismo fue Aleksandr Tsipko, quien durante la década del '80 había sido asesor del Comité Central del Partido Comunista soviético, y filósofo del Instituto de Estudios Económicos y Políticos Internacionales de Moscú.

En 1990 admitió con crudeza que “el marxismo era una idiotez”, y que *nadie* en Rusia creía sinceramente en él.

Tal como hoy en día ocurre en Cuba, donde es secreto a voces que casi nadie vive dentro del sistema pregonado desde el poder.

22 El galimatías de Keynes

Las políticas inflacionistas - El desprecio por la razón - La coraza marxista

BL: Es muy cierto lo que dices, Gustavo, sobre la distinción entre “ayuda” estatal y filantropía (por definición, siempre privada) y también es correcto que hay receptores mal agradecidos que “muerden la mano a quien le da de comer”, pero convengamos que hay infinidad de casos de financiaciones y ayudas en especie cuyos receptores son muy agradecidos.

Más aún, a diferencia de las transferencias gubernamentales y afines, las privadas generalmente hacen el seguimiento sobre la marcha de los proyectos que financian, y en los casos de otorgamientos de becas a destinatarios muy alejados geográficamente de los donantes, la comunicación se mantiene fluida y los becarios informan de sus progresos y en muchas oportunidades siguen en contacto con sus benefactores a través de la vida.

En cuanto a las facultades adquiridas en base a mera legislación, intento destacar la prelación del derecho compatible con mojones extramuros de la ley positiva (de allí el mencionado título de los tres tomos de Hayek: *Derecho, legislación y libertad*) a contracorriente de lo dicho por Hobbes en *El Leviatán* respecto a que

a) “nada puede considerarse injusto fuera de la ley” b) el legislador “tiene el poder de hacer y deshacer las leyes según le plazca” c) “sólo el legislador conoce las causas finales” de la ley d) “Los súbditos no pueden cambiar la forma de gobierno [...] Por otra parte, si intentan deponer al soberano y en consecuencia se los mata o castiga son por ello autores de su propia muerte o castigo” e) “Ningún hombre puede protestar contra la institución del soberano sin cometer una injusticia” f) “Los súbditos no pueden en justicia acusar los actos del soberano” g) “Cualquier cosa que haga el soberano no es punible por parte de los súbditos” h) “El poder y el honor de los súbditos desaparecen con la presencia del soberano” e i) “en los casos donde el soberano no prescribe ninguna norma, el súbdito tiene la libertad de hacer o no hacer según sea su decisión”.

Afirmas que el error de los marxistas ha sido y el mantener que lo que dicen es

ciencia. El dislate consiste en el contenido de sus afirmaciones. Al fin y al cabo, la ciencia económica según la Escuela Austríaca (que Senior, Say y Cairnes habían insinuado antes) es más rigurosa que las llamadas ciencias exactas debido a que la metodología de esta corriente de pensamiento se basa en los axiomas de la acción humana y, por ende, sus derivados son necesariamente ciertos, no como ocurre en las ciencias naturales que se basan en el método hipotético deductivo.

Una ciencia es simplemente un conjunto de conocimientos sistematizados que se basan en ciertos nexos causales que se denominan leyes científicas. Por eso la economía no es cualquier cosa en cualquier sentido y tampoco cambia con la situación histórica tal como le demostró Menger a Schmoller en su conocido y muy difundido debate.

En realidad se es liberal por motivos *epistemológicos* y por motivos *ontológicos*. En el primer caso, porque el uso de la fuerza agresiva deja de lado el *no sé* socrático y se arroga conocimiento que del que no dispone (el propio sujeto actuante puede conjeturar que hará en el futuro pero modificará sus prioridades cuando, llegado el momento, cambian las circunstancias). En el segundo caso, se trata del debido respeto por las autonomías individuales de nuestros semejantes.

En otros términos, el liberal no diseña nada en ningún sentido como no sea la programación de sus propios actos (y con todas las equivocaciones del caso), todo queda abierto y *sólo recurre al uso de la fuerza cuando se lesionan derechos de terceros*.

Como hemos dicho al comienzo de nuestra conversación por la vía electrónica, los socialismos en modo alguno se circunscriben a Marx. Keynes, por ejemplo, es un buen exponente del ataque al liberalismo en su obra más difundida -*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*- en la que se pronuncia enfáticamente por un creciente gasto estatal, déficit fiscal y la conveniencia de recurrir a políticas monetarias inflacionistas para “reactivar la economía” y asegurar el “pleno empleo” ya que nos dice en ese libro que “La prudencia financiera está expuesta a disminuir la demanda global y, por tanto, a perjudicar el bienestar”.

Las terminologías y los neologismos más atrabiliarios son de su factura. No quiero cansar con las incoherencias y los galimatías de Keynes, pero veamos sólo un caso, el que bautizó como “el multiplicador”.

Sostiene que si el ingreso fuera de 100, el consumo de 80 y el ahorro 20, habrá un efecto multiplicador que aparece como resultado de dividir 100 por 20, lo cual da 5. Y préstese atención porque aquí viene la magia de la acción estatal: afirma que si el Estado gasta 4 eso se convertirá en 20, puesto que 5 por 4 es 20 (*sic*). Ni el keynesiano más entusiasta ha explicado jamás como multiplica ese “multiplicador”.

En definitiva, Keynes apunta a “la eutanasia del rentista y, por consiguiente, la

eutanasia del poder de opresión acumulativo de los capitalistas para explotar el valor de escasez del capital”. Resulta sumamente claro y específico lo que escribió como prólogo a la edición alemana de la obra mencionada, en 1936, en plena época nazi:

“La teoría de la producción global, que es la meta del presente libro, puede aplicarse mucho más fácilmente a las condiciones de un Estado totalitario que la producción y distribución de un determinado volumen de bienes obtenido en condiciones de libre concurrencia y un grado considerable de laissez-faire”.

*

GP: Me permito audazmente dos comentarios sobre tus doctas reflexiones acerca de la ciencia económica. El primero: sobre el grado del rigor de dicha ciencia no hay unanimidad de criterios, ni siquiera desde la Escuela Austríaca. Gabriel Zanotti ha planteado dos posibles interpretaciones de Mises sobre este punto: Rothbard y Machlup.

El segundo comentario es sobre Keynes. Aunque no llega a ser socialista (a menos que cayéramos en el exceso de denominar “socialista” a todo lo que no es liberal), como bien dices encarna un ataque al liberalismo. Acaso cabe definirlo como intervencionista e inflacionista.

De paso, agrego que compartió con Marx un profundo desprecio hacia los judíos (Marx en *La cuestión judía* de 1844: “¿Cuál es el dios del judío? El dinero. La sociedad burguesa crea continuamente judíos...” y Keynes en *Las diferencias entre el Este y el Oeste* de 1925: “un pueblo oriental de arraigados instintos antagonistas y por ende repulsivos a los europeos”).

A la luz de los ejemplos que das, especialmente el del “multiplicador”, se ve que Keynes también compartió la irracionalidad del marxismo, que quisiera redondear.

Me parece que desde el momento en que se circunscribe el valor de las cosas exclusivamente al trabajo físico, se desestima todo lo que no lo es: las ideas, la creatividad, y la correcta organización. En esa limitación subyace un desprecio por la razón.

El marxismo fue muchas veces entendido como una forma del antirracionalismo, y Mises llegó a denominarlo “la más radical de todas las reacciones contra el dominio de la ciencia establecido por el racionalismo”.

Para defender una doctrina irracional, hay que acorazarla. Los marxistas lo hicieron triplemente. Primero, enseñaron que el socialismo es fatalmente inevitable, y por lo tanto quien no coincidiera con él iba a contramano de la historia (hoy se refleja en la poco humilde autodefinición de quienes se llaman “progresistas”, como si hubiera una sola senda posible por la cual progresar).

Además, impidieron que se debatiera cómo ha de organizarse la sociedad socialista,

limitándose exclusivamente a la crítica demoledora de la que no lo es. Y ello, en términos absolutos y nunca comparando alternativas.

En tercer lugar, como ya has señalado, con su polilogismo negaron a la lógica su carácter obligatorio, válido, y general para todos los hombres y todas las épocas. El pensamiento era para ellos función de la clase social en que vive el pensador. Por lo tanto, toda crítica a su doctrina no necesitaba ser refutada ya que era ipso facto descalificada por “burguesa”.

Gracias a esa coraza que hacía imposible el debate, la soberbia marxista anunciaba igualdad desde su fatua cúspide, mientras una oligarquía, que llegaba al 2% de la población, se había impuesto en nombre del proletariado, al pueblo oprimido en su conjunto.

Enarbolaban una “ciencia” que justificaba el exilio a Siberia de los biólogos y artistas “burgueses”; las cárceles psiquiátricas para disidentes, la prohibición de la religión, la cruda judeofobia, y una aristocracia de aparichiki que desde la desigualdad gobernaba con el látigo a un pueblo silencioso y desconcertado.

Un aspecto metódico de su irracionalidad fue que, aunque el elemento central del marxismo es el análisis de la estructura económica y de las clases sociales, Marx llegó a esa perspectiva desde la dirección opuesta.

Como explica Robert Conquest en *En qué se equivocó Marx* (1970), Marx comenzó como filósofo, y sólo después se introdujo en el análisis político y de clase. El análisis económico del capitalismo lo comenzó al final, y nunca lo concluyó. Es decir que construyó de arriba para abajo. De haber sido coherente con sus propios postulados, él mismo habría descalificado el procedimiento.

No casualmente Marx no escribió ningún libro con su filosofía; y para hurgar en ella hay que acopiar ideas desde diversas páginas a lo largo de sus obras. El desprecio de Marx por la tarea del pensador se lee en su famoso apotegma: “los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. Un planteamiento de esa índole casi anuncia la muerte de la filosofía.

23 El materialismo dialéctico

La falsa sabiduría - Los burócratas de Washington - Dos tipos de ciencias

BL: Bien dices que no hay unanimidad sobre la metodología austríaca entre liberales e incluso entre los que se ubican en esa tradición de pensamiento. Más aún, afortunadamente para el progreso de la ciencia, no hay unanimidad entre liberales ni entre miembros de la Escuela Austríaca en prácticamente nada, lo cual permite que estemos en ebullición y atentos a posibles refutaciones.

De todos maneras, respecto a tu mención de Fritz Machlup es pertinente citarlo en este contexto de su ensayo que lleva el muy apropiado título de *The Inferiority Complex of the Social Sciences* en el que concluye que este complejo de inferioridad ocurre debido a que muchos economistas no se percatan que “lo que en verdad distingue las ciencias sociales de las naturales, es decir, el hecho de que el estudioso de la acción humana es en sí mismo un sujeto actuante y, por ende, posee una fuente de conocimiento que no se encuentra disponible para el estudioso de las ciencias naturales”.

Concuerdo contigo que lo de lo “fatalmente inevitable” resulta fatal (para marxistas y no marxistas). En el comentario sobre socialistas y socializantes en que estamos embarcados, me parece el momento de reiterar parte de lo que escribí sobre Jerzy Kosinski quien en su novela *Being There* (que como sabes fue llevada al cine, en el mundo hispanoparlante bajo el título *Desde el jardín*) que trata de la fascinación que produce el lenguaje sibilino.

Lo vemos en filosofía a través de textos extenuantes de factura incomprensible plagados de neologismos, frases tortuosas y razonamientos circulares. Lo comprobamos en ensayos de economía que parecen fabricados para mofarse del lector inundados de lenguaje críptico, contradicciones permanentes y modelos econométricos inconducentes. Wilhelm Röpke consigna que “cuando uno trata de leer un *journal* de economía en estos días, frecuentemente uno se pregunta si uno no ha tomado inadvertidamente un *journal* de química o hidráulica”.

Kosinski fue permanentemente agredido por ramificaciones estalinistas en la universidad de su Polonia natal donde después de infinitos calvarios se doctoró en

sociología mientras trabajaba como instructor de esquí hasta que logró escaparse a Estados Unidos donde trabajó como conductor de camiones de día y en horario parcialmente nocturno de cuidador de un predio de estacionamiento. Al mismo tiempo, estudiaba inglés hasta que pudo aplicar a una beca de la Ford Foundation que obtuvo para estudiar en la Universidad de Columbia donde también se doctoró en psicología social y escribió dos libros de gran éxito editorial: *No Third Path* donde muestra la inconsistencia de pretender una tercera vía entre la libertad y el totalitarismo y *The Future is Ours, Comrade* en el que invita al levantamiento de sus coterráneos contra las botas comunistas. Fue profesor de prosa inglesa y crítica literaria en las universidades de Yale y Princeton, recibió el premio de literatura de la American Academy y del National Institute of Arts and Letters y presidió el capítulo estadounidense del PEN Club.

En la mencionada novela del jardinero alude a un analfabeto consciente de su ignorancia en los temas que le preguntan y repreguntan audiencias fascinadas por lo que consideran un léxico repleto de sabiduría que estiman hace referencias metafóricas al cuidado de jardines. Muchos fueron los reputados personajes que se hipnotizaban con lo que no entendían y afanosamente buscaban soluciones políticas a los enredos que ellos mismos habían generado. El cuadro de este escrito de ficción resulta que puede fácilmente trasladarse a la no ficción, esto es, a lo que se vive hoy en muchos ambientes políticos en los que los figurones del caso presumen conocimientos que no tienen ni pueden tener puesto que éstos se encuentran dispersos y fraccionados entre millones de personas. Las pretendidas directivas de gobernantes megalómanos, concentran ignorancia al cerrarle las puertas a los procesos abiertos y competitivos compatibles con la sociedad abierta.

Todo el clima de los burócratas instalados en Washington DC se traduce en una sátira a la política cuyo establishment en verdad ha perdido contacto con la realidad. Las reflexiones de quien se ocupa de cultivar un jardín están formuladas de modo literal pero, como decimos, los receptores del mensaje, acostumbrados a complicar las cosas, lo entienden como consideraciones alegóricas.

Estos comportamientos tortuosos aplicados al campo político hacen mucho daño desde el momento que apuntan a colocar a algunos iluminados en pedestales y, como tú dices, Gustavo, el resto de los mortales como súbditos obedientes que deben admirar y aplaudir los tejes y manejes sobre las vidas y las haciendas ajenas, en lugar de abrir las puertas y ventanas de par en par al efecto de que las relaciones libres y pacíficas administren lo que les concierne.

Como escribe Erich Fromm en *El miedo a la libertad*, los gobernantes requieren toda la parafernalia que rodea a los poderosos al efecto de encubrir el vacío existencial y la debilidad de quienes están incrustados en el trono y que deben encadenarse a la

multitud dominada sin la cual se desploman.

En realidad, el trasfondo de la ironía y la comicidad en la novela de Jerzy Kosinski respecto a la política y los políticos se sustenta en la maleabilidad de las muchedumbres y en su fanatismo. Gustav Le Bon lo subraya en su *Psicología de las multitudes* cuando apunta la incapacidad de juicio crítico y razonamiento en la aglomeraciones humanas donde “lo que se acumula no es el talento sino la estupidez” porque “en el alma de las muchedumbres lo que siempre domina no es la necesidad de libertad sino la de servidumbre”...tal vez se necesiten más voces fuertes como las de los Émile Zola para acusar a los impostores, de frente y sin tapujos ni doble discurso.

*

GP: El complejo de inferioridad de las Ciencias Sociales recuerda al de la filosofía, disciplina que, después de la muerte de Hegel en 1831, entró en depresión.

A costa de la esterilidad filosófica, en las universidades florecieron las ciencias naturales, y su reflejo en el materialismo y el positivismo.

A fin de devolver a la filosofía su estatus científico surgió el neokantismo, a partir del libro *Kant y los epígonos* (1865) de Otto Liebmann; perduró por medio siglo, y su mentor fue Hermann Cohen desde la escuela de Marburgo.

En cuanto a la economía, también trataba de abrirse paso entre las ciencias sociales, ante quienes la acusaban de inhumana, fría y calculadora. Así, la joven ciencia vio en Inglaterra y Alemania los polos de enfoques contrapuestos.

En Inglaterra se ponía el énfasis en la consistencia lógica, con tendencia a análisis abstractos paralelos a los de las ciencias naturales y exactas. Por su parte, para los economistas alemanes, la insuficiencia de la economía para explicar la realidad, estimuló los análisis historicistas. Los primeros se esforzaron en sostener el método científico en la economía, y los historicistas se inspiraban en Marx.

En esta encrucijada, la formulación de una teoría correcta del valor en 1884 llevó a la refutación general del marxismo lograda por Böhm-Bawerk en *El cierre del sistema marxista* (1898).

Medio siglo después de esa cima, nuestro ya comentado Isaiah Berlin insistió en la diferencia fundamental entre los dos tipos de ciencias, y por ello rechazó la premisa positivista de que las ciencias naturales sean el paradigma del conocimiento, ergo las humanas deberían emular a las primeras.

Berlin insistió en separar los dos tipos, diferenciados por la relación entre el observador y el objeto de estudio.

Las ciencias naturales estudian el mundo físico de la naturaleza, y lo hacen desde afuera. Las ciencias humanas estudian, desde adentro, el mundo que los hombres

habitan y crean. En estas últimas, los caminos del estudioso y cada faceta de su experiencia, también son partes del objeto de estudio.

Berlin incluyó entre ellas a la filosofía, especialmente por su utilidad social, ya que su meta es que el hombre se entienda a sí mismo y no actúe en la oscuridad.

Para todas las ciencias, las respuestas empiezan siendo desconocidas, pero para las preguntas filosóficas, además, incluso el camino para responder es una incógnita. En las demás disciplinas no: el camino es conocido aunque la respuesta no lo sea.

En este sentido, Berlin se ha plantado contra las fuerzas descalificadoras de la filosofía, que durante el siglo se habían concentrado en el positivismo.

En cuanto al léxico que muy bien denuncia, vacío de contenidos pero presuntuosamente sibilino y sabihondo, tiene un buen ejemplo en el denominado “materialismo dialéctico”.

Como bien se sabe, Marx reivindica tres fuentes para su pensamiento: una alemana (la filosofía de Hegel), una inglesa (la economía de David Ricardo y otros), y una francesa (las teorías sociales de Saint-Simon).

De la primera, Marx proclamó “haber puesto a Hegel cabeza abajo” al aplicar su esquema evolutivo a la historia social. Sin embargo, en esa transferencia la terminología pierde sentido. Verbigracia la voz “contradicción”, que en Hegel resulta apropiada porque se refiere a ideas y argumentaciones, en Marx es engañosa porque no puede verificarse su presencia, sino sólo declamarse.

El marxismo sostiene que la contradicción “está objetivamente presente en las cosas y en los procesos” pero, aunque arguye ser materialista, no provee de ningún instrumento objetivo de medición que pueda detectar la fuerza de la contradicción.

Por ello, amén del discurso vano, el “materialismo dialéctico” fue marginal en el marxismo. Sirvió como trasfondo silencioso para hacer creer que había grandes teorías detrás de las medidas propuestas, pero, como el jardinero de Kosinski que has evocado, detrás del silencio no porta más que ignorancia.

Los marxistas se dedicaron a tomar posiciones políticas y sociales, pero no a indagar e investigar el “materialismo dialéctico”, ni a verificar si además de rimbombante era verdadero.

La ficción del “materialismo dialéctico” fue un disfraz del marxismo para exhibirse como cosmovisión abarcadora y completa y, particularmente, como un sistema de gran escala que da soluciones universales.

Este segundo servicio que prestó, permite añadir un motivo más a los ya señalados que explican por qué el marxismo hipnotizó a tanta gente, incluidos muchos intelectuales, y muchísimos jóvenes.

Los primeros, con frecuencia son proclives a desdeñar las soluciones simples a los

problemas concretos, y prefieren sistemas generales que solucionen todo.

En cuanto a los jóvenes, encontraron en un sistema como éste un sustento para que su rebeldía adolescente se basara en leyes universales.

Bien sabemos que es más fácil anhelar sociedades ideales, que intentar mejorar paso a paso las existentes, imperfectas y frustrantes.

24 El positivismo

La teleología - La competencia perfecta - El liberalismo argentino

BL: Mi presentación al inaugurarme como miembro de la Academia Nacional de Ciencias en Buenos Aires hace casi treinta años se titulaba “Metodología de las ciencias sociales y su diferencia con las ciencias naturales” con la intención de contribuir a este debate. Son indiscutidos los portentosos avances de las ciencias naturales desde Copérnico a Hawking, de lo cual no se desprende que el método propio de ese campo de conocimiento deba extrapolarse al de las ciencias sociales donde los experimentos de laboratorio no son posibles ni pertinentes ya que a diferencia de lo que ocurre con las piedras y las rosas, el hombre tiene propósito deliberado, lo cual significa que actúa y no meramente reacciona.

Por supuesto que en el ser humano están presentes nexos causales físico-biológicos y las influencias del medio ambiente, pero se adiciona algo sustancial: la teleología, es decir, elige, prefiere, opta y decide. En este sentido Hayek explica que “La razón por la que en nuestro campo de conocimiento [la economía] resulta de tanta perplejidad es, desde luego, debido a que nunca puede ser establecido por medio del experimento, sólo puede adquirirse a través de un proceso de razonamiento difícil” (en “On Being an Economist”) y Mises mantiene que “No es posible conformar las ciencias de la acción humana con la metodología de la física y las demás ciencias naturales” (en *Human Action. A Treatise on Economics*). Por su parte, Bruce Caldwell en *Beyond Positivism* nos dice que:

no se ve para nada afectada por argumentos que se limitan a señalar que no hay tal cosa como una proposición que es simultáneamente verdadera y con significado empírico. Por supuesto que no hay tal cosa como, siempre que se acepte la concepción analítico-sintética del positivismo. Pero Mises no sólo rechaza esa concepción sino que ofrece argumentos contra ella [...] Una crítica metodológica de un sistema (no importa cuán perverso pueda parecer tal sistema) basado enteramente en la concepción de su rival (no importa cuán familiar son) no establece absolutamente nada.

Y Morris R. Cohen en *Introducción a la lógica* apunta que el positivismo y el neopositivismo consideran que las proposiciones no verificables carecen de significación, pero destaca que esa misma proposición no es verificable y, por otro

lado, como hemos puntualizado, Popper señala que nada en la ciencia es verificable, sólo está sujeta a corroboraciones siempre provisionales abiertas a posibles refutaciones. También -desde otra línea interpretativa- Edmund Husserl en *La filosofía como ciencia estricta* objeta la utilización del mismo método para ambas áreas.

Como sabes, Gustavo, la extrapolación de marras se origina en las obras de Auguste Comte, enfoque que con otras variantes fueron adoptados primero por Ernst Mach y luego por Rudolf Carnap y sus seguidores del Círculo de Viena.

En cuanto a que la economía se suele interpretar como “inhumana, fría y calculadora” y con ruido a metálico se dispuso entre los estudiosos atentos a partir de las enseñanzas que la separaron por completo de las nociones marxistas y clásicas en cuanto a que la economía se circunscribía a lo material para, en cambio, mostrar que se trata de todo lo concerniente a la acción humana. No hay diferencia entre las acciones que se traducen en precios monetarios de las que se traducen en precios no monetarios (en todos los casos se intenta pasar de una situación de menor valor a una que proporcione uno mayor y se intenta que lo que se incorpora resulte menor a su costo, de lo contrario no se actúa). La economía trata de la conducta humana sobre lo que también trata la psicología, la ética y la historia.

Sin embargo los objetos formales difieren: la psicología trata de los motivos por los cuales el hombre pretende ciertos fines a través de determinados medios, la ética se refiere a los fines y a los medios a los que debería recurrir el hombre y la historia hace referencia a los medios y a los fines a que recurrió el hombre en el pasado y las consecuencias de dichas acciones. La economía, como hemos dicho, significa elegir, preferir y optar y su estudio trata de los ingredientes presentes en ese proceso que son los teoremas derivados de la acción humana (unos tienen lugar en el mercado y otros fuera del mercado). Entonces, la economía es un proceso por el cual se intercambian valores que pueden ser materiales o espirituales, que pueden aludir a intercambios interpersonales (amar, comer, comerciar etc.) o intrapersonales (pensar, contemplar etc.).

En otro orden de cosas, el desconocimiento al referido *proceso* presente en el mercado conduce a absurdos esquemas como la llamada “competencia perfecta” que entre sus supuestos se encuentra el conocimiento perfecto de todos los factores relevantes, lo cual, a su vez, conduce a que desaparezca el arbitraje, el empresario y la misma competencia tal como, entre otros, lo ha explicado Israel Kirzner en *The Meaning of the Market Process*, y Murray Rothbard agrega que en ese “modelo” no habría razón para mantener saldos en caja con lo que no habrían precios y, por ende, no cabría el cálculo económico (en *Man, Economy and State. A Treatise on Economic Principles*). El propio Mark Blaug ha reconocido que

“los Austriacos modernos van más lejos y señalan que el enfoque walrasiano

al problema del equilibrio de los mercados es un cul de sac: si queremos entender el proceso de la competencia más bien que el equilibrio final tenemos que comenzar por descartar aquellos razonamientos estáticos implícitos en la teoría walrasiana. He llegado lentamente y a disgusto a la conclusión de que ellos están en lo correcto y que todos nosotros hemos estado equivocados” (Afterword, en *Appraising Economic Theory*).

*

GP: La posibilidad de interpretaciones contrapuestas acerca de la índole de la economía, llamó mi atención a través del contraste entre los dos Premios Nobel de Economía israelíes: Israel Robert Aumann (2005) y Daniel Kahaneman (2002).

Curiosamente, representan abordajes diametralmente opuestos en su comprensión de la economía. Mientras el primero la ve como eminentemente matemática, y ligada a la Teoría de Juegos, el segundo llega a ufanarse de ser psicólogo y de haber basado enteramente en la psicología su teoría de la conducta económica.

Debido a que tanta diversidad puede confundir al lego en la materia, fue muy importante que, como dices, la economía no fuera secuestrada por quienes hubieran podido desnaturalizarla, y también, que el pensamiento liberal en el plano económico no termine naufragando, según citaste la ironía de Röpke, en tesis de química o de hidráulica.

Siguiendo tu ejemplo de los modelos de competencia perfecta, me parece que el liberalismo pasaría a ser una pieza de museo si careciera de la figura del empresario creativo y emprendedor quien intuye datos en base de los que arriesga, o si se lo despojara del dinámico proceso del mercado.

Me alegra que Israel Kirzner esté entre los grandes que refutan aquellos modelos desconectados de la realidad; en 1989 tuve el gusto de contarme entre quienes lo recibieron en su visita a Buenos Aires.

La vida de las sociedades percibida como meras entelequias, llevan a que salteemos lo fundamental: que en los tres últimos siglos la humanidad ha dado pasos gigantescos en la erradicación de la ignorancia, las enfermedades, el estancamiento y la indigencia. Y que el marco económico que permitió ello fue el capitalismo, con su innovación y su asignación de recursos hacia la producción.

Sin duda, los resultados distan de ser perfectos porque, al igual que la democracia, el capitalismo es un sistema defectuoso que opera a través de imperfectos seres humanos.

Pero es dable añadir que uno de los factores que trabaron el estupendo progreso del capitalismo fue precisamente que sus esfuerzos fueron minados por los utópicos, por quienes reclaman medidas que salvaran expeditamente a la humanidad entera. Por aquellos que sacrificarían el progreso firme de hoy en el altar de las quimeras futuras

que nunca se cumplen.

En Argentina, los laureles del liberalismo no deberían ser menores. En 1851 el país comenzaba a reponerse de décadas de autoritarismo que lo habían transformado casi en un desierto. Poco más de medio siglo después, Argentina podía mostrarse al mundo como una grandiosa nación que atraía inmigrantes e inversiones en el forjamiento de su sólida hacienda.

Por ello es injusta la imputación bastante difundida de que los liberales fueron culpables del atraso o de la dictadura en Argentina. El primero no se debió a la aplicación de políticas liberales, sino a su abandono.

En cuanto a las dictaduras, ya en 1972 fue publicado un libro periodístico bastante elocuente: *Nosotros los liberales* de César Augusto Gigena Lamas. En él se condena inequívocamente el militarismo padecido por el país desde 1930.

Gigena Lamas, asumiendo la representación del pensamiento liberal argentino, culpa “a los militares... que se sintieron investidos de un mandato mesiánico y convirtieron al resto de sus compatriotas, durante décadas, en ciudadanos de segunda clase... Nadie le ha conferido a las Fuerzas Armadas la función de jueces para decidir cuándo tienen que venir y cuándo tienen que irse”.

El autor vuelca su sarcasmo hasta en “don José Félix Uriburu, (que sacó) a pasear el Colegio Militar en un recorrido cuya parada final era la Casa de Gobierno. Y parece que les gustó, porque desde entonces sólo han salido de ella por el tiempo necesario como para volver al cuartel a cambiarse de uniforme, lapsos en los que dejan a un civil para que se entretenga un rato”.

La conclusión de Gigena Lamas es que Uriburu, al alterar el orden constitucional, “inició una costumbre que es una de las causas básicas de nuestro estancamiento y nuestro atraso”.

Conste que escribió esas páginas antes incluso de que se gestara la más dura de las dictaduras argentinas.

25 La fatal arrogancia

El peronismo - El terrorismo - La acción aberrante

BL: Éramos amigos con César Gigena Lamas y, entre otras actividades, escribíamos en la revista *El Burgués* de Roberto Aizcorbe. Es muy cierta la decadencia notable de la Argentina. El nacionalismo (necesariamente estatista) comenzó a perfilarse con intensidad en el treinta, período en el que se estableció el control de cambios, la banca central, las juntas reguladoras y el impuesto progresivo. Luego con el advenimiento del peronismo se acentuó en grado sumo el espíritu totalitario.

Antes de eso, desde el fin de la tiranía rosista hasta los primeros pasos populistas de Yrigoyen (“el pérfido traidor de mi sobrino” como le decía el liberal Alem), la Argentina era la admiración del mundo. Los inmigrantes venían a “hacerse la América” debido a que los salarios e ingresos en términos reales del peón rural y del obrero de la incipiente industria eran superiores a los de Suiza, Alemania, Francia, Italia y España.

Juan A. González Calderón, en su obra *No hay Justicia sin Libertad. Poder Judicial y Poder Perjudicial* consignó que “La tiranía [peronista] había abolido, como es de público y completo conocimiento, todos los derechos individuales, todas las libertades cívicas, toda manifestación de cultura, toda posibilidad de emitir otra voz que no fuese la del sátrapa instalado en la Casa de Gobierno con la suma del poder, coreada por sus obsecuentes funcionarios y legisladores, por sus incondicionales jueces, por sus domesticados sindicatos y por sus masas inconscientes”.

El 21 de junio de 1957 Perón le escribe desde su dorado exilio a su compinche John William Cooke aconsejando que “Los que tomen una casa de oligarcas y detengan o ejecuten a los dueños, se quedarán son ella. Los que toman una estancia en las mismas condiciones se quedarán con todo, lo mismo que los que ocupen establecimientos de gorilas y los enemigos del pueblo. Los suboficiales que maten a sus jefes y oficiales y se hagan cargo de las unidades, tomarán el mando de ellas y serán los jefes del futuro” (en *Correspondencia Perón-Cooke*).

Perón alentó las “formaciones especiales” (un eufemismo para enmascarar el terrorismo) y felicitó a los asesinos de Aramburu y de todas las tropelías de forajidos que asaltaban, torturaban, secuestraban y mataban. Declaró que “Si la Unión Soviética hubiera estado en condiciones de apoyarnos en 1955, podía haberme convertido en el primer Fidel Castro del continente” (Montevideo, *Marcha*, febrero 27, 1970).

Al poco tiempo, en su tercer mandato, al percatarse que ciertos grupos terroristas

apuntaban a copar su espacio de poder los echó de la Plaza de Mayo durante un acto y montó desde su ministerio de bienestar social (!!) otra estructura terrorista con la intención de deshacerse físicamente del otro bando. En ese tercer mandato, reiteró la escalada de corrupción y estatismo a través de su ministro de economía retornando a una inflación galopante, controles de precios y reinstalando la agremiación autoritaria de empresarios y sindicatos.

Todos los pequeños ahorristas que invertían en terrenos y departamentos, fueron esquilados por Perón con las consabidas legislaciones de alquileres y desalojos, rematados con inauditos “planes quinquenales” que hicieron que en el país del trigo escaseara el pan. Se estatizaron empresas con lo que comenzaron las situaciones de angustia deficitaria e inflación y se monopolizó el comercio exterior a través del IAPI que también constituyó una monumental plataforma para el enriquecimiento de funcionarios públicos.

Ezequiel Martínez Estrada apunta que “Perón organizó, reclutó y reglamentó los elementos retrógrados permanentes en nuestra historia [...] El peronismo es una forma soez del alma de arrabal [...] Eran las mismas huestes de Rosas, ahora enroladas en la bandera de Perón, que a su vez era el sucesor de aquel tirano” (en *¿Qué es esto? Catilinaria*).

Por su parte, Américo Ghioldi escribe que “Eva Duarte ocupará un lugar en la historia de la fuerza y la tiranía americana [...] el Estado totalitario reunió en manos de la esposa del Presidente todas las obras [...] el Estado totalitario había fabricado de la nada el mito de la madrina [...] en nombre de esta obra social la Fundación despojó a los obreros de parte de sus salarios” (en *El mito de Eva Perón*).

Sebastián Soler, como Procurador General de la Nación, dictaminó que “Antes de la revolución de septiembre de 1955 el país se hallaba sometido a un gobierno despótico y en un estado de caos y corrupción administrativa [...] Como es de pública notoriedad, se enriquecieron inmoralmente aprovechando los resortes del poder omnímodo de que disfrutaba Juan Domingo Perón y del que hacía partícipe a sus allegados”.

Pares de Perón, constituidos en Tribunal de Honor del Ejército, concluyeron que “En mérito de los resultados de las votaciones que anteceden, el Tribunal Superior de Honor aprecia, por unanimidad, que el señor general de Ejército Juan Domingo Perón se ha hecho pasible, por las faltas cometidas, de lo dispuesto en el No. 58, apartado 4 del reglamento del los tribunales de honor: *descalificación por falta gravísima*, resultando incompatible con el honor de la institución armada que el causante ostente el título del grado y el uso del uniforme; medida ésta la más grave que puede aconsejar el tribunal” (en *Tribunal de Honor del Ejército*, firmado por los tenientes generales Carlos von de Becke, Juan Carlos Bassi, Víctor Jaime Majó, Juan Carlos Sanguinetti y Basilio D. Pertiné, octubre 27, 1955).

En un editorial de *La Nación* de Buenos Aires (noviembre 2 de 1959) se lee que “El Partido Peronista no fue nunca, en efecto, un partido democrático, sino la figuración de un organismo áulico, posesionado de todos los resortes del poder y hasta del presupuesto nacional para el cumplimiento de menguados fines partidistas [...] instalaba sus famosos unidades básicas en bienes inmuebles del fisco, obtenía fondos del tesoro nacional o presionando a la industria, al comercio, a los sindicatos”.

*

GP: En tu crítica al estatismo local te centras en el líder del peronismo y en los perjuicios que acarreó su política. De los autores que citas al respecto, pude conocer bien la obra de Sebastián Soler, e incluí sus sagaces conclusiones en mi libro *La judeofobia*. Me parece que hay un aspecto de las conclusiones de Soler que también describe a los marxistas.

Soler analiza la mentalidad de quien odia, a partir de un ensayo de Jean-Paul Sartre sobre el odio antijudío. La obra de Soler se titula *Mecánica mental del antisemitismo*, y en ella define el “espíritu de abstracción” que activa al resentido: “un sujeto que ha construido los más sumarios esquemas, pero resuelve que ese conocimiento es suficiente para la acción, que no quiere saber más”.

Toda información adicional lo irritaría porque ella podría cuestionar sus esquemas establecidos. Quiere descansar en la limitada “información” que obra en su poder; no necesita más a fin de poder actuar violentamente en consecuencia. Ansía descargar esa violencia, y le molesta que un nuevo dato pueda modificar el esquema en el que esa violencia se sustenta.

Por eso, nada podrá convencerlo de que no debe golpear. Sebastián Soler se refiere a la peligrosidad de “cuando ese conocimiento defectuoso, acompañado de la voluntad de no saber más, se proyecta sobre las relaciones humanas y sociales... porque nuestras acciones son desencadenadas a partir de una imagen, pero recaen sobre un ser real”.

Y concluye que “no es pensamiento especulativo; no está movido propiamente por una voluntad de conocer, sino por una voluntad de actuar. En su esencia no es propiamente pensamiento sino acción aberrante”.

Me parece que hay una parte que puede aplicarse al marxismo, con la importante salvedad de que al marxista no lo mueve el deseo de la violencia sino el de la igualación en supuesta defensa de los más necesitados.

Con todo, también él está trabado para agregar información a lo que ya sabe, porque siente que, por ser marxista, es el portador de una ciencia básica y universal. Él, por el mero hecho de adherir a la doctrina de la sabiduría, ya es plenamente docto y, en la práctica, capaz de emitir juicios casi sobre cualquier tema sin demasiados esfuerzos.

Por ello es tan acertado el título del último libro de Hayek, *La fatal arrogancia*

(1998), en el que no sólo muestra al socialismo como un gran error, sino que desenmascara la arrogancia del ingeniero social.

Éste presume poder diseñar y organizar áreas del entramado de las interacciones humanas. Actúa como si tuviera toda la información sobre ellas cuando, no solamente carece casi enteramente de ella, sino que tampoco admite que se le suministre más, y procede a imponer sus decisiones.

Aunque está ante un conocimiento disperso y un orden espontáneo, la arrogancia del planificador central lo convence de que sabe todo, y los resultados de su plan son usualmente fatales para su sociedad.

Algo similar ocurre hoy en día con otros conceptos, aun con uno tan antitético de la intolerancia como el de “pluralismo”. A pesar de que el pluralismo debería ser fuente de máximo respeto a las ideas ajenas, algunos se arrojan la sabiduría para definir los parámetros del pluralismo, y sienten que, debido a que han llegado a sus conclusiones desde ese pedestal, todo el mundo debería llegar a conclusiones similares salvo los que caigan en el “error no ser auténticamente pluralistas”.

Arrogancia paralela abona la tesis post-modernista acerca del “fin de las ideologías”. No cabe duda de que *hay* ideologías que se han desmoronado estrepitosamente, como el marxismo, pero sorprende que precisamente los que hasta hace poco la sostenían olímpicamente, compensan ahora su incapacidad de autocrítica con el escudo de que “todas” las ideologías han muerto, ergo no hay nada que revisar.

Yo me equivoco, tú te equivocas, todos nos equivocamos, aquí no ha pasado nada, y un siglo de estulticia intelectual hipnotizada por el espejismo socialista, no merecería ni siquiera una revisión (ni qué hablar de disculpas).

26 La identidad entre los totalitarismos

El historicismo - Los contendientes en la civilización - Del neolítico a la Revolución Industrial

BL: En nuestra autopsia, que como he puesto de manifiesto la interpreto como la quiebra intelectual de los socialismos pero para nada la defunción en el plano político en el que se adoptan sus postulados con ímpetu variado.

Esos socialismos suelen beber de la fuente marxista con diferentes tragos de otros recipientes cuyas políticas resultantes son muchas veces no-marxistas (y en muchas ocasiones muy poco marxistas, aunque en el fondo siempre aparecen en escalas diferentes las diatribas contra la propiedad privada).

Estas variantes son, a mi juicio, las más extendidas cuyo eje central descansa en el igualitarismo al que hice referencia en mi primera entrada en este diálogo. Buena parte de las variantes socialistas y socializantes son judeofóbicas (para recurrir a tu libro sobre la materia que, junto con la obra de Edward H. Flannery, es lo mejor que se ha escrito sobre ese tema tan repugnante). Y, como también dejé consignado en nuestro intercambio, la vertiente de mayor éxito es el fascismo por las razones antes apuntadas.

Respecto a Marx, antes de la publicación de el primer tomo de *El Capital* en 1867, tenía redactados los otros dos tomos como nos dice Engels al escribir la introducción al segundo tomo prácticamente treinta años después de la publicación del primero (en 1894, y Marx había muerto en 1883). Una conjetura muy difundida es que se abstuvo de dichas publicaciones (y de toda otra a pesar de contar con 49 años de edad y de haber publicado antes muy seguido desde su primera obra en 1844 a la que le siguieron otras seis, con anterioridad al referido primer tomo), no publicó más -se estima en círculos académicos- debido a la estocada mayúscula que significó la difusión de la teoría de Jevons y sobre todo la de Menger a la que hemos hecho referencia sobre la teoría subjetiva del valor que liquidó la esbozada por los clásicos como Adam Smith y David Ricardo y, consecuentemente, con la suya en la que se sustentó la plusvalía y la teoría de la explotación.

A estos enjambres, se agrega el historicismo inherente al marxismo, contradictorio por cierto puesto que si las cosas son inexorables no habría necesidad de ayudarlas con revoluciones de ninguna especie. También es contradictorio su materialismo dialéctico

que sostiene que todas las ideas derivan de las estructuras puramente materiales en procesos hegelianos de tesis, antítesis y síntesis ya que, entonces, en rigor, no tiene sentido elaborar las ideas sustentadas por el marxismo (ni por ninguna otra tradición de pensamiento puesto que no serían las ideas las iniciadoras del cambio).

En este sentido, Marx se interroga y responde en el primer tomo del *El Capital* de este modo: “¿Son los hombres libres para elegir esta o aquella forma de sociedad? Bajo ningún concepto [...] Las mismas personas que establecen las relaciones sociales en conformidad con la productividad material, producen principios, ideas y categorías como consecuencia de aquellas relaciones sociales [...] Así se explica que la formación de las ideas deriva de las prácticas materiales”.

Y en el cuarto inciso de la sección tercera del sexto capítulo de *La sagrada familia* insiste (con Engels) en el materialismo, influido por la línea Holbach y Feuerbach, tal como dijimos, Marx lo había revelado antes en su tesis doctoral sobre Demócrito en la Universidad de Jena.

Tampoco era Marx bueno en los pronósticos, puesto que sus tres más sonados resultaron en un fiasco. En primer lugar, que la revolución comunista se originaría en el núcleo de los países con mayor desarrollo capitalista y, en cambio, tuvo lugar en la Rusia zarista. En segundo término, pronosticó que la propiedad estaría cada vez más concentrada en pocas manos y solamente las sociedades por acciones produjeron una dispersión colosal de la propiedad. Por último, que las revoluciones comunistas aparecerían en las familias obreras cuando todas surgieron en el seno de intelectuales-burgueses que dieron la espalda a sus orígenes.

Antes he escrito que no se necesita ser un observador avezado para constatar los adelantos tecnológicos de magnitudes colosales. Pero este importantísimo fenómeno es sólo un contendiente en la carrera en el inmenso teatro de la civilización.

Hay otros dos participantes que revisten una inmensa importancia y son decisivos para el éxito final del primer contendiente mencionado. Se trata, en primer lugar, del calado espiritual de los seres humanos. Observamos con preocupación que con pequeños espacios de libertad la energía creativa produce inventos de extraordinaria valía pero de nada sirven si se pierde la brújula moral.

El tercer competidor está conformado por los enemigos declarados de todo vestigio civilizado. Son los que representan las distintas vertientes del totalitarismo sobre los que hemos comentado, Gustavo. Comparado con la degradación moral en curso, este competidor no resulta tan peligroso ni devastador. Más aún: estaría anulado y neutralizado en sus pretensiones, si la fuerza moral en que descansa la civilización estuviera en su plenitud en otros ámbitos.

Por momentos soy algo escéptico, fundamentalmente porque veo que un número

inmenso de quienes simpatizan con la libertad no hacen nada por contribuir a que se corrija la situación y actúan como si estuvieran en una inmensa platea esperando que los problemas sean resueltos por otros, los que están en el escenario, sin percibir que este es un buen modo para que se les caiga el escenario y todo el edificio encima.

Sin duda que me reconforta grandemente cuando compruebo los estudios y los esfuerzos de personas que dedican tiempo, recursos o las dos cosas a difundir los fundamentos de la sociedad abierta. Esto lo veo en mis alumnos y lo constato en las labores tan fértiles que llevan a cabo instituciones dedicadas a promover espacios de libertad.

Pero por lo anterior, Gustavo, se hace necesario afilar las neuronas para introducir nuevos límites al poder, de lo contrario la muerte no será de los socialismos sino de la sociedad abierta.

*

GP: En efecto, por momentos notaba cierto escepticismo durante nuestro diálogo, parcialmente justificado por algunas experiencias históricas. Sabemos que un milenio después del florecer helénico, cuando lo heredaba el vasto y organizado imperio legislador, los bárbaros pudieron desintegrarlo todo y el mundo enlobregueció por varios siglos.

También asusta recordar que hace ochenta años, la nación que había aportado los máximos músicos, poetas y filósofos, se precipitó hacia el infierno y arrastró al mundo con ella.

El destino de la humanidad a veces parece flaquear y aun las personas creyentes, para quienes ese fin no es fortuito, sentimos que los vericuetos del sendero pueden decepcionar.

Los liberales, precisamente, asumimos desconocer los detalles del serpenteo histórico, inmunes a las inevitabilidades que caracterizan al marxismo. Guy Sorman llamó “el principio Hayek” al test de la autenticidad liberal: “son liberales lo que admiten que el mundo obedece a leyes que no dominamos”. Por ello preferimos la suma de las voluntades individuales y no la planificación voluntarista de una élite.

Y si bien la felicidad y el progreso de los hombres no pueden ser planificados, hay motivos para ser menos escépticos.

Comienzas acertadamente la nómina de los “contendientes en la carrera de la civilización”, con “los avances tecnológicos”, que pueden ser un buen barómetro.

La revolución del neolítico transformó al ser humano de depredador en productor, gracias a que en la gloriosa Sumeria de antaño se diera lugar a la propiedad privada, la agricultura, la ganadería, la domesticación de animales, la cerámica, el tejido, la

construcción de viviendas.

Así, después de una prolongada niebla de cientos de miles de años, hace unos seis mil años el hombre fue protagonista de una explosión civilizadora inimaginable.

El Renacimiento, que dio comienzo a nuestro mundo intelectual, se difundió gracias a grandes descubrimientos como la brújula y la imprenta.

A fines del siglo XVIII, la Revolución Industrial vinculó los nuevos desarrollos tecnológicos (las máquinas a vapor) con los productivos (la industria textil), y por ello cimentó un mundo en el que para la producción no será necesaria la fuerza animal ni la humana.

Las Ciencias Sociales son acaso un producto de la necesidad de explicar dicha agitación.

Para entender nuestra era cibernética aún nos falta perspectiva (y sapiencia) pero una aventura sideral se asoma detrás de ella ante nuestra atónita mirada.

De todos modos, no me gustaría que mi optimismo sonara extremo, porque soy consciente de las fuerzas que en esta época intentan destruir la civilización simplemente porque no pueden competir con ella.

En cuanto a tu mención de que buena parte de las variantes socialistas y socializantes son judeofóbicas, agrego que Hannah Arendt fue pionera en señalarlo en su obra cumbre: *Los orígenes del totalitarismo* (1951). Es el mejor rastreo de las tiranías del siglo XX y de cómo éstas dañaron a la civilización Occidental y a la esencia misma del ser humano.

Para Arendt, los dos sistemas totalitarios, el nazifascista y el comunista, representaban novedades sin precedentes, construidas en base de la ficción política y del terror, a partir de supuestas leyes de la historia (el triunfo ineludible de una clase) o de la naturaleza (la inevitable victoria de la raza superior).

Hayek había adelantado esa equiparación entre ideologías que usualmente parecían contrapuestas; Arendt lo profundizó, y es notable que comience con una parte titulada *Antisemitismo*, sin ofrecer al respecto explicaciones. Arendt mostraba cómo el uso y abuso de la judeofobia eran el sustrato del totalitarismo.

Uno de los dos monstruos usó *El Capital* de Marx como texto religioso, jamás cuestionado en sus flagrantes fallas. Y así sus intelectuales exaltaron entusiastamente los peores desatinos, siempre con vocación de revisar críticamente la sociedad que los rodea (pero sólo la que *los rodea* y nunca la que moldea sus propias concepciones).

Ahora nos cuentan, en retrospectiva apologética, que en rigor Marx no propuso la abolición del mercado. Lo que saltan es que el “profeta” tampoco reparó en que, sin propiedad y sin precios, el mercado es destruido.

León Trotski en su prólogo al *Manifiesto Comunista*, en 1937, lo llama “el panfleto

más genial de la literatura mundial, que nos sorprende aún hoy por su frescura” y concluye aún más desconectado de la realidad: “Cuando se festeje el centenario del Manifiesto Comunista, la Cuarta Internacional se habrá convertido en la fuerza revolucionaria decisiva de nuestro planeta”.

La realidad fue la inversa de todo lo que han predicho, tanto los estalinistas que en efecto actuaron como aliados del nazifascismo, como los maoístas que sembraron muerte y hambre, y los trotskistas que se limitaron a teorizar y filosofar sobre entelequias.

27 Dos concepciones de gobierno

La portación de armas - El consecuencialismo - El uso de la fuerza

BL: Para contribuir a que se concrete la posibilidad de una defunción de los totalitarismos, resulta primordial escarbar en las defensas de la sociedad abierta. La más importante es el trabajo en el terreno de las ideas, pero como apoyo logístico se necesita hacer uso de la fuerza como defensa propia frente a la agresión. En este último sentido, cabe subrayar lo que he escrito en otra ocasión sobre la portación y tenencia de armas que mencioné antes muy al pasar en nuestro diálogo y agregar ahora una línea sobre las milicias y los ejércitos permanentes.

Es notable el marcado contraste en el continente americano entre el mundo anglosajón y el latino en cuanto a la concepción original de gobierno. En el primer caso, se trató de funcionarios a los que se desconfiaba respecto a las posibilidades de abuso de poder y que, por tanto, había que controlar y limitar severamente en sus funciones al efecto de garantizar los derechos de quienes venían escapados de la intolerancia y la persecución gubernamental. En el sur, en cambio, la idea de gobierno parió con la noción de conquista (salvo casos excepcionales como el extraordinario Fray Bartolomé de las Casas) y el uso de títulos como los de “reverendísimo” “excelentísimo” y sandeces equivalentes que muestran servilismos a todas luces improcedentes dirigidos a meros empleados de ciudadanos libres. Después de la llamada independencia, como pronosticó Juan Bautista Alberdi, dejamos de ser colonos de los españoles para serlo de nuestros propios gobiernos durante buena parte de las historias latinoamericanas. Recién ahora, en Estados Unidos, lamentablemente, se nota una modificación sustancial en dirección a inflamar las atribuciones del Leviatán.

En todo caso, en buena parte de la historia estadounidense, la libertad estaba garantizada y cuidada en grado sumo. Su Constitución estableció prioritariamente la tenencia y portación de armas al efecto de defenderse de los agresores a los derechos, comenzando por el gobierno que consideraban una simple repartición para la proteger al ciudadano el cual no debía encontrarse desarmado y desguarnecido, del mismo modo que el titular de una propiedad vigilada por sus empleados no se desarma frente a ellos sino que los controla. Más aún, como adelantamos ha escrito Leonard E. Read “No pretendimos que nuestra agencia de defensa común nos debiera *gobernar* del mismo modo que no se pretende que el guardián de una fábrica actúe como el gerente general

de la empresa” (en *Government: An Ideal Concept*).

Por su parte S. P. Halbrook, en *That Every Man be Armed: The Evolution of a Constitutional Right*, pone de manifiesto el estrecho correlato entre cantidad de homicidios y asaltos con la prohibición de tenencia y portación de armas, y Brian Doherty en *Gun Control on Trial* muestra que, hasta el momento, la mayor parte de los conocidos tiroteos ocurridos en lugares públicos en Estados Unidos se originaron en personas que no tenían permiso de portación y tenencia de armas de fuego, ni mostraron inclinación alguna por obtenerlo.

Es que, como apunta César Beccaria -precursor del derecho penal-, el que desea cometer un delito no pide permiso para utilizar armas mientras que la víctima se encuentra en desventaja manifiesta si la obligan a estar desarmada.

Escribe Beccaria en *On Crimes and Punishments* que la prohibición de contar con armas

“sería lo mismo que prohibir el uso del fuego porque quema o el agua porque ahoga [...] Las leyes que prohíben el uso de armas son de la misma naturaleza: desarman a quienes no están inclinados a cometer crímenes [...] Leyes de ese tipo hacen las cosas más difíciles para los asaltados y más fáciles para los asaltantes, sirven para estimular el homicidio en lugar de prevenirlo ya que un hombre desarmado puede ser asaltado con más seguridad por el asaltante”.

No en vano gobiernos como los de Cuba y los Hitler y Stalin del planeta, lo primero que decretan es la prohibición para la tenencia de armas y proceden a la confiscación de las existentes. No por casualidad aconsejan la tenencia y portación de armas desde antiguo autores, entre otros, como Cicerón, Ulpiano, Hugo Grotius, Locke, Algernon Sidney, Montesquieu, Edward Coke, Blackstone, George Washington, George Mason, Adams, Patrick Henry, Thomas Jefferson y Jellinek.

De más está decir que la tenencia y portación de armas implica penas muy graves por el sólo hecho de amenazar a otra persona sin que medie defensa propia (o alardear y exhibir el arma), lo cual incluye la responsabilidad penal por el uso irresponsable de armas que pongan en riesgo a vecinos y procedimientos equivalentes y, desde luego, la prohibición a menores y delincuentes por lo que, igual que las licencias para conducir, en este caso se requieren las autorizaciones respectivas.

Cuando aparecen inmensos carteles en los que se retrata un monstruo acompañado de la leyenda “¿Permitiría usted que esta persona porte armas?” no parece percatarse de que, precisamente, ese será el que use armas contra víctimas indefensas.

El derecho a la defensa propia resulta esencial, para lo que debe comprenderse que en última instancia el problema no radica en las armas peligrosas sino en los sujetos

peligrosos. Los terroristas tampoco atienden normas ni restricciones de ninguna naturaleza, pero el problema se agrava exponencialmente cuando las víctimas están obligadas a estar desarmadas.

Por último, de acuerdo a lo anunciado, para la defensa colectiva es de interés recordar la enorme desconfianza puesta de manifiesto por los Padres Fundadores en Estados Unidos respecto a los ejércitos permanentes (por ejemplo, en el No. XXV de *Los papeles federalistas*), y sus consejos respecto a las ventajas que brindan las milicias (por ejemplo, en el No. XLVI de la obra citada).

Y respecto a las invasiones a otros países sin que medien ataques “para salvar democracias” y similares, los interesados podrán reclutar mercenarios y actuar en consecuencia (y asumir la entera responsabilidad por lo que hacen).

*

GP: Desgranamos los derechos de portación de armas en estos días, en los que el asunto ha despertado agitados debates como consecuencia de varias tragedias que conmovieron a la opinión pública.

Obviamente no todo se ha dicho al respecto, y es oportuno que en tus citas te detengas en las obras que, con datos estadísticos y concretos, ponen el énfasis en cuán indefensos quedan los ciudadanos si los únicos que portan las armas son, de hecho, sólo los que lo están dispuestos a hacerlo ilegalmente.

La virtud de revisar la realidad a fin de cerciorarse si los pasos dados generan los resultados previstos, es una de las inhabilidades que hemos criticado de los marxistas.

En este contexto, vale reivindicar el liberalismo consecuencialista defendido por Milton Friedman y por los liberales clásicos. Sin necesidad de llevar su principio rector a aplicaciones ciegas y extremas, la noción básica es que una acción debe juzgarse más por sus resultados que por otras consideraciones morales.

Por supuesto, la idea viene relacionada con uso de la fuerza, y corresponde plantear la repetida pregunta de cómo ha de distinguirse el uso de la fuerza orientado a la destrucción, de aquél que es un legítimo ejercicio de autodefensa. Es decir: si acaso la distinción entre uno y otro no es eminentemente subjetiva.

Opino que la distinción es crucial, porque no abogamos por una situación de ingenua pasividad en la que se prohíbe absolutamente *todo* uso de la fuerza.

Quien está defendiéndose no pretende destruir al otro, ni trastocar su naturaleza. Está concentrado en su propia construcción. Quien agrede, por el contrario, se lanza a un ataque físico contra el que está afuera.

El adjetivo “físico” es pertinente, porque el victimario se presenta con frecuencia como defendiéndose; así lo han hecho los agresores de la peor calaña.

Sin embargo, se trataba de una “defensa” mística, escatológica, mientras el ataque era muy físico, concreto e inmediato.

Quienes arrasan y devastan, necesitan explicar su pretendida “defensa” con alguna doctrina, con una *interpretación* de la realidad. Por el contrario, la fuerza de quien se defiende del ataque palmario, es entendible por sí sola, y por ende, es perfectamente legítima.

Ya que he hablado de una corriente dentro del pensamiento liberal, me permito expresar una frustración que a veces nos acompaña a quienes no somos economistas, ante ciertos debates entre liberales. Por momentos parecen discusiones entre trotskistas en su lejanía de la realidad concreta.

Como dos amigos que deciden cruzar el Atlántico a nado desde Buenos Aires, y en pleno Río de la Plata comienzan a discutir si van a llegar a las costas de Sudáfrica o a las de Namibia. Este “síndrome Namibia”, por llamarlo de algún modo, no ayuda a que las personas comprendan el rol primordial que el liberalismo tiene como impulsor de progreso y prosperidad.

La fuerza del liberalismo nos protege contra el totalitarismo agresor que lleva a una ruptura en la civilización de nuestra única raza: la especie humana.

Las fuerzas retrógradas desprecian la libertad y arrastran a la masa a fines unánimes (los del líder infalible) que son cumplidos como si fueran los de cada individuo.

Siempre necesitan del enemigo externo para justificar su autoperpetuación en el poder. Son las herederas de la horda y del miedo que empantanaron el progreso durante miles de siglos.

Deben ser derrotadas y, para lograrlo, el uso de la fuerza es legítimo. No se trata de inflar el Leviatán ni de salvar democracias, sino de protegernos contra quienes aspiran a destruirnos porque no pueden construirse a sí mismos.

28 El uso de la fuerza

Las relaciones interindividuales - El mercado de drogas - El conservadorismo

BL: Aparentemente, Gustavo, suscribes la noción que una política debe juzgarse más por sus resultados que por consideraciones morales, pero es que los resultados están íntimamente vinculados a lo moral.

No hay posibilidad de escisión. Si los resultados están reñidos con valores morales, son inconvenientes y viceversa. Desde la perspectiva liberal el principio moral básico es el respeto recíproco. Por eso la mejor definición del liberalismo que fabriqué hace años es *el respeto irrestricto por los proyectos de vida de otros*.

En este sentido, quiero ilustrar la idea con un punto que mencioné de modo fugaz en nuestras conversaciones cibernéticas y que ahora desarrollo. Se trata de la llamada “guerra contra las drogas” que invade el derecho de cada cual a hacer lo que le plazca con su persona, *ergo*, es una cruzada inmoral que, como era de esperar conduce a resultados calamitosos como es del público conocimiento.

Por el contrario, desde dos mil años antes de Cristo hasta 1971 en que comenzó la “guerra contra las drogas” no hubo problemas con esas sustancias para usos no medicinales, salvo la decimonónica Guerra del Opio debido precisamente a la prohibición en China.

Unos cuatro mil años es una muestra suficiente. En su momento escribí un libro sobre este tema titulado *La tragedia de la drogadicción. Una propuesta* en el que sugería liberar el mercado de drogas.

Hay aquí dos planos morales, uno se refiere a las relaciones interindividuales: no hay derecho a recurrir a la fuerza para interferir en los espacios privados de cada uno. El segundo plano es el de las decisiones que adopta una persona respecto a su vida. Este segundo plano no nos concierne en la llamada “guerra contra las drogas”, en cambio toma de lleno el primer aspecto.

La drogadependencia es una tragedia que afecta el cerebro del consumidor y entristece observar seres que decimos humanos sólo por algunos rasgos externos, desalineados al extremo de la roña, con piernas y brazos que se asemejan a palos de escoba, llenos de venas saltonas y agujereadas por todas partes, rostros desencajados, ojos inyectados en sangre sin expresión, bocas babeantes con labios púrpura reseca y rajados, pieles de un amarillo mortecino, tabiques nasales perforados y generalmente

vestidos con colores fúnebres, estampados con calaveras de diversas dimensiones. Esta es la imagen viva de la tragedia, aunque debe puntualizarse claramente que una cosa es el uso y otra el abuso, de mismo modo que no todos los que beben alcohol están en estado de *delirium tremens* (notemos de paso el correlato con la nefasta Ley Seca).

El poeta que se cree más inspirado, o el operador de Wall Street que se cree más eficiente consumiendo drogas, no necesariamente están incluidos en el cuadro que acabamos de dibujar.

La prima por el riesgo de operar en ese mercado, hace que el precio de la droga se eleve sustancialmente, generando abultados márgenes de ganancias. Ese precio elevado permite que irruman en el mercado las drogas sintéticas, de efectos mucho más devastadores que las naturales. También los altos precios permiten que aparezca la figura del “pusher” quien obtiene miles de dólares semanales, y que se ubica generalmente a la entrada de los colegios y otros lugares para atraer clientela, especialmente de gente joven.

El comercio en el mercado negro no permite la contención por parte de médicos y de los tribunales en caso de fraude en la venta, a los efectos de evitar castigos. El comercio en el mercado negro obliga a los consumidores a entrar en el circuito criminal, con todos los riesgos que de ello se deriva, lo cual, en algunas oportunidades también dificulta la utilización de drogas para fines terapéuticos. El comercio en el mercado negro tiñe las actividades legítimas a través del “lavado” de dinero, lo cual oscurece las contabilidades y los registros de los negocios.

Las documentaciones correspondientes atestiguan la monumental corrupción de autoridades policiales, de jueces, gobernantes, militares y agencias encargadas de controlar el mercado de drogas.

Debido a que se trata de una relación contractual voluntaria, en el mercado de drogas no hay víctima ni victimario, por tanto debe recurrirse a la figura del “soplón” que necesariamente deriva en lesión de libertades, a través del entremetimiento en el secreto bancario, escuchas telefónicas, invasión de domicilio y detención sin juicio previo.

En muchas ocasiones se presenta una anomalía estadística por vía de un error de inclusión en cuanto a la relación drogas-crimen. No es relevante tomar el universo de crímenes y constatar que existe una alta proporción de drogadictos. Lo relevante es tomar el universo de drogadictos y constatar que hay una proporción mínima de personas que cometen crímenes.

Más aun, en innumerables casos el nexo causal se invierte: el criminal se droga debido a que habitualmente un crimen cometido bajo los efectos de las drogas constituye un *atenuante* en lugar de un *agravante*.

En nuestra propuesta, el trato con menores sería de la misma forma en que hoy se trata el tema de la pornografía, la licencia de conducir y el alcohol. Por las mismas razones no se daría lugar a la publicidad de drogas y en los lugares públicos se castigaría a quienes ponen de manifiesto la imposibilidad de controlarse a sí mismos ya sea por haber ingerido tranquilizantes, alcohol, drogas o lo que fuera, del mismo modo que ocurre cuando un vehículo transita sin frenos o, de noche, sin luces. Nuestro análisis está dirigido a las relaciones entre adultos.

Debe subrayarse que cuando sugerimos liberar el mercado de drogas, no nos limitamos al consumo como se ha hecho en algunos lugares, legislación que parece fabricada por los comerciantes de narcóticos.

Milton Friedman, el precursor contemporáneo de la liberación de las drogas, escribe que “Las drogas son una tragedia para los adictos. Pero criminalizar su uso convierte la tragedia en un desastre para la sociedad, tanto para los que la usan como para los que no la usan.”

*

GP: Cuando hablo de juzgar las políticas por sus resultados, no me refiero a que éstos pudieren ser intrínsecamente inmorales, sino a que quienes deciden esas políticas deben hacerlo con los pies en la tierra y no limitarse a la aplicación de grandes principios a veces desconectados de la realidad. A ello aludía con el síndrome Namibia de mi anterior intervención.

Confieso que sobre temas como las limitaciones a la portación de armas y al consumo de drogas, no tengo una opinión finalmente formada, y me intereso por posturas diversas al respecto. Sobre todo, si tenemos en cuenta que casi no hay países en donde uno y otro sea completamente legal, ergo no es mucho lo que pueda deducirse de la experiencia moderna y corresponde una doble cautela al legislar.

En ese sentido, es inspiradora la complementariedad que hoy en día tienen el liberalismo y el conservadorismo. Obviamente ella no siempre existió, y en varias épocas lo liberal y lo conservador se contradecían.

Actualmente, en mi opinión, las virtudes del excelso proyecto liberal se manifiestan mejor cuando lo acompaña la actitud prudente que nos enseña el conservadorismo, con su aprecio por la continuidad histórica de la sociedad y sus valores.

Es muy creador el matrimonio entre un conservadorismo que no deje al liberalismo arriesgarse al caos, con un liberalismo que no permita a lo conservador trabar el desarrollo de un orden espontáneo.

La antípoda concreta de esa unión es el socialismo, y no solamente en lo que se refiere a cuál debería ser el volumen del Estado, sino también a la índole del mismo.

Lo ejemplificaste muy gráficamente al ironizar sobre el despropósito de tratar a un

funcionario pago por la comunidad como “Excelentísimo señor”; y ese tratamiento llega a ser intolerable con su sometimiento al “Comandante”, “Timonel”, “Querido Líder” o “Duce”.

Hayek se detiene en dichas antípodas al señalar dos caminos para interpretar la sociedad: *Kosmos* o *Taxis*. El primero es el orden natural; el segundo es el orden decretado. No hay tercer camino, sino intentos híbridos muchas veces malogrados.

Y conste que Hayek en ningún caso cuestiona las *intenciones* de los socialistas, sino su error permanente: su soberbia contra la naturaleza de las cosas. Es un error al que frecuentemente se precipitan ciertos intelectuales que se resisten a admitir que haya leyes que no sean el resultado de un plan racional.

Otro que difundió ese benéfico matrimonio de ideas fue George Gilder, quien en su libro *Riqueza y pobreza* (1981), analizó las raíces del crecimiento económico asociadas a la moralidad. Por eso, tienes mucha razón cuando señalas al calado espiritual del ser humano como un factor determinante en el éxito del proyecto liberal, al que Benedetto Croce definiría como un proceso histórico de consumación de la libertad humana.

Sobre ese proceso histórico, un pensador se adelantó al mencionado Fukuyama: Daniel Bell, muerto hace un par de años, quien en su ensayo *El fin de la ideología* (1960), supuso que tanto historia como la ideología han pasado a ser irrelevantes debido al triunfo de la democracia y el capitalismo.

En el siglo XXI la idea tiene mayor fundamento. Porque el XX, fue el siglo del socialismo. Una poesía muy pobre se revistió de melodía convincente y su sonido y logró hipnotizar a una buena parte de la humanidad. Sociedades enteras fueron construidas sobre el error, arrastradas por la violencia hacia la miseria y la opresión.

La mayoría de la gente todavía no justiprecia el engaño de aquella música vana, y no entiende las razones del fracaso del socialismo.

A veces llegan a suponer que el socialismo fracasó porque la humanidad no fue digna del noble ideal. Pero esto es poner el carro delante del caballo. Es el socialismo el que no estuvo a la altura de las exigencias morales y prácticas de la humanidad.

No era una cuestión de buenas intenciones. Incluso con las mejores intenciones, no se resolvería la cuestión de que el planificador no sabe cómo proceder.

Y en el siglo XXI el mundo despierta de la pesadilla, y al abrir los ojos descubre estupefacto que la solución marxista fue un espejismo. Todos habían sido engañados, todo el tiempo.

29 El puritanismo socialista

La homosexualidad y el aborto – El caso cubano

BL: Hay una tensión entre conservadores y liberales pero la experiencia es posterior a la idea, de lo contrario no hubiéramos pasado del garrote. Entre los debates de hoy figuran los homosexuales y el aborto.

El primero puede dividirse en tres capítulos. El primero se refiere a algo muy caro al liberalismo clásico. Se trata de rechazar con toda la vehemencia posible que el aparato estatal usurpe la facultad de casar y descasar. Es absolutamente impropio que el monopolio de la fuerza -habitualmente llamado gobierno- celebre casamientos y decida separaciones. El mismo debate sobre divorcio y no divorcio desaparecería si el gobierno se aparta de estas funciones que para nada le competen en una sociedad libre. Si las personas involucradas desean dejar constancia civil de su unión (transitoria o permanente), ya sea por motivos patrimoniales, uso de apellidos, por los hijos o por lo que estimen pertinente las partes, concurrirán ante notario y dejarán registrado lo que les parezca y a los efectos de lo que consideren oportuno sin que los agentes burocráticos tengan nada que ver en el asunto, como no sea que, por vía de la justicia, velen por el cumplimiento de lo acordado.

El segundo capítulo, alude a una cuestión terminológica. Seguramente, el antes mencionado acuerdo no se registrará como un contrato de uso de corredor aéreo, de locación o de compra-venta. Según el diccionario de la Real Academia un matrimonio es una unión de por vida entre un hombre y una mujer, por tanto, no corresponde esa denominación para establecer uniones entre personas de un mismo sexo. Al perro no se le dice gato, de lo contrario resultará muy difícil la comunicación.

Por otra parte, etimológicamente, la expresión matrimonio proviene de *mater*, esto es, de la función de madre, la de parir, lo cual no puede ocurrir en las uniones homosexuales (y esto sigue en pie, no como el caso de “patrimonio” que carece de sentido que el macho -*pater*- se arrogue la exclusividad en el manejo de los bienes). Salvando las distancias, si una persona decide ponerse de novio con una cabra, esto debe ser respetado -en el sentido de no obstaculizado legalmente- pero, por las razones apuntadas, no puede tomarse como un matrimonio. También en el mismo sentido debe ser respetada, por ejemplo, la unión entre dos mujeres y catorce hombres.

Por último, el tema tan espinoso de la adopción. Hay aquí otra trampa referida a la politización de los procesos de selección de los destinatarios. Ya de por sí suficiente

trauma es el ser entregado en adopción. Por tanto, al efecto de dar con el mejor hogar y las posibilidades del cuidado más esmerado, las entidades privadas de bien público han de ser las encargadas de aquellas tareas tan delicadas y no al aparato gubernamental a través de jueces que se arrojan el monopolio de la bondad y el buen criterio. Si quienes quieren dar en adopción deciden confiar la selección a terceros, ésta es la vía que mayores garantías ofrece de llegar a buen puerto para bien de la criatura.

En cualquier caso, si hay personas que entregan voluntariamente en adopción y otras que reciben, no sería admisible que se interponga la fuerza para impedirlo. De hecho, muchos son los justificados lamentos debidos a innumerables situaciones por las que atraviesan niños y adultos, pero eso no justifica que el aparato estatal arrebatte el derecho de las partes si no ha habido lesión al derecho. Y no se diga que afecta derechos la conjetura sobre la infelicidad del niño porque si mezclamos el derecho con la felicidad entramos en un terreno sumamente pastoso que abarca a casi toda la humanidad.

Respecto al segundo tema, antiguamente no se establecía nexo causal entre el acto sexual y la reproducción, pero hoy en día la microbiología muestra que desde el instante de la fecundación hay un ser humano en acto (en potencia de muchas cosas igual que todos los mortales). En el momento en que uno de los millones de espermatozoides fecunda un óvulo da lugar al cigoto, una célula única, distinta del padre y de la madre, que contiene la totalidad de la información genética (ADN o ácido desoxirribonucleico).

De Mendel a la fecha la genética ha avanzado mucho. Louis F. Lejeune, el célebre profesor de genética en La Sorbonne, dice que “Aceptar el hecho de que con la fecundación comienza la vida de un nuevo ser humano no es ya materia opinable. La condición humana de un nuevo ser desde su concepción hasta el final de sus días no es una afirmación metafísica; es una sencilla evidencia experimental”.

Se ha sostenido que la mujer es dueña de su cuerpo, lo cual es cierto pero esto no significa que sea dueña del cuerpo de otro. Se ha dicho que en caso de violación estaría justificado el aborto, sin embargo aquella acción repugnante y cobarde no justifica que se cometa otro crimen aniquilando una persona inocente.

Se ha pretendido justificar el aborto manteniendo que el feto “no es viable” por sus propios medios, pero esto también es cierto respecto del bebe, del anciano o del inválido, de lo cual no se desprende que se los pueda exterminar. Un razonamiento similar puede aplicarse a los casos de supuestas malformaciones, pero éste modo de ver las cosas conduciría a que se puedan matar ciegos, sordos y deficientes mentales. Incluso se ha dicho que la despenalización del aborto permitiría que, en algunos casos, éstos se lleven a cabo de modo higiénico sin caer en manos de curanderas que operan

en las sombras, como si el problema radicara en la metodología del crimen.

El caso extremo se plantea cuando el obstetra llega a la conclusión que la situación requiere una intervención quirúrgica de tales características que se debe elegir entre la vida de la madre o la del hijo, de lo contrario ambos morirán. Frente a esta situación gravísima -nada frecuente en la medicina moderna- el cirujano actúa para salvar a uno de los dos. Es decir, salva a uno de los dos y como una consecuencia no querida muere el otro, lo cual es sustancialmente distinto a matar una persona.

*

GP: Corroboro la proximidad del liberalismo y el conservadorismo en el hecho estimulante de que nuestro diálogo nos revela presentando alternadamente una y otra postura.

En tus últimas y siempre fundadas reflexiones, aun cuando puedo coincidir con su espíritu, me parece que la cuestión terminológica es menos relevante.

Las definiciones de la Real Academia Española pueden variar con el tiempo en base del significado que la gente va imprimiendo a las palabras. Como cité del Génesis: “Lo que el hombre nominó, ése fue el nombre”. No hace falta atascarse en definiciones lexicográficas para juzgar la propiedad de un derecho.

Tienes mucha razón en la importancia de definir el comienzo de la vida humana, aunque opino que el aborto, indeseable y cuestionado como es, no es moralmente equiparable al asesinato.

Ni siquiera lo es en la Biblia, fuente primigenia del Derecho en Occidente. En Éxodo 21:22 se establece la pena de muerte para quien “golpee a una mujer embarazada” en el caso de que ella muriera, pero si el efecto de dicho golpe es un aborto, el culpable debe ser multado. El crimen es de naturaleza distinta.

En cuanto a la cuestión de la homosexualidad, es oportuno citar la experiencia socialista.

Dos años después de asumir el gobierno, Fidel Castro hizo cerrar la publicación *Lunes de Revolución*, que lo había apoyado, porque el “verdadero revolucionario” debía ser heterosexual. Los escritores en cuestión fueron públicamente condenados y echados de sus trabajos.

Con la revolución comunista comenzó la emigración de homosexuales, y Reinaldo Arenas apunta que fue entonces cuando aparecieron las fuertes leyes discriminatorias, por lo que no cabe achacarlas retrospectivamente al “proverbial machismo cubano” sino al autoritarismo socialista.

Castro los insultaba públicamente; detrás de su lema “en el campo, no hay homosexuales” arremetía contra esta forma de “decadencia burguesa” y “los maricones,

agentes del imperialismo”.

En 1965 se establecieron las *Unidades Militares de Ayuda a la Producción* que recluyeron a cientos de homosexuales. Castro declaraba que “nunca los aceptaremos”; los detenían en redadas y se los trasladaba a campos de trabajo. Se obligaba a los chicos de gestos afeminados a someterse a la humillante terapia de aversión.

Casi medio siglo después, en 2010, el Comandante se arrepintió públicamente del sufrimiento que había infligido a decenas de miles. En una entrevista en el diario mexicano *La Jornada*, reconoció la “gran injusticia”, y si bien aducía asumir la responsabilidad de la misma, la atribuyó desvergonzadamente a que “él estaba ocupado con problemas de vida o muerte... la crisis de octubre, la guerra y la política”.

Tal confesión revela de modo cristalino que lo que se hace o deja de hacer en Cuba depende de que el todopoderoso jefe tenga tiempo para dedicarse a ello. Socialismo puro.

Se ve que en 1971 Castro todavía estaba muy ocupado, porque el Congreso Educacional Cubano declaró a la homosexualidad incompatible con la revolución; se los expulsó del partido y de la universidad.

Hasta 1979 había una ley que permitía encarcelarlos, y un año después, durante el escándalo del buque *Mariel*, cientos fueron despachados a Miami calificados de “escoria social”. El Comandante seguía absorto en menesteres más importantes.

Aunque en 1994 se estableció una asociación de homosexuales, tres años después fue clausurada y sus miembros arrestados. Hasta 1997 el Código Penal cubano los culpaba de “crimen contra el desarrollo normal de las relaciones sexuales” y su artículo 359 penaba con prisión no sólo a quien “ofendiera el pudor o las buenas costumbres” sino también a quien hiciera pública su condición de homosexual.

Por decreto, la isla caribeña se mimetizaba a la política soviética siempre hostil a los homosexuales, presentados como un producto de la perversión capitalista.

Es importante recordar todo esto, porque los izquierdistas de Occidente nunca entendieron lo que realmente ocurría bajo los regímenes socialistas.

Un caso típico de ceguera fue la *Nueva Izquierda*, que atrajo a miles de estudiantes y jóvenes, europeos y norteamericanos, desde la rebelión en Berkeley de 1964 hasta después del mayo francés de 1968 que llevó a la caída de de Gaulle.

Su proverbial incoherencia mezclaba el maoísmo con el anarquismo, el *hippieísmo* con un obsesivo antisionismo, y una incomprensible simpatía por los regímenes comunistas.

Creían que ese apego era recíproco, pero Castro era la antítesis de aquel individualismo anárquico, de la libertad sexual y el desercionismo.

En mis recuerdos de la escuela secundaria, tengo presentes a los jóvenes marxistas

reclamando que se les permitiera portar largas cabelleras, sin reparar en que el régimen que defendían fanáticamente prohibía a los estudiantes el pelo largo o la barba (Fidel no era estudiante).

También salteaban el puritanismo sexual de los países comunistas y sus agobiantes exigencias en disciplina social. En los últimos resabios de esos países, aún está prohibido tomarse de las manos.

Fue risible la visita de solidaridad a Cuba, que hiciera Alan Ginsberg en 1965. Incomodó a los castristas neoyorquinos que el líder revolucionario fuera expeditamente expulsado por piropar al Che Guevara.

Ginsberg y todos ellos también se oponían con uñas y dientes al Shah de Irán, y habrían sido decapitados por el régimen que vino después, al cual la izquierda sigue apoyando aún hoy. No se quitan las anteojeras, y parece que Castro sigue muy ocupado. Y bueno, ya se disculparán sus sucesores dentro de algunos años.

30 El posmodernismo

La tradición conservadora - El relativismo - Modelo kafkiano de burocracia

BL: Respecto a la tensión entre liberales y conservadores, Gustavo, subrayo que estoy definitivamente del lado de Hayek cuando explica en *Los fundamentos de la libertad* sus razones para no ser conservador en el post-scriptum que titula “Por qué no soy conservador”. Además, como apunté en otro de mis turnos, los conservadores argentinos en la década del treinta fueron los que comenzaron con el estatismo después de la Constitución de 1853 y luego de las insinuaciones yrigoyenistas y. en todos lados, en el mejor de los casos, pretenden mantener el *statu-quo*.

El origen de la tradición conservadora surge después de la revolución inglesa de 1688 en la que pretendían conservar sus privilegios. El conservador tiende a mostrar reverencia por la autoridad, es aprensivo respecto a lo nuevo, tiende a ser nacionalista-“proteccionista”, se inclina por imponer valores personales y simpatiza con la alianza del poder con las iglesias.

Respecto del “aborto” es en verdad homicidio en el seno materno si lo dicho es correcto (ya que abortar es interrumpir algo *que no fue...* por ejemplo, se aborta una revolución) y es muy cierto que los sátrapas imponen lo que se puede hacer en la esfera privada, de allí el inaceptable ataque a los homosexuales.

También es evidente que las palabras mutan sus significados con el tiempo, lo cual no da lugar a que en cada instancia del proceso evolutivo pueda otorgarse cualquier significado a cualquier palabra puesto que nos deja incomunicados, tal como explica con innumerables ejemplos John Ellis en *Against Deconstruction*.

Uno de los múltiples canales por los que se filtran los socialismos es el posmodernismo, aunque no es un término unívoco puesto que su misma naturaleza implica la noción del no-significado de las cosas. Como es sabido la modernidad es heredera de una larga tradición donde comienza el proceso del *logos*, es decir, el inquirir sobre el porqué de las cosas y no resignarse a aceptarlas sin cuestionamiento. Pero el modernismo propiamente dicho es renacentista al rescatar los musulmanes obras como las de Aristóteles, y anota una sus defunciones contemporáneas más espectaculares durante la contrarrevolución francesa a manos de los jacobinos, el terror

y el iluminismo, mientras fue antes y después fortalecida en Inglaterra.

Por su parte, el posmodernismo irrumpe a partir de la sublevación estudiantil de mayo del 68 en París y encuentra sus fundamentos en autores como Nietzsche y Heidegger (aunque la primera vez que se recurrió al término “posmodernismo” fue en 1930 por Frederic de Onis en *The Culture of Posmodernism*) para luego ser posiblemente los más representativos de esta corriente general, Richard Rorty, Jacques Derrida y Ferdinand de Saussure, cada uno con sus variantes del pragmatismo, el deconstructivismo y el posestructuralismo respectivamente.

Los posmodernistas acusan a sus oponentes de “logocentristas”; son relativistas epistemológicos (que incluyen los matices del relativismo cultural y ético) y relativistas hermenéuticos ya que mantienen que todo significado es dialéctico.

El rechazo a la razón y el relativismo termina por otorgar predominio a la fuerza (*might is right*) como criterio para dirimir conflictos, con lo que los posmodernos avalan sistemas de raigambre autoritaria de muy diversas procedencias.

Entonces, a la lista de ecologistas, socialistas de mercado, nacionalistas, social-cristianos hay que agregar el posmodernismo a las vertientes socialistas no marxistas.

Entre los social-cristianos se destaca en primer plano Jacques Maritain que ha tenido una influencia enorme en esa tradición de pensamiento, principal aunque no exclusivamente debido a sus libros *True Humanism* y *El hombre y el Estado*. En el primero, después de condenar al “liberalismo individualista” escribe que su libro “pertenece a un orden económico liberado del capitalismo” y concluye que “En verdad, sin necesidad de caer en el marxismo mesiánico, un cristiano puede reconocer que hay una profunda visión en la idea de que el proletariado, por el sólo hecho de formar parte del régimen capitalista sufre y no gana en la explotación de la capacidad del hombre como una forma de mercancía”.

En el segundo libro consigna que “El socialismo en el siglo diecinueve fue una protesta movida por la conciencia humana y de sus más generosos instintos contra males que claman del cielo. Fue una tarea noble someter a juicio a la civilización capitalista y para debilitar los poderes que no tienen perdón, el sentido de la justicia y la dignidad del trabajo”.

Prácticamente no hay nadie que no le cante loas a la libertad; el asunto es que no todos quieren decir lo mismo. Como hemos dicho antes, la libertad en el contexto de las relaciones sociales significa ausencia de coacción por parte de otros hombres y no la facultad de echar mano al fruto del trabajo ajeno bajo los más variados disfraces y pretextos. Marie-Jeanne Roland, en 1793, en su camino al patíbulo en la Place de la Concorde, exclamó “¡Oh libertad, cuantos crímenes se cometen en tu nombre!”.

Incluso no pocos de los que se proclaman liberales, en verdad no creen en la libertad,

tal como señala en *The Bitter Medicine of Freedom* Anthony de Jasay (posiblemente el autor más prolífico y creativo de nuestra época): “Adoramos la retórica de la libertad y la aplaudimos más allá de la sobriedad y el buen gusto, pero está abierto a serias dudas si suscribimos el contenido sustancial de la libertad”.

Se aceptan aparatos estatales que se inmiscuyen en todos los recovecos de la vida de la gente y, consecuentemente, no sólo los gobiernos se abstienen de proteger sus vidas, libertades y propiedades sino que las conculcan. Al mejor estilo de Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*, son bomberos que incendian.

*

GP: La crítica de Hayek al conservadorismo, en el sentido de que no consigue ofrecer una alternativa a la dirección en la que la sociedad avanza, se soluciona por medio de su complementariedad con el liberalismo, que vuelvo a reivindicar.

Lo que no tiene solución es una de las principales banderas que ha levantado el pensamiento posmoderno: la del relativismo.

Según ella las categorías totalizadoras que nacieron de la Ilustración han fracasado, por lo que se equiparan a los mitos de las sociedades premodernas. Si esto fuera así, cualquier debate subsiguiente es superfluo.

Después de todo, si se dejara a cada uno con su (falsa) verdad, entonces la verdad de esa afirmación sería dudosa. Y con ella el fundamento de todo el edificio de la verdad en su conjunto.

Ese fenómeno, que antes he llamado “pluralismo”, genera la crisis de sentido que padecen las sociedades actuales. Al no existir valores a los que recurrir, la sociedad se desintegra en relativismos de diversa índole, y permite que lo que prevalezca sea la barbarie. Así es la propuesta de Richard Rorty de que los derechos humanos son “un consuelo metafísico al que debemos renunciar”.

Nuestra respuesta es que todas las deficiencias de la modernidad han sido siempre puestas de manifiesto por la modernidad misma, que es eminentemente autocrítica.

Y otra vez, la Biblia es el primer documento de esa virtud. Destaca entre los textos clásicos en que abarca toda la realidad, también la más desagradable. La autoglorificación, tan común en las literaturas nacionales de la antigüedad, está ausente en ella; los cronistas bíblicos tratan a su propia nación con mayor severidad que a cualquiera de las otras.

La corriente posmoderna más activa tuvo una partera en la gran frustración que sintieron los intelectuales de los cafés parisinos que, después de haberlo cuestionado todo, sintieron que en mayo de 1968 se producía la anunciada revolución. Cuando ésta los decepcionó, refugiaron su atención en juegos de palabras y en la esencia del lenguaje.

En general, muchas reacciones contra la filosofía durante el siglo XX se focalizaron en un desafío al lenguaje; sostienen que los conceptos en los que nos expresamos no alcanzan para reflejar la realidad, o la reflejan mal. Y otra vez: esa mismísima aseveración no podría, por definición, reflejar fielmente ninguna verdad.

Ser modernos, y ser liberales, es encontrarnos en medio de una aventura que exige autocrítica, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo, y que al mismo tiempo supone riesgos radicales. Uno de ellos es la burocracia que nos engulle.

El hombre moderno atrapado por la burocracia estatal que lo fagocita, fue genialmente expresado por Franz Kafka. La conocida imagen weberiana de la “jaula de hierro” pasó a ser, en el célebre aforismo de Kafka: “Una jaula salió en busca de un pájaro”. Los varios niveles de interpretación de este apotegma incluyen el que ve a la jaula de la burocracia como un férreo caparazón que impide la libertad individual.

Al respecto, Milan Kundera recuerda que en la Praga comunista habían asumido espontáneamente los motivos kafkianos: llamaban “el castillo” a la secretaría del Partido Comunista, y “Klamm” al número dos de sus burócratas.

Es notable que en el manuscrito original de *El proceso*, Kafka hubiera escrito “asamblea socialista” y luego decidió reemplazarlo por “asamblea política de distrito”.

Uno de sus temas recurrentes es el poder anónimo, sin rostro. Cuando el emperador desaparece, la estructura de poder y de obediencia se mantiene a través de la burocracia, un laberinto que se levanta sobre nuestras vidas y conculca todo intento de cambio y reforma. El nombre de “Kakania” con el que Robert Musil popularizó el burocrático imperio, puede deslizarse fluidamente a “Kafkania”, y por ello lo elegí como título para mi libro sobre Kafka.

En él hago un rastreo de cuatro novelas del siglo XIX que pueden considerarse las precursoras del estilo de Franz Kafka. La primera de ellas es de Heinrich von Kleist: *Michael Kohlhaas* (1811), la de la justicia inalcanzable. Es la novela de la lucha contra la autoridad, que se va perfilando gradualmente como intrínsecamente arbitraria. Otro interesante dato biográfico relevante, es que una de las dos únicas apariciones públicas de Kafka fue la lectura en voz alta de algunos párrafos de la novela de Kleist; en sus palabras “no podía siquiera pensar en ella sin ser movido a lágrimas y entusiasmo”. Se basa en la historia real de un mercader que en 1532 viajó desde Berlín a Leipzig, y en el trayecto fue despojado de dos caballos como peaje para atravesar Sajonia. A partir de la pequeña arbitrariedad, comenzó su calvario por tratar de mostrar la injusticia de las cortes sajonas. Su lucha concluyó con una serie de actos de vandalismo por parte del despojado mercader, quien terminó ejecutado públicamente, el 22 de marzo de 1540, en los tormentos de la rueda.

Kleist noveló la historia mostrando a un protagonista que apela a medios criminales cuando se le han cerrado todos los caminos legales para recuperar lo propio. Termina siendo decapitado, y deja su mensaje: aunque la justicia nunca llegue, la lucha por ella es irrenunciable.

31El derecho de propiedad

Empresarios prebendarios - Los bienes inexplorados - La democracia totalitaria

BL: Tal vez un aspecto medular de la crítica al conservador es la que formula Hayek en la obra citada cuando escribe que, en la arena política, esta tradición “es partidaria de la tercera vía sin tener metas propias, lo cual los lleva a pensar que la verdad debe estar en algún lugar entre los extremos y, como resultado, han variado su postura según haya sido la fortaleza de los movimientos que ese ubican en las respectivas alas”.

Como dijimos antes, la autopsia del socialismo muchas veces queda opacada por la inaudita posición que adoptan no pocos empresarios exitosos. Por ejemplo está el sonado caso de George Soros. En la revista *The Atlantic Monthly*, el mencionado personaje publicó un artículo titulado *The Capitalist Threat* en el que sostiene que en ese sistema “hay demasiada competencia” y una injustificada creencia “en la magia del mercado” con lo que demuestra su total ignorancia sobre el significado del capitalismo.

Como escribí recientemente, hace poco un grupo de cuarenta millonarios estadounidenses (billonarios tiene más sentido dada la depreciación del dólar) firmaron una declaración pidiendo que el gobierno les incrementen los impuestos, petitorio que se denominó *Patriotic Millionaires for Fiscal Strength*, un título patético de un grupo mezcla de ignorantes y prebendarios que sacan partida de privilegios inauditos a los que nadie prohíbe entregar sus fortunas al fisco sin tanta alharaca. El título del libro reciente de Charles Gasparino lo dice: *Bought and Paid For. The Unholy Alliance Between Barack Obama and Wall Street*.

Algunos de estos empresarios hipócritas y descarriados argumentan que debe gravarse con más peso la tenencia de la tierra. En las truculentas lides fiscales, desafortunadamente lo más común es la idea de lo que se ha dado en llamar “el impuesto a la renta potencial”.

El concepto básico en esta materia es que el gobierno debería establecer mínimos de explotación de la tierra ya que se estima que no es permisible que hayan propiedades ociosas o de bajo rendimiento en un mundo donde existen tantas personas con hambre. El gravamen en cuestión apunta a que los rezagados deban hacerse cargo de un tributo penalizador, el cual no tendría efecto si las producciones superan la antedicha marca.

En verdad este pensamiento constituye una buena receta para aumentar el hambre y no para mitigarlo. Si pudiéramos contar con una fotografía en detalle de todo el planeta, observaríamos que hay muchos bienes inexplorados: recursos marítimos, forestales, mineros, agrícola-ganaderos y de muchos otros órdenes conocidos y desconocidos. La razón por la que no se explota todo simultáneamente es debido a que los recursos son escasos. Ahora bien, la decisión clave respecto a que debe explotarse y que debe dejarse de lado puede llevarse a cabo sólo de dos modos distintos. El primero es a través de imposiciones de los aparatos estatales politizando el proceso económico, mientras que el segundo se realiza vía los precios de mercado. En este último caso el cuadro de resultados va indicando los respectivos éxitos y fracasos en la producción.

Quien explota aquello que al momento resulta antieconómico es castigado con quebrantos, del mismo modo que quien deja inexplorado aquello que requiere explotación. Sólo salen airoso aquellos que asignan factores productivos a las áreas que se demandan con mayor urgencia.

Esta conclusión es del todo aplicable a la tan cacareada “reforma agraria” en cuanto a las disposiciones gubernamentales que expropián y entregan parcelas de campo a espaldas de los cambios de manos a que conducen arreglos contractuales entre las partes en concordancia con los reclamos de la respectiva demanda de bienes finales.

En este tema de los impuestos a la tierra hay una tradición de pensamiento que surge de los escritos de Henry George por lo que se considera que los impuestos a la tierra se justifican debido a que ese factor de producción se torna más escaso con el mero transcurso del tiempo (sólo puede ampliarse en grado infinitesimal) mientras que el aumento de la población y las estructuras de capital elevan su precio sin que el dueño de la tierra tenga el mérito de tal situación. Por ende, se continúa diciendo, hay una “renta no ganada” que debe ser apropiada por el gobierno para atender sus funciones.

Este razonamiento no toma en cuenta que todos los ingresos de todas las personas se deben a la capitalización que generan otros y no por ello se considera que el ingreso correspondiente no le pertenece al titular.

En alguna oportunidad se ha legislado “para defenderse de la extranjerización de la tierra” en una manifestación troglodita de xenofobia, como si los procesos abiertos y competitivos en la asignación de los siempre escasos factores productivos fueran diferentes según el lugar donde haya nacido el titular. Esta visión de superlativa ceguera y de cultura alambrada es incapaz de percatarse que las fronteras y las jurisdicciones territoriales son al sólo efecto de evitar la concentración de poder en manos de un gobierno universal, y no porque “los buenos” serían los locales y “los malos” los extranjeros.

Todos estos desbarranques se hacen debido al apoyo del aparato estatal. A pesar de que son muchos los que consideran a Maquiavelo un perverso, en realidad describió en

qué consiste el poder, tal como lo destacaron autores como James Burnham, George Sabine o Maurizio Vitroli en sus archiconocidos trabajos sobre la materia.

Las consideraciones maquiavélicas pueden resumirse en el pasaje donde concluye que el gobernante “debe parecer clemente, fiel, humano, religioso e íntegro; mas ha de ser muy dueño de sí para que pueda y sepa ser todo lo contrario [...], los medios que emplee para conseguirlo siempre parecerán honrados y laudables, porque el vulgo juzga siempre por las apariencias”.

*

GP: Es que el derecho de propiedad es tan esencial, que lastimarlo significa iniciar un ciclo destructivo que va extendiéndose. Primero se deteriora la habilidad y el incentivo para comprar y vender. Cuando no hay compra y venta, no hay oferta y demanda de los recursos o servicios. Sin ellas, no hay intercambios consumados ni precios de mercado. Y así llegamos al punto crucial: sin precios que expresen el valor relativo de esos recursos, no existe forma racional de calcular. Entonces nadie puede saber cómo utilizarlos para satisfacer las necesidades y deseos del consumidor. Comienza el despilfarro y la arbitrariedad, y con ellos el empobrecimiento y el atraso. Atentar contra la propiedad privada es el comienzo del descabro.

A partir de ese momento, si hay avances, sólo pueden serlo en lapsos breves y excepcionales.

Debería haberse asentado el temor de que se genere ese círculo destructivo. En lugar de él, debido a la seductora astucia de los argumentos socialistas, el temor que se difundido más es al poder económico.

En realidad, este poder, si está en manos de particulares, no es exclusivo ni completo; nunca es poder sobre la vida entera de una persona.

Por el contrario, si está centralizado como un instrumento de poder político, entonces sí crea un temible estado de dependencia que no se distingue en mucho de la esclavitud.

El resto de las consecuencias devastadoras son casi efectos colaterales, como la mentada corrupción y el culto a la personalidad. No nos damos cuenta de que éstos no constituyen abusos, sino corolarios del sistema.

Bajo el totalitarismo, en algún momento habrá necesidad de actos intrínsecamente malos, ante los cuales mucha gente se resistirá. Por ello, la predisposición a realizar actos inmorales va convirtiéndose en un camino para el ascenso y el poder. En un sistema totalitario, son numerosos los puestos en los que se requiere practicar la crueldad y el engaño.

Junto a ello, la muerte de la crítica deriva en la muerte de la verdad. Prohibida de hecho toda crítica social, la gente no se anima nunca a admitir (ni a ver) sus propios errores. Siempre *el otro* tiene la culpa. Y el jefe decide quién es *el otro*, al que acusa

de causante de las insatisfacciones por él generada.

Sobre estas variantes, se ha escrito mucho en sociología y en economía. Menos se las ha tratado desde el punto de vista psicológico. Acaso un aporte excepcional haya sido el libro que has citado de Erich Fromm: *El miedo a la libertad* (1941).

Durante la transición del feudalismo al capitalismo, el hombre se alienó del suelo y la comunidad, y aumentaron su miedo e inseguridad. La nueva vida, la riesgosa vida de la libertad, comenzó a perfilarse históricamente durante el Renacimiento, y el hombre fue cada vez gobernándose más a sí mismo.

Luego, la Revolución Industrial hizo que, en lugar de trillar cereales, el hombre debiera vender su trabajo y productos. La conclusión frommiana es que la libertad no sólo es difícil de lograrse, sino que cuando se adquiere procuramos huir de ella. Una de esas vías es el autoritarismo.

Frecuentemente nos visita la pregunta de si no es obvio el fracaso estrepitoso del socialismo. Después de la URSS y China, Cuba y Vietnam, Gadafi y Chávez, ¿pueden no darse cuenta?

La respuesta es que *no se darán cuenta nunca*, porque sus convicciones socialistas no se nutren del raciocinio, sino del *deseo*.

Pese a su apariencia falaz, el socialismo no es natural en nuestra civilización. Al respecto, debemos reemplazar el repetido principio de la “justicia social”, que esconde un ánimo de arbitrariedad distributiva, por el de solidaridad humana, que es el terreno de las personas buenas y libres.

Cabe hacer una disquisición adicional. Hemos mencionado los tres grandes modelos de totalitarismo del siglo XX, pero no el elemento totalitario que puede encontrarse también en la tradición liberal.

Su fuente ha sido explicada por Hayek en el primer capítulo de *Individualismo y orden económico* (1949), en el que marca el contraste entre dos escuelas denominadas individualistas.

Una es de tradición inglesa, representada por Adam Smith, que ve al hombre como siempre falible, y cuyos errores individuales son corregidos en el curso de un proceso social.

La segunda es de tradición francesa, personificada en Descartes, en la que aparece la concepción de una Razón con R mayúscula. Según ésta, el raciocinio que puede alcanzarse es uno solo, por lo que se deduce que la verdad política es una, y uno es el camino correcto, incluso en sus detalles.

El contraste entre las dos escuelas se desgrana asimismo en *Los orígenes de la democracia totalitaria* (1955) de Jacob Talmón, que también rastrea hasta Francia el espejismo de que la política pudiera ser concebida como una ciencia exacta.

Talmón mostró que las raíces del fascismo y del comunismo están en la propia Revolución Francesa, que se asumió con arrogancia como la cristalización de la racionalidad.

Las mejores ideas de la democracia distan mucho de la de Robespierre y su Comité de Seguridad Pública, que proclamó el “Reino del Terror” como política gubernamental contra sus propios ciudadanos. Esa “verdad democrática” bregaba por imponerse violentamente.

Para definir la escuela de la democracia totalitaria, Talmón acuñó el concepto de “mesianismo político”.

El pensamiento liberal más sublime supone, por el contrario, que la política es una cuestión de ensayo y error, y de aprendizaje de la experiencia. Ve, en los regímenes políticos, ajustes pragmáticos para un momento determinado.

Elige la mejor alternativa de entre muchas, siempre repensándola y controlando cada alteración y vaivén, para que los resultados no se aparten demasiado de lo previsible.

El motor del progreso social no es un aquelarre de burócratas, sino las posibilidades del hombre de perfeccionar lo que tiene a su alrededor criticándolo, y generando naturalmente los anticuerpos necesarios para atenuar sus vicios, sus abusos, los interminables defectos humanos.

32 El Mal del Siglo

La sociedad abierta - Socialismos en lo político - El fantasma del comunismo

BL: Preciso y contundente tu resumen en cuanto a que “atentar contra la propiedad es el comienzo del descalabro” y que “el resto son corolarios”, puesto que estas definiciones marcan la esencia del socialismo que, como nos han mostrado una y otra vez distinguidos miembros de la Escuela Austríaca, hacen de que ese sistema resulte inviable puesto que sencillamente se derrumba la posibilidad de contar con información para operar.

Pero también tienes toda la razón al decir que eso les resulta irrelevante a los totalitarios puesto que lo que buscan no es el bienestar de la gente sino su propio poder ilimitado. Esto último a veces disfrazado de “justicia social”, que en el mejor de los casos resulta un grosero pleonismo puesto que la justicia no es vegetal, mineral o animal y, en el peor, constituye la antítesis de la justicia puesto que no es “dar a cada uno lo suyo” sino que consiste en sacarles a unos lo que les pertenece para entregarlo a quienes no les pertenece.

Hemos llegado a la extensión programada para nuestro intercambio, estimado Gustavo. Por tanto, cierro aquí mi participación y te dejo con la última palabra puesto que yo tuve la primera. Una experiencia interdisciplinaria algo telegráfica pero muy gratificante. Ha sido un enorme gusto esta comunicación electrónica entre pares respetuosos del pensamiento del otro, claro está, especialmente en la disidencia, aún concordando los dos en los valores básicos de la sociedad abierta.

En cambio, resulta un espectáculo bochornoso cuando en un debate se recurre a artilugios como la falacia *ad hominem*. Hay un caso que es tragicómico y es cuando se señala al peronismo como un signo de autoritarismo en todos los niveles: dado que el contertulio no tiene argumentos para refutar, enrostra con la fantasiosa expresión de “gorila” como coartada para tapar su vacío superlativo.

Esto me recuerda el cuento de Borges en *El arte de injuriar*, en el que una de las personas que debatía le arrojó un vaso de vino a la contraparte a lo que éste le respondió “eso fue una digresión, espero su argumento”... a lo cual podemos agregar al pasar que Borges ha dicho que “Pienso en Perón con horror, como pienso en Rosas con

horror” (en *El diccionario de Borges*, compilado por Carlos R. Stortini).

También en el contexto del peronismo -y, para el caso, de todos los regímenes autoritarios- por el momento vale la frase de Aldous Huxley en cuanto a que “la gran lección de la historia es que no se ha aprendido la lección de la historia”.

Es de esperar que se corrija este pensamiento debido a todos los esfuerzos tan fértiles y meritorios que se vienen realizando en muy diversos países a favor de los principios liberales, con lo que la autopsia de los socialismos no será sólo en el plano técnico-académico sino también en el político.

*

GP: Todo un lujo dialogar contigo, amigo Alberto, y aprender de tus vastos conocimientos y sabiduría.

Nos ha convocado la concreción de la autopsia de una colosal confusión que, muerta intelectualmente, da manotazos políticos. Y siempre será necesario proceder a análisis como el nuestro, porque el fracaso signó a un siglo entero.

En 1795, el plan de “paz perpetua” de Kant auguraba que el siglo XIX clausuraría la prehistoria bélica de la humanidad. A esa esperanza, alimentada por el fin de las guerras napoleónicas, la siguió una gran desilusión.

Hubo una conciencia colectiva de desánimo, un tipo de neurosis grupal que dio en llamarse “el mal del siglo”. Los grandes sueños chocaban contra limitadas realizaciones. Medio siglo después, Max Nordau noveló la fastuosa vanidad de su sociedad, y la tituló con el mismo epíteto: *El Mal del Siglo* (1888).

Este malestar embarga en buena medida al mundo actual. Después de que el siglo XX fuera testigo del auge y derrumbe de los dos grandes totalitarismos, muchos sentimos que comenzaba para el siglo XXI la demorada era de la paz y del progreso, acaso inspirados por “el fin de la historia” de Fukuyama. Parecía que la historia llegaba a su clímax, como el que Hegel proclamó en 1806 con la derrota de los ejércitos prusianos en Jena.

En términos de paz, el siglo XXI comenzó mal, generando en los devotos del progreso humano la misma vieja frustración, la sensación de que las fuerzas retrógradas que acechan pueden retrotraernos a un primitivismo que terminará por diluir los logros sociales a los que alcanzó Occidente. Logros por los que bien podemos agradecer a la creatividad y el tesón promovidos por el liberalismo.

La escasez o la vacilación de las fuerzas vitales para defender esos logros, redunda otra vez en un pesimismo colectivo parecido al de hace dos siglos.

A la sazón, el Manifiesto Comunista de Marx y Engels comenzaba con “Un fantasma que está aterrando a Europa”. Algunos ven en la metáfora un giro acorde con las

tendencias literarias del momento. Me parece que es mejor explicar aquel famoso introito como una verdad profunda.

Lo es: el comunismo que acechaba era un fantasma, y nunca dejó de serlo. Nunca tuvo vida real. Pudo asustar y generar entusiasmo o histeria, pero nunca consiguió penetrar en la realidad.

Disipado el fantasma, llegamos a una realidad forjada por la modernidad y nutrida por el liberalismo. Su resultado es un hombre tan nuevo, que su triunfo evoca al del Homo Sapiens hace 35000 años o al de Sumeria hace 6000.

La democracia liberal, con sus partidos políticos, su derecho de propiedad, y su libertad de opinión y de asociación, crea las condiciones para un sistema perfeccionable desde el sistema en sí, uno “dúctil” que jamás podría hallarse en una estructura cerrada. Me parece que hay razones para el optimismo.

Cabe justificarlo con un mensaje de hace más de dos mil seiscientos años. El profeta Jeremías vivió una época de desolación, encarcelado y en una ciudad sitiada por enemigos. El capítulo 32 de su libro expresa su esperanza en un futuro mejor, y lo hace por medio de un acto inusual: Jeremías adquiere un terreno.

Así, con su ejemplo individual transmite su fe en un destino general de prosperidad, y lo más importante, difunde esa fe a toda una sociedad deprimida, en palabras muy sencillas pero de gran entendimiento: “En esta tierra todavía se habrán de comprar casas, y campos, y viñedos”.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

Libros referidos en el texto

- Henry Hazlitt: *La gran idea*, 1951
- Jean-François Revel: *La gran mascarada*, 2000
- Isaac Deutscher: *El peligro del barbarismo sobre Europa*, 1933
- Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo*, 1951
- Eugenio Bregolat: *La segunda revolución china*, 2011
- George Orwell: *1984*, 1949
- Friedrich Hayek: *Camino de servidumbre*, 1949
- Alberto Benegas Lynch: *Ensayo acerca de la superioridad del sistema liberal*, 1972
- Ludwig von Mises: *Cálculo económico en la comunidad socialista*, 1920
- Alberto Benegas Lynch: *Fundamentos de análisis económico*, 1982
- Karl Marx y Friedrich Engels: *La sagrada familia*, 1844
- Gordon Chang: *El próximo colapso de China*, 2001
- Jean Baudrillard: *La Guerra del Golfo no tuvo lugar*, 1991
- Han Suyin: *China en el año 2001*, 1975
- He Qinglian: *Las trampas de la modernización*, 1997
- Friedrich Hayek: *Derecho, legislación y libertad*, 1973
- Bruno Leoni: *La libertad y la ley*, 1958
- Charles-Louis Montesquieu: *Del espíritu de las leyes*, 1748
- Karl Popper: *La sociedad abierta y sus enemigos*, 1945
- Jean Charles Sismondi: *Nuevos principios de economía política*, 1819
- Orlando Figes: *Los que susurran*, 2009
- Jorge Luis Borges: *Otras inquisiciones*, 1952
- La Biblia: *Libros del Génesis, Éxodo, Deuteronomio, Jueces, Samuel, Jeremías, Salmos*
- Frank Chodorov: *El ascenso y caída de la sociedad: ensayo sobre las fuerzas económicas que cimentan las instituciones sociales*, 1959
- Richard Clarke: *Against All Enemies. Inside American's War on Terror*, 2004
- Thomas Sowell: *Inside American Education*, 2003
- Jerome K. Jerome: *The New Utopia*, 1891
- Yevgeny Zamyatin: *Wé*, 1921
- David Reisman: *The Lonely Crowd*, 1950
- Morris West: *The Devil's Advocate*, 1959

Cass R. Sunstein: *The Second Bill of Rights: FDR's Unfinished Revolution and Why We Need it More than Ever*, 2004

George Orwell: *Reflexiones acerca de Gandhi*, 1949

Friedrich Hayek: *Camino de servidumbre*, 1949

Ayn Rand: *¡Vivir!*, 1938

Ayn Rand: *El manantial*, 1943

Ayn Rand: *La rebelión de Atlas*, 1957

Alberto Benegas Lynch: *Estados Unidos contra Estados Unidos*, 2008

Ron Paul: *Liberty Defined*, 2011

Dore Gold: *El reino del odio*, 2003

James Bovard: *Terrorism and Tyranny. Trampling Freedom, Justice and Peace to Rid the World of Evil*, 2004

Friedrich Hayek: *La privatización del dinero*, 1978

Milton Friedman: *Money Mischief*, 1992

Alberto Benegas Lynch: *Jean Gustave Courcelle-Seneuil. Dos debates para el mundo de hoy*, 2010

Ludwig von Mises: *The Theory of Money and Credit*, 1954

Friedrich Hayek: *Monetary Nationalism and International Stability*, 1937

Juan Pico della Mirandola: *Oración de la dignidad humana*, 1486

Pericles: *Elegía por los atenienses*, 430 aec

Norberto Ceresole: *Caudillo, Ejército, Pueblo -el modelo venezolano o la posdemocracia*, 1999

Zeev Jabotinsky: *Nosotros los burgueses*, 1927

Francis Fukuyama: *El fin de la historia*, 1989

Samuel Huntington: *Choque de civilizaciones*, 1993

Emanuel Kant: *Crítica a la razón pura*, 1781

Bertrand Russell: *History of Western Philosophy*, 1945

Emanuel Kant: *Teoría y praxis*, 1794

Emanuel Kant: *La paz perpetua*, 1795

Marcos A. Rougés: *Descubriendo a Themis*, 2013

Ayn Rand: *Introduction to Objectivist Epistemology*, 1979

Emanuel Kant: *Analítica de los Principios*, 1781

John Eccles: *Cerebral Activity and Freedom of the Will*, 1974

Max Plank: *¿Adónde va la ciencia?*, 1941

Alberto Benegas Lynch: *Positivismo metodológico y determinismo físico*, 2009

Thomas Nagel: *Mind and Cosmos*, 2009

Nathaniel Branden: *Free Will, Moral Responsibility and the Law*, 1969

Karl Popper y John Eccles: *The Self and Its Brain*, 1977

Isaiah Berlin: *Dos conceptos de libertad*, 1958

Ernesto Sabato: *Uno y el universo*, 1945

Isaiah Berlin: *La inevitabilidad histórica en Cuatro ensayos sobre la libertad*, 1954

William A. Parent: *Some Recent Work on the Concept of Liberty*, 1974

Thomas Sowell: *Knowledge and Decisions* , 1980

Isaiah Berlin: *El erizo y la zorra*, 1953

León Tolstoi: *La Guerra y la Paz*, 1869

Spencer Wells: *The Journey of Man. A Genetic Odyssey*, 2002

Fiodor Dostoievski: *Los hermanos Karamazov*, 1880

Fiodor Dostoievski: *Crimen y castigo*, 1866

Juan Bautista Alberdi: *Obras Completas*, 1886

Sergei Nechaev: *Catecismo del Revolucionario*, 1868

Vladimir Lenin: *¿Qué hacer?*, 1902.

Richard Pipes: *Propiedad y libertad*, 2000

Fred Kofman: *Metamanagement. La nueva con-ciencia de los negocios*, 2005

Julian Simon: *The Economic Consequences of Immigration*, 1999

Jacques Rueff: *The Balance Of Payments*, 1967

Frédéric Bastiat: *Sofismas económicos*, 1848

Edgar Sanderson: *Historia de la civilización*, 1935

Jean-François Revel: *La obsesión anti-americana*, 2003

Thomas Hobbes: *El Leviatán*, 1651

John Maynard Keynes: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, 1936

Karl Marx: *La cuestión judía*, 1844

John Maynard Keynes: *Las diferencias entre el Este y el Oeste*, 1925

Robert Conquest: *En qué se equivocó Marx*, 1970

Fritz Machlup: *The Inferiority Complex of the Social Sciences*, 1956

Jerzy Kosinski: *Being There*, 1971

Jerzy Kosinski: *No Third Path*, 1962

Jerzy Kosinski: *The Future is Ours, Comrade*, 1960

Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, 1941

Gustav Le Bon: *Psicología de las multitudes*, 1896

Otto Liebmann: *Kant y los epígonos*, 1865

Eugen Böhm-Bawerk: *El cierre del sistema marxista*, 1898

Alberto Benegas Lynch: *Metodología de las ciencias sociales y su diferencia con las ciencias naturales*, 1981

Friedrich Hayek: *On Being an Economist*, 1991

Ludwig von Mises: *La acción humana – Tratado de Economía*, 1941

Bruce Caldwell: *Beyond Positivism*, 1982

Morris R. Cohen: *Introducción a la lógica*, 1952

Edmund Husserl: *La filosofía como ciencia estricta*, 2001

Israel Kirzner: *The Meaning of the Market Process*, 1992

Murray Rothbard: *Man, Economy and State. A Treatise on Economic Principles*, 1962

Mark Blaug: *Afterword*, en *Appraising Economic Theory*, 1991

César Augusto Gigena Lamas: *Nosotros los liberales*, 1972

Juan A. González Calderón: *No hay Justicia sin Libertad. Poder Judicial y Poder Perjudicial*, 1956

Juan Domingo Perón y John William Cooke: *Correspondencia Perón-Cooke*, 2007

Ezequiel Martínez Estrada: *¿Qué es esto? Catilinaria*, 2005

Américo Ghioldi: *El mito de Eva Perón*, 1952

Sebastián Soler: *Mecánica mental del antisemitismo*, 1964

Jean-Paul Sartre: *Retrato del antisemita*, 1962

Gustavo Perednik: *La judeofobia*, 2001

Friedrich Hayek: *La fatal arrogancia*, 1998

Edward H. Flannery: *Veintitrés siglos de antisemitismo*, 1965

Karl Marx: *El Capital*, 1867

Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo*, 1951

León Trotski: prólogo al *Manifiesto Comunista*, 1937

Leonard E. Read: *Government: An Ideal Concept* , 1997

S. P. Halbrook: *That Every Man be Armed: The Evolution of a Constitutional Right*, 1984

Brian Doherty: *Gun Control on Trial*, 2009

César Beccaria: *On Crimes and Punishments*, 1764

Alberto Benegas Lynch: *La tragedia de la drogadicción. Una propuesta*, 2007

Friedrich Hayek: *Kosmos o Taxis*, 1973

George Gilder: *Riqueza y pobreza*, 1981

Daniel Bell: *El fin de la ideología*, 1960

Friedrich Hayek: *Los fundamentos de la libertad*, 1960

John Ellis: *Against Deconstruction*, 1990

Frederic de Onis: *The Culture of Posmodernism*, 1934

Jacques Maritain: *True Humanism* , 1936

Jacques Maritain: *El hombre y el Estado*, 1951

Anthony de Jasay: *The Bitter Medicine of Freedom*, 2002

Ray Bradbury: *Fahrenheit 451*, 1953

Kafka: *El proceso*, 1925

Gustavo Perednik: *Kafkania*, 2012

Heinrich von Kleist: *Michael Kohlhaas*, 1811

George Soros: *The Capitalist Threat* , 1997

Charles Gasparino: *Bought and Paid For. The Unholy Alliance Between Barack Obama and Wall Street*, 2010

Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, 1941

Friedrich Hayek: *Individualismo y orden económico*, 1949

Jacob Talmón: *Los orígenes de la democracia totalitaria*, 1955

Jorge Luis Borges: *El arte de injuriar*, 1936

Carlos R. Stortini: *El diccionario de Borges*, 1989

Max Nordau: *El Mal del Siglo*, 1888

Marx y Engels: *Manifiesto Comunista*, 1848